



Los desahogos del desterrado

DESTIERRO Y LEGISLACIÓN LITERARIA EN LAS
MEMORIAS DE NEMESIO GARCÍA NARANJO

Víctor Barrera Enderle

Cuadernos del
CEH Núm. 9

Los desahogos del
desterrado.

Destierro y legislación
literaria en las
Memorias de Nemesio
García Naranjo

Los desahogos del desterrado.

Destierro y legislación
literaria en las
Memorias de Nemesio
García Naranjo

Víctor Barrera Enderle

Serie: Cuadernos del Centro de Estudios Humanísticos

Núm. 9



Rogelio G. Garza Rivera
Rector

Santos Guzmán López
Secretario General

Celso José Garza Acuña
Secretario de Extensión y Cultura

Humberto Salazar Herrera
Director de Historia y Humanidades

César Morado Macías
Coordinador del Centro de Estudios Humanísticos

807
B272d

Barrera Enderle, Víctor

Los desahogos del desterrado. Destierro y legislación literaria en las *Memorias* de Nemesio García Naranjo / Víctor Barrera Enderle. Monterrey, N.L.: Centro de Estudios Humanísticos, UANL, 2021.

151p. (Colección Cuadernos del CEH Núm. 9)

1. Literatura mexicana – Nemesio García Naranjo 2. Nemesio García Naranjo – Memorias 3. Historia – México – Siglo XX

©Universidad Autónoma de Nuevo León

ISBN 978-607-27-1576-9

Centro de Estudios Humanísticos. Biblioteca Universitaria Raúl Rangel Frías, Av. Alfonso Reyes No. 4000 Nte. Col. Regina, C.P. 64290, Monterrey, Nuevo León, México. www.ceh.uanl.mx.

Derechos reservados. Se permite la reproducción parcial para fines académicos citando la fuente.

Impreso en Monterrey, Nuevo León, México.

ÍNDICE

Una estatua perdida	4
El destierro literario	28
“Me tocó estar en medio del huracán”. El “yo” como objeto de reflexión (y de creación)	40
La gestación de las Memorias	56
“Las limitaciones del pudor”	68
1909 o la detonación de un destino adverso (literatura, periodismo y política)	78
“¿Por qué fui Ministro del General Huerta?” O breves apuntes sobre la literatura del huertismo	99
“Los desahogos del desterrado”	114
El retorno de “Aristarco”	131
A guisa de cierre: reflexiones posteriores a un “caso juzgado”	141
Bibliografía	149
<i>Bibliografía de Nemesio García Naranjo</i>	149
<i>Bibliografía general</i>	150

“El ingenio y la literatura estaban en manos de los tribunales, ¿y quién iba a aventurarse a elogiar al defensor de los regicidas?”

Samuel Johnson,
Vidas de los poetas ingleses

“Ese cuerpo jurídico constituía una yuxtaposición de elementos históricos aislados con sabiduría, definidos e interpretados luego. Y esa legislación se había mantenido en un puesto inexpugnable, hasta aquel momento.”

Leonardo Sciascia, *El archivo de Egipto*

“Han pasado los años, la sangre ha dejado de hervir, y ya mi estilo no puede describir con el fuego de hace un tercio de siglo, las amargas del ostracismo.”

Nemesio García Naranjo, “Los desahogos del desterrado”, en *El Porvenir de Monterrey*, 27 de noviembre de 1952

Una estatua perdida

Las primeras referencias que tuve de Nemesio García Naranjo fueron siempre de carácter complementario y negativo: alguna mención esporádica, una anécdota mínima, la más recóndita nota al pie, y muchas, muchas denostaciones, provenientes tanto del ámbito político como del literario, en una infrecuente unión de “ideales éticos” con “valores estéticos” (simulacro del gran sueño de la modernidad: la fusión del arte de vanguardia con la política de avanzada). Por el otro franco, el de la derecha, las escasas menciones eran laudatorias y desprovistas de algún tipo de mediación crítica. Se resaltaba el carácter moral de García Naranjo, dando por sentado que eso equivalía a garantizar su calidad literaria.

En ambos casos, el resultado era el mismo: la condena a no ser leído, a despojarlo de su carácter de autor, para dejarlo sólo como un símbolo: el arquetipo del modelo anacrónico de escritor (aquél que cultiva el gusto por la gramática y las formas tradicionales en la composición de versos; pero al mismo tiempo desarrolló un modo narrativo propio: el artículo de opinión).

Recordaba algunos desafortunados versos suyos recitados en las asambleas de las escuelas públicas: “El credo de Nuevo León”, con el cual, los niños de mi generación, una generación proveniente de la clase media baja (hijos de burócratas, profesionistas y empleados informales), nunca pudimos identificarnos: era una anacrónica loa a los capitanes de la industria regionmontana. Después de eso su nombre se perdía en el olvido. No volví a leerlo hasta que concluí la carrera de Letras y me encontraba trabajando en un ensayo sobre la amistad literaria entre Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña. García Naranjo era ahí un personaje secundario, ubicado en el fondo del escenario: fantasma que se cruzaba en las reuniones del Ateneo de la Juventud.

Me sorprendía, en esos días, esta marginalidad tan definida. García Naranjo había sido, como recién he sugerido, contemporáneo del grupo de escritores e intelectuales más interesante de la primera mitad del siglo XX; había sido miembro, para más señas, del Ateneo de la Juventud; y había vivido y

padecido, en suma, los procesos más trascendentales del México moderno. ¿Por qué esta exclusión tan marcada? Sospechaba también que buena parte de esa animadversión no era gratuita, pero desconocía las causas y carecía de las fuentes necesarias para forjarme una opinión sólida sobre el tema. La ausencia de sus obras no ayudaba tampoco. Nemesio García Naranjo estaba, según pensaba entonces, condenado a ser un fantasma más, uno de los tantos escritores perdidos en la literatura mexicana y, sobre todo, en las letras de Nuevo León.

Hace unos años, sin embargo, esto cambió. En una librería de viejo de la calle de Guerrero en Monterrey encontré los diez tomos de sus *Memorias*.¹ Sin regatear un peso, los compré de inmediato. De entrada, me maravillaba la idea de que alguien se lanzara a la rara aventura (muy extraña dentro de los estrechos parámetros de la literatura mexicana) de escribir sus memorias con tan afanoso empeño.² Camino a casa, y mientras luchaba para sostenerme y tratar de leer en uno de los vagones del metro, advertí las primeras peculiaridades: la edición era extraña, parecía obra del mismo autor, luego me percaté de que estaban editadas en Monterrey por las prensas del periódico *El Porvenir*, el más antiguo de la ciudad, y donde García Naranjo escribió infinidad de artículos durante la última etapa de su larga vida. Las tapas verdes y duras mantenían en buen estado las páginas que ya amarilleaban por el paso de los años.

La única noticia previa que tenía de las *Memorias* se la debía a la reedición que Fernando Curiel había hecho de unos de los

¹ Los títulos son los siguientes: tomo I: *Panoramas de la infancia, vistos desde la vejez*; tomo II: *Recuerdos del Colegio Civil*; tomo III: *La vieja Escuela de Jurisprudencia*; tomo IV: *Dos bohemios en París*; tomo V: *El crepúsculo porfirista*; tomo VI: *Elevación y caída de Madero*; tomo VII: *Mis andanzas con el General Huerta*; tomo VIII: *Nueve años de destierro*; tomo IX: *Mi segundo destierro*; y tomo X: *La repatriación definitiva*. Los diez tomos se publicaron en Monterrey, en los talleres del periódico *El Porvenir*; no registran fecha, pero se comenzaron a imprimir en 1956 y se terminaron en 1963. Esta será la edición que utilizaré a lo largo de mi ensayo, y en las citas textuales sólo daré cuenta del número de tomo y del número de página.

² Por supuesto, tenía conciencia de los cuatro volúmenes autobiográficos de José Vasconcelos y del fragmentado corpus de memorias de Alfonso Reyes, por mencionar solamente a dos de sus compañeros ateneístas.

tomos, *El crepúsculo porfirista*, para Factoría Ediciones. El interés de Curiel se centraba, como era de suponerse, en la descripción de esa época y en las funciones del autor dentro de un contexto mayor: la historia cultural previa a la Revolución.

En pocas palabras, su abordaje privilegiaba una lectura testimonial, y colocaba en segundo plano una gran variedad de matices, que a mí me parecen importantes. Incluso cuando reparaba en García Naranjo, Curiel lo subordinaba a los acontecimientos históricos nacionales. Dice en el prólogo:

De los diez tomos, yo privilegio el quinto. Y no sólo por promediar la serie sino por constituir un axial eje narrativo. La vida del memorialista consta de un antes y un después: escándela un episodio cargado de historia, apocalíptico a su modo. Una es su existencia hasta la caída de Porfirio Díaz, otra, a partir de dicho derrumbe.³

Fernando Curiel es, sin embargo, quien más a fondo ha trabajado a Nemesio García Naranjo en general y las Memorias en particular (aunque esto lo sabría después). Ha sido el más intrépido aventurero: alpinista en esta montaña de páginas incendiarias. A finales de los años noventa terminó un ensayo: *Hijo de Lampazos. Nemesio García Naranjo en sus memorias*, cuya primera edición data de 2003, y la segunda, de 2016. La lectura es muy completa. Pero, como ya apunté, el interés de Curiel es más histórico que literario. Revisión crítica del pasado, son sus palabras; y al recordar la génesis de su libro:

Decía que además de mi interés por las figuras oficial u oficiosamente incómodas -vetadas a la derecha y a la izquierda-, el en sayo en cuestión pretendía sumarse en su modestia a las Nuevas Lecturas que, de la Revolución Mexicana -fracciones derrotadas y contrarrevolución

³ En Nemesio García Naranjo: *El crepúsculo porfirista*, prólogo de Fernando Curiel, México: Factoría Ediciones, 1998, p.6.

incluidas-, supuse, alimentarían el horno de su Centenario en 2010.⁴

El Centenario pasó sin pena ni gloria en un contexto (el terrible sexenio de Calderón) que hizo evidente la entrada de nuestro país a la era de la necropolítica. Entre la nefasta guerra contra el narcotráfico; las sospechas (bien fundadas) de vivir bajo un gobierno ilegítimo que abiertamente despreciaba el pasado y la burocratización mayor de la cultura o su derivación en simple producto de mercado (pongamos aquí las decenas de novelas históricas o biografías noveladas de personajes históricos que pululaban por aquellos días), esas “nuevas lecturas” no llegaron, o, si lo hicieron, se perdieron en el farrago del despilfarro y los escándalos sexenales.

Más cercano al problema del autor y su obra, el ensayista regiomontano Alfonso Rangel Guerra se ocupó brevemente de este magno proyecto memorialista, al cual calificó inmediatamente de extraño (*ave raris* en la fauna literaria mexicana) y señaló un punto a consideración: la nula repercusión de las *Memorias* en el momento de su aparición: “En primer lugar hay que referirse a las condiciones en que se publicaron los textos de García Naranjo, que casi sin excepción fueron editados al margen de las más elementales normas de publicación y distribución”, y a continuación aventuraba una hipótesis: “situación generalizada hasta los últimos años de la década del cuarenta, cuando empezaron a llegar los exiliados españoles y trajeron consigo su rica experiencia editorial”.⁵

Sospecho, y pretendo corroborar esa sospecha a lo largo de estas páginas, que la marginación se debió, además, a otras causas no menos significativas. Sin embargo, es verdad: la edición modesta y sin un criterio editorial competente (los libros se armaron conforme se reunían los materiales, sin noticias ni

⁴ Fernando Curiel: *Hijo de Lampazos. Nemesio García naranjo en sus memorias*, México: UNAM / Seminario de Investigación sobre Historia y Memoria Nacionales, 2016, pp.13-14.

⁵ Alfonso Rangel Guerra: “Las olvidadas Memorias de Nemesio García Naranjo”, en *Historia, cultura y personajes de Nuevo León*, Monterrey: UANL, 2009, p. 153.

referencias adecuadas), hace difícil navegar por sus páginas. Quien se aventura en la lectura, posee motivaciones previas.

En estrecha y sentimental relación con la figura de García Naranjo por lazos familiares (era pariente política del escritor), Carolina Elizondo Rodríguez escribió en 1963 la tesis de postgrado: *Nemesio García Naranjo (un auténtico valor intelectual de nuestro tiempo)*, que más que estudio es biografía, y, a ratos, hagiografía del autor de las *Memorias*. En la justificación de su trabajo, la “sobrina” fórmula la inevitable pregunta: ¿por qué escribir una tesis sobre García Naranjo, a quien describe como autor excluido de todas las antologías e historias literarias de su tiempo? Sin esperar mucho se responde: “porque su nombre y su voz merecen ya ser oídos con detenimiento en estos recintos; porque es tiempo de que su obra literaria se estudie debidamente y su calidad humana sea justamente aquilatada”.⁶

En el momento de emitir esta justificación académica (1963: un año después de la muerte del autor nuevoleonés), la literatura mexicana experimentaba profundos cambios: en narrativa, Rulfo y Fuentes ya habían publicado sus trabajos más emblemáticos; Alfonso Reyes y José Vasconcelos habían muerto hacía menos de un lustro (y con ellos toda una orientación en políticas y prácticas culturales); Elena Garro, Rosario Castellanos, Amparo Dávila y otras importantes autoras consolidaban una literatura de mujeres insospechada unos años antes; Jorge Ibargüengoitia estaba por lanzar *Los relámpagos de agosto* (1964), y con ello daría comienzo al desarme de la literatura de memorias sobre el periodo revolucionario; José Agustín corregía las pruebas de *La tumba*, cuya aparición, unos meses más tarde, abriría las puertas a la literatura escrita por jóvenes (voces urbanas y anti solemnes); Juan García Ponce daba a la imprenta los relatos que conformarían *La noche*: otra veta narrativa se descubriría con él y revelaría a una saga de creadores: José Vicente Melo, Inés Arredondo, Sergio Pitol, Salvador Elizondo.

⁶ Carolina Elizondo Rodríguez: *Nemesio García Naranjo (un auténtico valor intelectual de nuestro tiempo)*, México: UNAM, 1963, p. 9.

Poco espacio había, realmente, para el rescate y la revalorización de la obra y figura de García Naranjo propuestos por Carolina Elizondo Rodríguez. Su tesis no pasó de ser un requisito para la obtención de un grado académico. Mero trámite de la burocracia universitaria. Y después se almacenó en las bibliotecas de las facultades de filosofía y humanidades de este país. Otro aspecto llama mi atención de este trabajo universitario. La exclusión de García Naranjo se daba también en el floreciente ambiente académico mexicano. Desde la década del cuarenta, cuando se crearon o consolidaron espacios para el estudio sistemático de la literatura mexicana, empezaron a establecerse periodos y grupos de autores y obras.

José Luis Martínez, por ejemplo, estableció algunos criterios para organizar y clasificar a las letras mexicanas del siglo XIX y buena parte del XX (cuando habló del Ateneo omitió el nombre de García Naranjo, por cierto); pero, sobre todo, comenzaron a circular trabajos académicos de autores como María del Carmen Millán, Sergio Fernández, y tantos otros. A la par de críticas públicas (desplegadas en periódicos, revistas y suplementos culturales), la crítica académica inició su participación en la elaboración y legitimación del canon literario.

Además de los factores que recién mencioné, la lectura de la decena de sus libros autobiográficos me confirmó que García Naranjo era un desterrado dentro y fuera de los confines geográficos y simbólicos de la nación, y lo fue, entre otras cosas, por voluntad propia. No había arrepentimiento ni correcciones, sólo la articulación más pausada de sus acciones y decisiones, políticas y literarias. Existía, en contraparte, un rechazo total (y por otro lado imposible) a las contradicciones. Aferrarse a la coherencia de una moral católica y burguesa fue su manera de rebelarse ante los disturbios (en todos los sentidos del término: morales, políticos, estéticos, sexuales) de la Revolución. No pude evitar recordar, en este punto, a Chesterton en las incendiarias páginas de su *Ortodoxia*: “Traté de encontrar para mí uso, una

herejía propia, y cuando la perfeccionaba con los últimos toques, descubrí que no era herejía, sino simple ortodoxia”.⁷

Entendí, entonces, que no sólo las circunstancias adversas contribuyeron a su salida del país y de la historia (política y literaria), sino que él mismo se aferró para no pertenecer y terminó por auto excluirse, refugiándose en su propia escritura, creando un universo personal de referencias y paradigmas propios. No quería formar parte del coro de los victoriosos, si el precio significaba traicionar lo que él había apoyado o creído, incluso sabiendo que esa causa había significado a la postre un error.

En este punto se diferenciaba y distanciaba, por cierto, de toda una constelación de escritores que pasaron de rechazar pública y literariamente el gobierno de Francisco I. Madero a las filas del huertismo, para posteriormente, después de la caída del usurpador, “pedir perdón” y engrosar las oficinas y secretarías de la Revolución y los puestos más visibles del canon literario; cito sólo algunos, pero sus nombres son contundentes: Enrique González Martínez, Genaro Estrada, Luis G. Urbina, José Juan Tablada y Julio Torri. En 1925, y tras describir este desplazamiento ideológico y estético de sus pares, el memorialista apuntaba con amargura:

Lo mismo sucedió con González Martínez que, después de haber atacado muy duramente al gobierno de Madero, y de servir en el régimen de Huerta, utilizó el conducto de Genaro Estrada (también antimaderista frenético) para alistarse tardíamente en las filas de la Revolución (IX: 69).⁸

⁷ G. K. Chesterton: *Ortodoxia / El hombre eterno*, prólogo de Augusto Assia y traducción de M. Aberasturi y F. de la Milla, México: Editorial Porrúa, 2014, p. 6.

⁸ En la segunda parte de sus escritos autobiográficos, titulada *La apacible locura*, Enrique González Martínez había realizado un mea culpa de su pasado huertista: “Repito que no es éste un libro de confesiones. Tras los cien días que, aunque sin delitos de mi parte, pueden considerarse ignominiosos, tras unos meses en provincia con cargo de una secretaría de Gobierno y castigadas más tarde mis culpas políticas con la privación de mis cátedras en la Preparatoria, la Escuela Normal de Maestras y la Escuela de Altos Estudios,

Ese rechazo lo apartó aún más del proceso de consolidación de la literatura mexicana moderna. Justo en el momento en que se definían formas y temas, en que se establecían estrategias de legitimación literaria (todo un sistema jurídico y burocrático basado en políticas de inclusión y exclusión), García Naranjo sentaba sus reales en el banquillo de la oposición. Levantaba ámpulas contra vanguardistas y nacionalistas. Participaba desde una tercera y solitaria trinchera en la querrela cultural del México postrevolucionario.

En consecuencia, el destierro incluía el campo de la literatura (el que me interesa en particular). García Naranjo le dio la espalda a su tiempo y a los procesos de modernización que experimentaron las esferas letradas y culturales del país. Prefirió géneros literarios “desfasados”, se refugió en ciertas zonas de pureza (gramatical y formal) de la lengua castellana, y erigió su panteón de autores con un repertorio de creadores y obras castizos, que iban del padre Ripalda y su *Catecismo y exposición breve de la doctrina cristiana a la Poética* de Ignacio de Luzán. Una somera revisión del juicio de sus contemporáneos confirmará esta peculiar imagen.

En su *Historia de la literatura mexicana*, publicada por vez primera en 1928, su ex -compañero del Ateneo, Carlos González Peña, lo definió escuetamente como “un pulcro y vigoroso prosista”.⁹ Su maestro en el Colegio Civil de Nuevo León, el preceptor e historiador literario Rafael Garza Cantú, lo clasificaba, al emprender la historia de la literatura nuevoleonés en 1910, como un “prosista y orador distinguido”, que poseía “fama y lauros” y era, ya para ese año del Centenario, “claro honor de nuestras letras”.¹⁰

Lo curioso, como bien apuntó Garza Cantú, es que el autor nuevoleonés adquirió fama de literato desde muy joven. La temprana consagración de García Naranjo como poeta de formas

que hoy cambió su nombre por el de Facultad de Filosofía y Letras, volví a la prensa, pero en muy diferentes condiciones...” En Enrique González Martínez: Obras, vol. 3, México: El Colegio Nacional, 2002, p.186.

⁹ Carlos González Peña: *Historia de la literatura mexicana. Desde los orígenes hasta nuestros días*, México: Editorial Porrúa, Col. “Sepan cuantos...”, núm. 44, 1977, p. 260.

¹⁰ Rafael Garza Cantú: *Algunos apuntes acerca de las letras y la cultura de Nuevo León, en la centuria de 1810 a 1910*, Monterrey: J.P: Cueva y Cía., 1910, p.581.

clásicas le ganó cierto recelo por parte de los escritores más jóvenes, en particular de Alfonso Reyes (ya me ocuparé más adelante de esta relación), quien, en un artículo de 1955, recordaba que por

1907 o 1908, Antonio [Caso], Pedro [Henríquez Ureña] y yo nos divertíamos un par de noches en hacer parodias de todos los poetas vivos mexicanos. Antonio ‘hizo’ a Eduardo Colín y a García Naranjo; Pedro, a Urbina y a Reyes; yo, a Díaz Mirón, a Nervo, a Manuel de las Parra y a Roberto Argüelles Bringas, etcétera.¹¹

El juego de la parodia les servía a estos jóvenes para marcar sus simpatías y diferencias, pero también era, a su manera, una forma de reconocimiento.

En 1905, mientras estudiaba en la Escuela de Jurisprudencia y trabajaba como asistente en la Marina, García Naranjo ganó un certamen poético convocado por el Liceo Altamirano para celebrar los trescientos años de la publicación de la primera parte del *Quijote*. El joven escritor presentó una serie de sonetos escritos de forma tradicional:

Me puse a meditar en torno del héroe cervantino –confiesa en el tercer tomo de sus *Memorias* dedicado a sus años de estudiante de derecho–, y desde luego me dije a mí mismo que había que hacer a un lado las formas líricas que importaban de Francia unos poetas modernistas, porque al ilustre manchego se le debían cantar endecasílabos forjados en Toledo [para tal empresa el vate en ciernes podía] intentar el retorno de las formas tradicionales y rancias de la madre patria. (III: 319)

Pero hasta ahí llegaron sus laureles literarios. En plena formación intelectual, García Naranjo le dio la espalda a la creación y se orientó hacia otros géneros más retóricos, como la oratoria y la columna política. Aunque justo es decir que la veta de orador le venía de tiempo antes, tal como lo consigna su compañero de bachillerato en el Colegio Civil, Héctor González

¹¹ Alfonso Reyes: “La cincuentaina y las parodias”, en *Marginalia, Obras completas*, vol. XXII, México: Fondo de Cultura Económica, 1989, p. 524.

en su estudio histórico *Siglo y medio de cultura nuevoleonesa*; al evocar González las tertulias literarias que se realizaban en el Colegio al despuntar el siglo señala: “En una de estas conferencias, en las del año de 1900, fue donde se reveló como orador el Lic. Nemesio García Naranjo, con una brillantísima conferencia que llamó ‘Oratoria parlamentaria’”.¹²

El mismo García Naranjo, que en esa época sólo había leído a Thomas Macaulay y desconocía la vida parlamentaria, confesó con asombro como todos sus maestros y amigos parecían estar seguros de que su destino era la esfera pública.

Un marcado gusto por las tradiciones y las instituciones literarias de mayor arraigo. Tal fue el perfil que fue construyendo desde sus años de juventud. Rechazó los excesos del modernismo y ni siquiera se asomó a las incipientes vanguardias que años después comenzaron a polemizar el campo literario mexicano. Antes del destierro político, él mismo se autoexilió de la literatura, refugiándose en los dominios seguros de la gramática y la buena prosa.

Para 1909, era un reconocido abogado y tribuno. ¿Lo venció el ansia de poder? ¿La vanidad política pudo más que la artística? ¿O, entendió, que su talento y talante sólo servirían para la palestra y no para la creación? ¿O tal vez encontró, a fuerza de necesidades, en los géneros periodísticos su voz literaria? Porque, y en esto no hay duda, si García Naranjo fue desterrado del ámbito literario, encontró en el universo efímero y contingente de la prensa su propio territorio (o se lo inventó). Y estoy hablando de una época en donde lo literario se gestaba (más que en el ámbito editorial) en los medios impresos de comunicación.

He aquí, pues, al memorialista y protagonista de este ensayo. Nemesio García Naranjo nació en Lampazos, al norte del estado de Nuevo León en 1883, y murió en la ciudad de México en 1962. Una vida larga y llena de contrariedades y desaciertos. Educado en el prestigioso Colegio Civil de su estado y en la Escuela de Jurisprudencia en la capital del país. Redactor, aunque sin

¹² Héctor González: *Siglo y medio de cultura nuevoleonesa*, México: Editorial Botas, 1946, p. 90.

participación comprobada, de la revista *Savia Moderna* durante su corta existencia en el año de 1906, miembro del Ateneo de la Juventud, creado a instancia de Antonio Caso en octubre de 1909, y protagonista del famoso “Cuadrilátero” en el Congreso de la Unión: grupo anti-maderista formado, en la última legislatura de Porfirio Díaz (la XXV), por José María Lozano, Francisco Olaguibel, Querido Moheno, y el propio Nemesio.¹³

La hoja de servicio no termina ahí: fue Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes durante el gobierno de Victoriano Huerta; exiliado en dos ocasiones (de 1914 a 1923, y de 1926 a 1934); miembro de la Academia Mexicana de la Lengua, y periodista (o “pugilista”) de tiempo completo. Sobre este último rubro, debo consignar algunos datos más: escribió para *El Universal*, la revista *Siempre* y para el diario regiomontano *El Porvenir*.

En más de una ocasión, el autor nuevoleonés confesó haber pergeñado más de diez mil artículos: una montaña de textos redactados al calor y el frío de cada jornada, tomando como material la realidad inmediata y la vida propia. La gran pregunta que surge aquí: ¿podemos considerar ese corpus como literatura? De ser así, ¿cuáles serían los criterios que soportarían y justificarían esta inclusión? Trataré de responder a esas inquisiciones a lo largo de estas páginas, y a otra pregunta que se ha formulado de manera tácita: ¿por qué he decidido escribir sobre Nemesio García Naranjo?

Estoy consciente de que no es un autor que figure en mi radar de gustos y preferencias. Añado más: los ensayos y artículos que he escrito sobre Alfonso reyes a lo largo de los años más bien me colocarían en la antípoda: en un sistema solar muy lejano a la galaxia de García Naranjo. Y, sin embargo, aquí estoy tratando de responder a algunas interrogantes. Tal vez una de ellas tenga que

¹³ En su libro *Mi actuación política después de la Decena Trágica*, publicado en 1939, Moheno cuenta la historia de este peculiar grupo: “Por aquellos días [se refiere a los del gobierno de Madero] Olaguibel, García Naranjo y yo establecimos en la calle de Gante nuestro despacho de abogados, en asociación, formando en la Cámara de Diputados un pequeño block compacto, al cual el público bautizó con el nombre de ‘El Cuadrilátero luminoso’.”

ver con los espacios marginados y marginales de los campos literarios nacionales en América Latina. Desde las orillas de la literatura latinoamericana se puede apreciar mejor, creo yo, las políticas y legislaciones que tácitamente rigen nuestros sistemas literarios.

Quizá he elegido a este escritor nuevoleonés porque representó una figura de autor inusual y se expresó también en géneros narrativos poco usuales, esto me ha permitido ensayar un acercamiento a una trayectoria intelectual concreta, y, a través de ella, pude explorar un momento decisivo en la cultura y literatura mexicanas: el de la consolidación de su modernidad. Me refiero concretamente a la implantación de un proceso de profesionalización y especialización, adosado, además, a la confección de un canon literario y lo que éste conlleva: las estrategias de legitimación. O tal vez porque quería explorar el lado oscuro de nuestras letras.

Estudiar los extremos de un campo literario en busca de afinidades secretas. Y también porque al abordar su obra podría indagar más en los entretelones de nuestra legislación cultural y cuestionar qué leyes literarias lo habían expulsado. ¿Una reglamentación basada en criterios estéticos o en cuestiones políticas (o tal vez una fusión de ambas)? Investigar estos asuntos me llevó a revisar comportamientos y conductas, decretos no pronunciados (pero acatados), territorios ignotos de orden simbólico: ¿en qué coordenadas se ubica la tierra del exilio literario? ¿Es posible retornar de ella? Y la pregunta final: ¿cuál es la función de la crítica literaria en este proceso?

Así, fueron las actividades de García Naranjo (escritor, periodista, polemista, orador, editor, funcionario cultural, desterrado) las que me interesaron describir en estas páginas: la manera en que se articularon para construir un modo particular de auto representación. Esto se manifestó en su tránsito por diversos géneros literarios: la poesía castiza, la oratoria y, finalmente, el artículo de opinión (donde cultivo lo mejor de su prosa). ¿Cómo ejerció su función de escritor? No fue, por supuesto, un vanguardista, ni siquiera un modernista, aunque sí utilizó la

prensa para ejercer su vocación literaria y ganarse el sustento diario. Formó lectores y los mantuvo cautivos a lo largo del tiempo.

Su modelo literario era una mezcla de realismo con dosis de modernismo. Su credo político era liberal y conservador a un tiempo (conservador ante las reformas sociales de la Revolución; liberal con respecto al catolicismo militante y reaccionario). A través de su obra he tratado de describir la circulación de ideas, la proliferación de algunos estilos, los soportes discursivos y las prácticas de los grupos letrados durante las primeras décadas del siglo XX.

Tales inquietudes me llevaron a colocar al autor de las Memorias como protagonista y forjador lo que se podría denominar como una “literatura menor”, o mejor: una literatura “desterrada”, es decir, de un corpus de obras y autores que se desarrollaron al margen de la literatura mexicana de la primera mitad del siglo XX. La primera categoría, la de “literatura menor” proviene, como se sabe, de Kafka, y fue articulada por Gilles Deleuze y Félix Guattari para hacer referencia a la literatura que “una minoría hace dentro de una lengua mayor”, y cuya primera característica sería, en sus palabras, la afectación del idioma por un fuerte “coeficiente de desterritorialización”, para luego sumar su condición política y colectiva.¹⁴ Yo sumaría a esa condición “menor”, la de “desterrada”, porque hay un gesto de conciencia y un deseo de no pertenencia, no sólo de los otros (los que rechazan, los que expulsan), sino de la misma literatura.

En uno de los grandes ensayos mexicanos de los últimos años del siglo XX, *Una muerte sencilla, justa y eterna*, Jorge Aguilar Mora, al reflexionar sobre los textos biográficos de varios intelectuales asociados a la derecha, y sobre todo al contrastarlos

¹⁴ “Las tres características de la literatura menor son la desterritorialización de la lengua, la articulación de lo individual en lo inmediato político, el dispositivo colectivo de enunciación. Lo que equivale a decir que ‘menor’ no califica ya a ciertas literaturas, sino las condiciones revolucionarias de cualquier literatura en el seno de la llamada mayor (o establecida)”. Gilles Deleuze y Félix Guattari: *Kafka. Por una literatura menor*, traducción de Jorge Aguilar Mora, México: Era, 1978, p. 31.

con las extraordinarias contradicciones internas de los textos de José Vasconcelos, apuntaba:

... otros católicos a ultranza, pero menos extremistas y menos eclécticos, no dejaron ningún testimonio autobiográfico; y cuando lo dejaron, fue sólo para atestiguar de su felicidad y de su armonía consigo mismos, con su familia y con el mundo entero, como en el caso de *Río de sangre*, de Genaro Fernández Mc Gregor o los diarios de Federico Gamboa y Nemesio García Naranjo. Estos últimos escribieron no para hacer una autobiografía, sino para reafirmar una imagen social y autoritaria, puramente externa y sin fisuras (aunque nos legaron imágenes memorables de otros que no eran ellos mismos).¹⁵

A pesar de sus esfuerzos por otorgar coherencia y legitimidad a su existencia, Nemesio García Naranjo no podía evitar a ratos ser otro (y su empeño mayor sería otorgarle una coherencia discursiva): el antagonista de una historia revuelta y contada a medias. Un “hombre honorable” que se zambulló en el fango de la vida pública y literaria de una nación en llamas, que rechazó las transformaciones de su tiempo y se aferró a sus creencias más arcaicas, volviéndose, sin saberlo, un anacrónico que vino a dar la nota disonante en la construcción del canon de la literatura mexicana moderna. ¿Cuál es, entonces, su lugar en la cultura mexicana del siglo XX? Fernando Curiel, hace años, aventuró una respuesta: “El de uno de sus avezados, pertinaces e independientes informantes (y, en ocasiones, protagonistas)”.¹⁶

¿Informante nativo de un pueblo en llama o un autor cuya obra principal trata sobre sí mismo? Curiel señala, además, algunos aportes de la empresa memorialista de García Naranjo a la historiografía contemporánea. Aquí los parafraseo: replantear los roles trillados en la historia moderna mexicana, revitalizar la trama revolucionaria, problematizar sus supuestos, hacer visibles

¹⁵ Jorge Aguilar Mora: *Una muerte sencilla, justa y eterna*, México: ERA, 1990, p. 39.

¹⁶ Fernando Curiel: “Llamadas de ayer: Nemesio García Naranjo en sus *Memorias*”, en *Universidad de México*, núm. 628, octubre, 2003, p. 74

los vínculos entre el nuevo y el viejo régimen (su lectura sobre el huertismo, por ejemplo, representa uno de los análisis más suspicaces de ese controversial periodo), consignar varias revoluciones, y destacar la movilización cultural y la de sus protagonistas.¹⁷

Estoy, en lo general, de acuerdo con cada uno de los puntos señalados por Curiel: las *Memorias* posibilitan todas esas “correcciones”; pero hay más: ofrecen el registro, desde un ángulo a la vez marginal y privilegiado, del campo literario moderno en México, sus políticas de inclusión y exclusión; dan cuenta de los desplazamientos intelectuales de los escritores en un espacio convulsionado y en constante transformación; testimonian la persistencia de lectores y autores que se “suponían” superados por nuevas corrientes y estilos.

La historiografía literaria mexicana se fue gestando por etapas, y cada una de ellas respondió a necesidades y preocupaciones diferentes. Si en el siglo XIX estuvo marcada por la consolidación de la expresión nacional (que sirviera de sustento simbólico al Estado liberal), en el inicio de la siguiente centuria experimentó las intenciones de ordenamiento sistemático: primero con las antologías y conferencias realizadas como parte de los festejos y fastos por el primer centenario de vida independiente, luego con los procesos de modernización que fue experimentado el campo cultural (la profesionalización de los escritores, el auge de la prensa, y la paulatina creación y apertura de instituciones educativas y culturales).

La búsqueda de la profesionalización y de la autonomía y la consolidación del autor como sujeto moderno parecen ser las constantes de esta narrativa historiográfica. Estamos ante un momento de transición en el campo intelectual: la cultura había dejado de ser el sello distintivo de una clase social y política y se había convertido en la base de un nuevo proyecto de nación. El intelectual era ahora también un pedagogo, un educador de masas,

¹⁷ Dice Curiel en su ensayo: “Sin proponérselo, don Nemesio, al ir más allá de su parentela anticipa la que debió ser la Nueva Historiografía de la Revolución Mexicana en pleno centenario de su estallido”. *Hijo de Lampazos...*, obra citada, p. 24.

un elemento de cohesión entre las formas de representación política y las manifestaciones culturales. El escritor, por su parte, había dejado, en este proceso, los salones de las tertulias y había salido a la calle.

El arielismo (la educación estética integral como proyecto pedagógico y político) era el modelo de enseñanza. La nación se había convertido en objeto de estudio y en tema literario (sobre todo su pasado reciente). Resultaba difícil que en todo este proceso hubiera lugar para la obra de un autor que se manejaba y proyectaba desde los diarios, con artículos incendiarios que cuestionaban precisamente ese proceso.

Pero, al cuestionarlo, lo dimensionaba y le daba forma. La obra autobiográfica de García Naranjo es, en buena medida, la contraparte, de la literatura mexicana moderna. La búsqueda o, mejor dicho, la reafirmación de una identidad nacional que había (o estaba) siendo reemplazada. Lo interesante es que esa confrontación no se daba por medio de la evasión o la nostalgia, sino vía el artículo diario, la polémica y el alegato. Combate entre valores de diversa índole: visiones históricas, conceptos jurídicos y concepciones literarias. Las *Memorias* crean a su autor y, al mismo tiempo, describen el escenario por el cual transitó. Escritas y publicadas en el medio siglo, aparecen en el momento justo de la revisión discursiva de la Revolución mexicana, en el instante en que sus protagonistas empiezan a perecer o son ya figuras consagradas e idealizadas por la historia oficial (que es el relato del partido político en el poder).

Ante ese proceso de consagración, los oponentes tenían que decir algo (un siglo antes, por ejemplo, Lucas Alamán había hecho lo propio con su voluminosa *Historia de Méjico*). García Naranjo “construyó” el estrado, el banquillo y la sala de apelaciones: presentó sus pruebas para tratar de revertir el juicio de la historia; no tenía a su lado instituciones culturales ni compadrazgos políticos que lo apoyaran, sólo el medido y calculado espacio (los mil caracteres) de sus columnas semanales, y su prestigio como orador y escritor flamígero.

Ahora, tantos años después, esta contienda se encuentra olvidada, cubierta por el polvo y las toneladas de papeles amarillentos y

carcomidos que mal resguardan las hemerotecas. Para poder revivirla, sin embargo, debo dar antes algunos rodeos: necesito adentrarme en el incierto terreno del destierro literario y, posteriormente, reparar en el mismo género narrativo de las memoras. Sin estos “desvíos” las *Memorias* de Nemesio García Naranjo podrían permanecer cerradas o clausuradas para nuestro tiempo.

En la plaza central del municipio metropolitano de San Pedro Garza García, en Nuevo León, existe, perdida bajo el follaje de los fresnos, una estatua de Nemesio García Naranjo. La escultura lo representa ya en su ancianidad, con su característica barba de candado y la boina calada al estilo de Miguel de Unamuno. Pocos saben de su existencia, los transeúntes pasan sin detenerse a leer la placa. La estatua fue el homenaje de unos lectores de otro tiempo, cuya ideología los colocaba a mucha distancia de la historia oficial. ¿En un presente donde los escritores y la literatura significan tan poco, por qué recordar a un autor marginal?

La gran obra de García Naranjo son sus *Memorias*, esto es, la reelaboración y la revisión de su vida a través de la escritura. Por eso, dejemos por un momento esa figura pétreo de autor, que evoca a un escritor conservador y anacrónico, y leamos sus relatos autobiográficos y ensayos como la articulación discursiva de un sujeto que se encontraba en el ojo del huracán, escribiendo y viviendo al mismo tiempo. Sin tregua posible. Perseguido por todos los bandos revolucionarios, sin más recursos que sus empresas editoriales y sus artículos de opinión.

No sé si Nemesio García Naranjo sea la némesis de Alfonso Reyes (sospecho que, en varios aspectos, eran autores que se complementaban), lo que sí sé es que ambos trazaron y abrieron rutas distintas en el campo literario del México moderno: elaboraron sus propias cartografías y edificaron sus respectivas tradiciones personales. He escrito este ensayo aventurándome como un explorador en tierra ignota, tomando la vía contraria a los temas en bogas (aquellos que podrían garantizar algún tipo de

financiamiento o difusión) y de las convenciones hegemónicas que han hecho del ensayo, en la mayoría de los casos, un simple álbum de anécdotas personales y auto-ficciones sospechosas (y, para colmo, aburridas). Asumo, por tanto, las consecuencias de mi resolución.

No pregono el rescate de valores desfasados y reaccionarios, por el contrario: busco poner sobre la mesa diversas estrategias de articulación y denunciar de paso los procedimientos de la legislación literaria (que muchas veces tiene poco que ver con la literatura). ¿Por qué lo hago entonces? Tal vez por mi propia condición de ensayista que habita una zona apartada del campo literario, pero que reclama para sí diversas formas de representación, tanto estéticas, como culturales y políticas. Me alejo, pues, de esa estatua de García Naranjo que proyecta su larga sombra en las tardes estivales, y me quedo con las múltiples interpretaciones de sus *Memorias*.

El destierro literario

¿Qué es el destierro? ¿Quiénes lo padecen? Mentarlo implica ingresar en el terreno de la jurisprudencia, incluso aventurarse más allá: hasta el origen de las apropiaciones, de las estrategias de legitimación de lo que es propio y lo que es ajeno: lo legal y lo ilegal. O todavía llegar más lejos: ser legible o no. Y, como bien sospechaban los anarquistas, toda apropiación originaria tiene algo de robo, de crimen, de imposición violenta (y de jerarquización). Detrás del orden impuesto se esconde la violencia (y, después de ésta, viene su estructuración y legalización). Es la imposición del más fuerte, de quien ostenta algún tipo de poder. Y más aún: es, al mismo tiempo, legitimación: justificación y racionalización de esas acciones viscerales que impusieron una voluntad sobre otras.

En plena era de migraciones masivas, de muros y cercos, de deportaciones inhumanas, de la voraz mercantilización del arte y de la diversificación de los soportes y las mediaciones, el destierro parece adquirir otras significaciones. Volvamos a las raíces, a la etimología, para de ahí andar hasta el presente.

El *Diccionario de la Lengua Española* define la acción de desterrar, en su primera acepción, como “Echar a alguien de un territorio o lugar por mandato judicial o disposición gubernamental”; la segunda definición es, al mismo tiempo, literal y simbólica: “Quitar la tierra a las raíces de las plantas o a otras cosas”. Y como castigo, la entrada de la Wikipedia define al destierro como “un tipo de pena que un Estado puede imponer a una persona por haber cometido un delito o una fechoría”. Existe, así, una acción previa que lo ha detonado; el desterrado *posee* un pasado lleno de significaciones y el cual de alguna manera lo define en el presente: se atrevió a hacer algo prohibido y ahora paga las consecuencias.

Sigo en el terreno de la etimología, y ahora me adentro más y me concentro en particular en la definición de la acción de desterrar: “Consiste en expulsar a alguien de un lugar o de un territorio determinado (que normalmente es el territorio hasta donde se extiende la soberanía de quien impone el castigo)”. Luego viene el antecedente histórico: “Antiguamente era una pena muy común, y se utilizaba como el castigo inmediatamente inferior a la pena de muerte”. (Pienso en la vinculación de esta condena con lo terrenal. ¿Es posible el destierro en este mundo actual, globalizado y virtual? Al menos simbólicamente: *sí*.)

Prosigo con las definiciones y los contrastes. El destierro es diferente a la *expulsión*, que, según algunos manuales jurídicos, es una sanción destinada a los extranjeros, y que consiste en la devolución al país de origen, con la consiguiente prohibición de regresar. También es diferente a la *muerte civil*, que, como su nombre lo indica, es la pérdida de los derechos civiles de un individuo, “aun cuando no se ha producido la muerte biológica de éste”.

Este castigo logra intrigarme: ¿cómo opera realmente? Supone la pérdida de su personalidad jurídica, lo cual conlleva la privación general de sus derechos. Debe ser una condena terrible dejar de ser una persona ante la mirada del Estado (a pesar de que muchísimas personas son ignoradas y marginadas olímpicamente por sus gobiernos o incluso asesinadas vía la necropolítica imperante). ¿Quiénes la han padecido? Generalmente: personas

condenadas a cadena perpetua o ya en camino hacia la ejecución. Algunas órdenes religiosas imponen la muerte civil a los individuos que ingresan a sus conventos. Hay muchas formas de morir en vida...

El destierro es también diferente al *ostracismo*, aunque lo es en menor medida: en la antigua Grecia se aplicaba esa condena a los ciudadanos desterrados por ser sospechosos o peligrosos para la soberanía popular. Ostracismo significa, de hecho, destierro. Hiparco fue el primer condenado político al ostracismo en 487 a. C. (cumpliendo la ley ateniense impuesta por Clístenes en 510 a. C.). El ostracismo fue un dispositivo para ordenar la polis, para disciplinarla y establecer ciertos comportamientos públicos.

Platón, podríamos decir, “condenó” al ostracismo a los poetas: si no los pudo expulsar físicamente sí los desterró de manera simbólica. El peso del castigo fue mayor. Destaco que el ostracismo también puede ser voluntario, y no han faltado casos: decidir abandonarlo todo y perder contacto con los semejantes ha sido y será siempre una opción tentadora. (Es precisamente esa condición ambigua: ser desterrado y desterrarse de manera voluntaria la que predominará en estas páginas.)

Me he extendido en el inabarcable campo de la etimología para dar pie al asunto que me interesó tratar en estas páginas. El destierro en el ámbito de la literatura. Me he concentrado en particular en el juicio literario. Cómo opera, quién dicta las sentencias. Cómo se establece el canon y cómo se deslinda su terreno. Y más todavía: me ha impresionado, en los años que llevo en el oficio, cómo suelen ser aceptadas estas sentencias casi por unanimidad por los mismos miembros del campo literario. Pueden existir disputas, revueltas, voces emergentes y disidentes; pero cuando una voz ha sido expulsada y marcada con la designación de lo “no-literario” suele ser de manera definitiva. ¿Qué subyace detrás de estos procesos discriminatorios? Sin duda, un manual de conductas, o, puesto en otras palabras, la hegemonía de un reglamento y la aplicación de una legislación que, aunque no esté escrita, opera de manera dinámica y operativa.

Me he preguntado también porqué este tipo de acciones son comunes en una literatura como la mexicana. Sin tratar de imponer una sola respuesta, diría que las condiciones de su desarrollado han estado vinculadas a dispositivos burocráticos y administrativos desde el siglo XIX, aunque éstos cobraron mayor relevancia en la centuria siguiente, durante el proceso de institucionalización de la Revolución. Literatura moderna y Estado contemporáneo han crecido casi a la par.

Estas interrogantes me han inquietado desde hace tiempo. Los comportamientos, los lenguajes, los reglamentos: todo aquello que nutre la imagen pública de lo que entendemos por literatura. Supongo que mi condición “dual”, la de ser al mismo tiempo un escritor de ensayos y un académico que enseña e investiga sobre literatura, me colocó en una perspectiva inusual y al mismo tiempo privilegiada para observar los contrastes entre lo que podríamos llamar el discurso público y el discurso “especializado” de lo literario: dos modos de conocimiento que suelen chocar y contradecirse por la diferencia de intereses y de búsquedas (dos estilos de escritura y lectura opuestos). Ambas narrativas no son nuevas, provienen del proceso de modernización cultural que experimentó el país a partir de la década del veinte.

Tales “sospechas” no habrían pasado de meras inquietudes si no hubiera encontrado, como referí en el capítulo anterior, las *Memorias* de Nemesio García Naranjo. Su lectura y el posterior estudio de su recepción en el ámbito letrado me revelaron la genealogía de buena parte de las dinámicas que operan hasta la actualidad en el campo cultural y literario de México. Me puse a escribir entonces sin saber muy bien hacia dónde me dirigía.

Me daba cuenta que, más allá de los textos del autor, yacía una sombra gigantesca que los cubría casi completamente: ¿qué objeto proyectaba tal oscuridad? No era una montaña ni un árbol (las figuras favoritas para describir metafóricamente la totalidad de una tradición), sino más bien una maquinaria, algo robótica y falta de grasa: todo un sistema de reglamentos; de estrategias de visibilidad. ¿Quién opera esa maquinaria? Imaginé a un tétrico grupo de legisladores (antiguos, modernos y vanguardistas) que se arrogaban el derecho de admitir o excluir según sus propios y subjetivos criterios.

Pienso en este ensayo no sólo como un trabajo de crítica literaria, sino como una investigación jurídica de las formas de legislar el universo letrado. Ir más allá de lo visible. ¿Es posible ensayar una lectura no sólo literaria de la literatura? Estoy, lo sé, reviviendo la polémica anacrónica de Marcel Proust contra Saint-Beuve,¹⁸ resumida en la contienda del creador versus el crítico. El último queriendo establecer redes y procesos, y el primero negando cualquier elemento exterior al propio genio individual:

...en el arte no existe iniciador ni precursor (cuando menos en el sentido científico). Todo reside en el individuo, cada individuo reinicia, por su propia cuenta, la tentativa artística o literaria, y las obras de sus predecesores no constituyen, como en la ciencia, una verdad adquirida. Actualmente, a un escritor genial le queda todo por hacer. Su situación es más o menos la misma que la de los tiempos de Homero.¹⁹

La literatura se presenta a sí misma como un espacio de excepción dentro (y fuera) del espectro social. En el caso de México, es más un proceso que se lleva a cabo entre la burocracia cultural y las industrias editoriales. Ya Pierre Bourdieu, en su ensayo *Las reglas del arte*, se preguntaba si era posible una lectura “no exclusivamente literaria” de la literatura, sin caer en la simple estadística sociológica (visto el rechazo de los defensores del esencialismo literario que, de Hölderlin a Heidegger, se había convertido en legión, y que aún pueblan las aulas, los salones públicos y las oficinas de la burocracia cultural):

¹⁸ Charles Augustin Sainte-Beuve (1804-1869) fue tal vez el primer crítico literario que intentó establecer una metodología de interpretación basada en consideraciones “paradigmáticas”, como la vida del autor y el medio en el que éste se desenvolvía. Basándose en el desarrollo de la ciencia naturalista (que él adaptaría llamándola “ciencia moralista”), sostenía que la observación de un autor podría dar pistas para entender al resto: “Entonces, tras haber determinado el principal carácter de un espíritu, podrán deducirse otros [...] La literatura para mí no es distinta, o al menos separable del resto del hombre y de la organización”. [Citado en Marcel Proust: *Contra Sainte-Beuve. Recuerdos de una mañana*, traducción de Javier Albiñana, edición y prólogo de Antoni Marí y Manel Pla, Barcelona: Tusquets Editores, 2005, p. 109.]

¹⁹ Marcel Proust: *Contra Sainte-Beuve. Recuerdos de una mañana*, obra citada, p. 108.

para muchos escritores y lectores habituales de literatura, por no hablar de filósofos de mayor o menor enjundia, que, de Bergson a Heidegger y más allá, pretenden atribuir a la ciencia unos límites *a priori*, la causa está vista para sentencia.²⁰

Los estudios literarios, desde el ámbito cultural, representan una amenaza (al menos así lo ven y sienten los “puristas”) para la “singularidad” de la literatura, de la obra y del creador. La esencialidad de lo literario se convierte en el argumento de peso (el único) para imponer políticas de entrada y de salida. ¿Qué es y que no es la literatura? El problema inicia cuando se solicita la argumentación de este juicio: ¿dónde radica lo literario? ¿En el lenguaje? ¿En la intención del autor? ¿En el contexto? La singularidad no soporta el análisis crítico, por el contrario: provoca el rechazo automático a cualquier tipo de acercamiento.

No estoy haciendo, me apresuro a señalarlo, la apología de la exégesis. Han existido excesos, enfoques que han pretendido la objetividad o la científicidad y no han hecho más que una alabanza a la metodología. No promuevo aquí ninguna fórmula o método de análisis; propongo solamente una lectura más amplia que intente dar cuenta del conjunto y no sólo de las singularidades. No busco tampoco la sociología literaria, me interesa más bien la literatura en la sociedad y la sociedad en la literatura. Ni rechazo la especificidad del fenómeno literario: pretendo hacer visible su vinculación con otras instancias.

Intento responder algunas preguntas: ¿por qué se privilegian unos géneros en desmedro de otros? ¿Cuáles han sido los factores que convierten cierto tipo de “experimentación” en vanguardia y a otras manifestaciones en simples anacronismos? Y, por supuesto, me gustaría dilucidar el tipo de relación entre el campo literario y las esferas del poder (político y económico). Mencionar esta relación conlleva el reparo en la ideología (y también en los procesos de formación de la identidad, tanto individual como

²⁰ Pierre Bourdieu: *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario*, traducción de Thomas Kauf, Barcelona: Anagrama, 2002, p. 10.

colectiva). ¿Qué tan estrecho es el vínculo entre la literatura y el Estado mexicanos?

Del inmenso y desordenado corpus, he tomado un caso y armado un expediente. No busco tanto la defensa como la descripción del proceso. Por eso, hablaré en este ensayo de Nemesio García Naranjo y su destierro de la literatura mexicana. ¿Fue desterrado o se desterró a sí mismo como forma de auto representación en el campo intelectual y literario? Tomé sus *Memorias* como testimonio indirecto: lo que dicen y lo que no dicen sobre este proceso.

García Naranjo es un desterrado de la literatura mexicana porque su exclusión impera aun cuando el haya regresado definitivamente a México en 1934 (ya me ocuparé de las circunstancias de su vida y su escritura). Desde ese momento vivió en el territorio nacional y escribió en diversos periódicos, dictó conferencias, participó de la vida pública (el presidente Cárdenas, a diferencia de Calles y sus vicarios, no intervino ni alentó ningún tipo de censura contra su obra y su persona); pero fue desapareciendo del proceso de configuración de la literatura mexicana moderna hasta el grado de ser desconocido casi en su totalidad.

La pregunta que surge inmediatamente es: ¿alguna vez estuvo en la literatura mexicana? Es decir, ¿fue protagonista o agente hegemónico? Sí y no. Su obra, su trabajo literario, comenzó a gestarse en el ocaso del modernismo y continuó hasta las postrimerías del *boom* narrativo, al despuntar la década del sesenta. Pero él no fue modernista ni se adentró en los caminos de la prosa de ficción. Exploró, más bien, los géneros de opinión. Hizo de la literatura un espacio de cuestionamiento permanente, donde se podía tensionar la construcción de la historia reciente, y protestar contra las estrategias de legitimación literaria que comenzaban a imponerse a partir de la segunda década del XX.

Estoy hablando de un escritor que vivió la mayor parte de su existencia gracias a la escritura y a los lectores (algo casi impensable en la actualidad), sin depender de las instituciones oficiales, y aun así permanece hasta el día de hoy fuera del alcance

de los radares críticos e historiográficos. (¿Será acaso que los criterios de valoración y ordenamiento de nuestra literatura nunca han tomado en cuenta la participación de los lectores? Sospecho que en ese desprecio radica buena parte del elitismo y fetichismo con que se suele tratar estos temas en algunos medios, tanto oficiales como públicos.)

Supongo que éste es también un ensayo sobre el comportamiento y la movilidad de los géneros literarios (sobre la historicidad de las formas). Modos de escritura y formas de lectura. ¿Se puede considerar a la oratoria parlamentaria como un género literario? ¿Y a los artículos de prensa? ¿Y a las memorias? Estoy hablando, en suma, de escrituras donde prima la primera persona del singular, donde hay, en apariencia, ausencia de ficción. El escritor se presenta, a través de ellos, como un sujeto que transita del discurso jurídico y político a la opinión individual. Géneros morales, reflexiones en torno a éticas particulares. Y también: sobre estéticas públicas, sobre lo que se acepta como literario y lo que no (y sobre la relación, geográfica y simbólica, entre el centro y las regiones: ¿cuál es “sistema legislativo” que regula las manifestaciones estéticas y culturales de la capital y los Estados?).

Solemos escuchar a los protagonistas, leer sus afirmaciones sobre la literatura y su configuración como “verdaderas”, aceptar, sin chistar, sus rechazos y censuras. Aquí he tratado de poner atención a la declaración de los “vencidos”, los que no cumplieron con los “requisitos”.

¿De qué manera se representa a sí mismo un autor marginado del canon literario? Una posibilidad, por supuesto, es la victimización: construir un relato de agravios e incomprensiones; o, si se es narcisista, llegar hasta la denuncia de conspiraciones y censuras en su contra. Éstas han sido las opciones más comunes y la menos interesantes, al menos para mí. Otra posible respuesta es el alegato: pelear hasta el final por el derecho a expresarse, aun sabiendo que la partida está perdida de antemano. Estos alegatos, en literaturas como las nuestras, no suelen ser atendidos: quedan ahí, sin embargo; y se convierten en pruebas del proceso. El

alegato como género literario: recurso jurídico y estético al mismo tiempo.

Regreso al *Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española* que lo define como un “Escrito en el cual expone el abogado las razones que sirven de fundamento al derecho de su cliente e impugna los del adversario”, y, por consiguiente, el alegato sería también el argumento (o discurso) a favor o en contra de alguien. García Naranjo, orador consumado, seguramente conocía bien esta estrategia, descrita por Aristóteles en su *Retórica*, de saber rebatir la acusación del contrario: “acusar al que acusa, porque sería absurdo que, si él mismo no merecía crédito, fueran dignas de fe sus razones”.²¹ En pocas palabras: contraatacar y exponer, de manera equilibrada, los argumentos que servirían no sólo para defender sino para invertir los roles. El desterrado regresa para contar su versión de los hechos.

Regresar a las *Memorias* de Nemesio García Naranjo significó para mí atender otro tipo de registro literario: mirar a la literatura mexicana desde un ángulo diferente. Tal perspectiva inusual me permitió revisar y reflexionar en torno al “espíritu” de las leyes literarias, que no responden, por supuesto, a sustancia alguna, sino a complejos dispositivos: “leyes positivas”, las llamaría Montesquieu siguiendo a Santo Tomás. Leyes, normas, reglas en un espacio, como el campo literario, que no es democrático (imposible apelar a la igualdad en materia de juicios estéticos), pero que sí posee estrategias de representación y de auto representación. Generalmente, las literaturas se establecen de manera simbólica sobre los territorios de la geopolítica: hacen de la nación y lo nacional un criterio de diferenciación (el cual puede ser positivo o negativo, dependiendo el enfoque y el contexto).

La consecuencia directa: la validación y legitimación de un corpus de obras y autores y la negación de cualquier otro. En este procedimiento operan diversos dispositivos: algunos son de orden crítico, como reseñas, ensayos y, en épocas más recientes, tesis y estudios especializados; otros de naturaleza publicitaria, como

²¹ Aristóteles: *Retórica*, traducción de Francisco de P. Samaranch, Madrid: Editorial Aguilar, 1968, p. 279.

polémicas, escándalos y entrevistas. Por lo general, los protagonistas (aquellos que gozan del reconocimiento y ostentan una visible forma de difusión y exposición) también ejercen su influencia para mantener la tajante división entre el grupo de los “aceptados” y el de los “rechazados”. Hay camarería entre ellos o suele haberla, aunque las disputas no son ajenas, después de todo es una pelea por cierto tipo de poder simbólico: recordemos que estamos hablando de un campo literario en donde los lectores son escasos, por lo que la contienda en aras de la visibilidad suele ser más violenta y encarnada. Ahora lo constatamos casi a diario en la rebatía de becas, premios y reconocimientos.

La prensa literaria y los suplementos casi se han extinguido en la actualidad y en internet (con sus dimensiones “infinitas”) parece haber poco espacio para la literatura (al menos tal como la concebimos ahora, tal vez ya se encuentra en plena mutación; como, por lo demás, ha hecho desde sus orígenes). Esto no significa, sin embargo, que el campo literario haya dejado de operar con base en sus criterios de aceptación y rechazo.

El destierro literario es una condena; pero no necesariamente un juicio crítico. Se puede apoyar en tecnicismos y ciertos tópicos manoseados por los estudios académicos para justificar su procedimiento. Con el paso del tiempo, sin embargo, salen a relucir otros motivos, que suelen estar fuera de lo literario y mucho más relacionados a la política y a la moral. He querido, pues, estudiar un caso de destierro en la literatura mexicana para poder acercarme y analizar los mecanismos, el “engranaje”, si se me permite tal expresión, del campo cultural, y así tratar de develar su función en la configuración del estado moderno postrevolucionario.

Llego a un tema ineludible, sobre todo para la cultura latinoamericana: literatura y exilio (y todas sus variantes: literatura de exiliados, literatura desterrada, literatura proscrita). Las desavenencias entre el poeta y el jerarca son antiquísimas.

El filósofo transterrado, Adolfo Sánchez Vázquez, definió al exilio, como un desgarrón que no acababa de desgarrarse, una herida que nunca cicatrizaba. Malestar indefinido que se asentaba

en el alma del desterrado y lo acompañaba como una sombra a donde quiera que fuese. La sensación de pérdida nacería, así, con el dolor de la forzada partida y luego se instalaría en la melancolía generada por el deseo de regresar; el desdichado que lo ha padecido nunca dejaría de ser un exiliado, incluso cuando, finalmente, pudiera retornar al territorio perdido. El exilio se padece en el espacio y el tiempo. Es un alejamiento geográfico, pero también: un distanciamiento temporal. El país natal se aleja y queda confinado a una era anterior, sepultado por diversas capas geológicas.

El motivo. ¿Por qué se destierra a alguien? Algo ya he señalado al inicio de este capítulo. Las causas pueden ser muy variadas, y no estimo necesito regresar sobre el tema, sólo apuntaré una particularidad que considero fundamental. Para el caso literario en concreto, el destierro suele ser consecuencia de la intervención del escritor en la vida pública y política. Un autor, una autora que escribió o habló, de manera ficcional o ensayística, sobre algo o alguien; expresó su punto de vista sobre asuntos públicos; cuestionó formas de representación; denunció abusos de poder. La primera imagen que aparece en mi mente es la de Emile Zola redactando su famoso artículo, confeccionado como “carta abierta” al presidente francés Felix Faure, “Yo acuso” (publicado en el diario *L'Aurore*, el 13 de enero de 1898), donde exponía las arbitrariedades, abusos y genofobia de las altas capas militares en el tristemente célebre caso Dreyfus.

En pocas palabras: hablo de la función del escritor en el campo político, y con ello apelo a la historia de la formación de la figura del intelectual en la historia, y, en nuestro caso, la historia del intelectual latinoamericano. La escritura literaria significa, entre otras cosas, el tránsito de lo privado a lo público. En esa trayectoria miles de cosas pueden suceder. Desde el olvido inmediato hasta el impacto en el imaginario colectivo. No se me escapa también otro aspecto: el destierro literario se da en casos particulares, pero, al mismo tiempo, forma parte de un corpus.

La literatura del exilio tiene, al menos, una doble faz: la escritura que trata sobre el tema y la literatura creada por autores

desterrados. Entre esos dos polos se va configurando un corpus de obras que presenta un desarrollo particular, exógeno, ajeno, por momentos, al campo literario al cual debería haber pertenecido (y al que sigue ligado, pero ahora por otros medios): la literatura del exilio dista mucho de ser homogénea (infinitas pueden ser las causas por las que se expulsa a un autor del suelo nativo), pero posee algunas características comunes que nombraré de manera somera: su condición desterrada, la mirada de afuera hacia adentro, la evocación del espacio perdido y los avatares para la adaptación al país a donde se ha refugiado. El corpus de obras y autores confirma el carácter colectivo de este tipo de manifestación literaria. Sin embargo, cada caso presenta sus propias particularidades.

¿Es posible la restitución? ¿Se podría lograr la condonación de la pena y el consecuente retorno de la obra o el autor desterrados al campo de las letras? Sin duda; y existen varios casos notables. No es esa mi intención, sin embargo. No busco la restitución (aunque creo que, por varios motivos, García Naranjo se la merece), sino la interpretación de ciertos procesos literarios. Intentar comprender un poco mejor el funcionamiento del sistema literario en México.

Por tal motivo, la estructuración de este ensayo ha sido guiada, básicamente, por mi lectura de las *Memorias* y el contraste con la configuración del canon literario moderno en México. De ahí que haya comenzado, en el primer capítulo, por mi encuentro con la figura y la obra de Nemesio García Naranjo. No fue un acto caprichoso, pienso que mi previo desconocimiento era de alguna manera, sintomático, producto de la narrativa que la historiografía literaria mexicana reciente y las estrategias de difusión de las industrias culturales habían impuesto en las últimas décadas. Ahora debo reparar en las escrituras del “yo”, en las particularidades de los géneros autobiográficos, en concreto: centrarme en las memorias como forma de auto representación, para ir avanzando en los contenidos de las *Memorias*, deteniéndome en los momentos decisivos que García Naranjo fue recreando y re-significando: su formación intelectual, su ingreso

a la política y al periodismo; su paso por el huertismo; sus destierros y, por último, su retorno.

Cada uno de esos aspectos representó la relectura tanto de los acontecimientos personales como de la circunstancia que los envolvieron. García Naranjo escribía a contrapelo: discutiendo a la vez con historiadores, políticos y literatos. Su alegato era, al mismo tiempo, ético y estético. Defendía una forma vinculada a los modelos clásicos y a la moral cristiana (en un momento en que se imponía la laicidad y la renovación en las expresiones artísticas y culturales); pero lo hacía desde medios modernos y con un lenguaje dinámico y agresivo.

Su destierro literario (consecuencia del castigo político, pero completamente dependiente de él) fue uno de los tantos dispositivos desplegados por la literatura mexicana en el camino hacia su modernización. Desmontemos ahora ese proceso.

“Me tocó estar en medio del huracán”. El “yo” como objeto de reflexión (y de creación)

¿Cuáles son los motivos para que alguien, en algún punto de su vida, se dedique a escribir sobre su propia existencia? Y, más aún, una vez decidido emprender tal hazaña, qué tipo de registro debe utilizar: a quién se va a dirigir, cuál es su “público ideal”; pues estos escritos poseen invariablemente una función apelativa: son mensajes para los lectores, del presente o del futuro: misivas que se lanzan al viento. Hay, al menos, dos circunstancias de peso que subyacen: la percepción del tiempo y la conciencia de la mortalidad. Somos seres efímeros, condenados a la desaparición y al olvido. En un futuro, próximo o lejano, desapareceremos de la faz de la tierra. El impulso a rechazar el inevitable desenlace (esfuerzo vano, por otra parte) suele ser el motor de la escritura. No puedo evitar recordar aquí las palabras de Elías Canetti al momento de escribir contra nuestro principal contrincante:

Desde hace muchos años nada ha agitado tanto mi espíritu como la idea de la muerte. El objetivo concreto y confeso de mi vida, la meta que, de un modo declarado y explícito,

me he propuesto seriamente es conseguir la inmortalidad para los hombres.²²

En el momento en que empezamos a dejar rastros de nuestro andar por la tierra, comenzó también el registro de nuestra historia. Al principio fueron objetos, utensilios, herramientas y dibujos en las cuevas. Después surgió la palabra y, más tarde, su registro gráfico: la posibilidad de transmitir una experiencia particular creció de manera sustancial. La escritura, desde su invención, ha estado ligada a estas condicionantes ineludibles. Registrar los vaivenes de la vida y tratar de darles sentido y orden (sea desde un punto de vista netamente administrativo, jurídico o existencial). Los grandes acontecimientos, las pequeñas cosas, las pasiones y las desventuras, todo puede ser recordado y resignificado. Pero ¿cuál es el propósito? El repertorio de respuestas es amplio. La más ambiciosa: tratar de vencer a la muerte, como hemos visto en la confesión de Elías Canetti. Empeño condenado al fracaso de antemano, aunque su impulso sea vital y necesario.

Otra respuesta posible: dejar un testimonio y que éste ofrezca algún tipo de enseñanza. La vida como ejemplo. La autobiografía posee, de manera directa o indirecta, una forma de pedagogía.

Uno de los primeros en ensayar este registro fue San Agustín en sus *Confesiones* (397-398 d. C.). El título en sí ya nos revela que la escritura cumplirá la función de enlace entre lo privado y lo público. La confesión es un acto de sinceramiento (en este caso: es la prueba de la conversión a la fe cristiana: “Quiero ahora recordar las fealdades de mi vida pasada, las corrupciones carnales de mi alma; no porque en ellas me complazca, sino porque te amo a ti, mi Dios. Lo hago por amor de tu amor...”²³). La evocación se vuelve escritura, narración: ordenamiento de acontecimientos según una selección particular. La confesión suele dar paso a la conversión. La narración de una vida por parte de su propio protagonista tiene, muchas veces, como fin dar

²² Elías Canetti: *La provincia del hombre*. Carnet de notas, 1942-1972, Madrid: Taurus, 1986, p. 67

²³ San Agustín: *Confesiones*, México: Ediciones Paulinas, 1983, p. 14.

cuenta de una cesura, de una metamorfosis de la existencia. Un antes y un después:

Un hombre es alcanzado por el rayo de la fe; desde ese momento su vida está escindida en dos mitades, y él hablará de una vida antigua y de una vida nueva. Ambas formas de vida están tan irremediabilmente separadas, que la continuidad de destino y de nombre es meramente formal. El converso percibe que entre el presente y el pasado, entre el ahora y el entonces, se ha abierto un abismo, ya no comprende su vida anterior, sabe que nunca podrá retroceder. Con la conversión se le ha revelado una nueva dimensión de su destino; y, de esta manera, se produce un cambio total en la valoración de los hombres, de las cosas, de los acontecimientos.²⁴

Ahora bien, es lícito preguntarse por el impacto que estos sucesos tienen en la producción (artística e intelectual) del sujeto que rememora y redacta su propia vida. Porque la conversión no sólo puede ser religiosa, también se manifiesta a través de la ideología, el arte y las ciencias. Borges, en su relato “El Evangelio según Marcos” sugería que una de las dos historias que solían repetirse infinitamente tenía que ver con la conversión (la otra sería el regreso).²⁵

Otro autor fundacional del género autobiográfico fue el escultor Benvenuto Cellini, quien redactó su *Vida...* entre 1538 y 1562 dándole algunas de las características definitivas a este tipo de obras, como la necesidad de justificar la empresa y la confirmación de una noción histórica sobre la misma existencia.²⁶

²⁴ Hans Jürgen Baden: *Literatura y conversión*, traducción de Luis Alberto Martín Bero, Madrid: Ediciones Guadarrama, 1969, p. 9.

²⁵ El narrador lo cuenta así: “También se le ocurrió que los hombres, a lo largo del tiempo, han repetido siempre dos historias: la de un bajel perdido que busca por los mares mediterráneos una isla querida, y la de un dios que se hace crucificar en el Gólgota”. Jorge Luis Borges: “El Evangelio según Marcos”, en *El informe de Brodie*, Madrid: Alianza Editorial, 1980, pp. 128-129.

²⁶ “Todo hombre, quienquiera que sea, habiendo realizado una obra perdurable merced su propio valor, debería escribir por sí mismo la historia de la vida con honradez y veracidad; pero no entregarse a tal empresa antes de haber cumplido los cuarenta

Podríamos decir que Cellini inaugura el relato de la formación profesional, de cómo una persona descubre en su vida una vocación particular y la desarrolla a lo largo de su existencia, superando obstáculos y realizando descubrimientos personales.

Rememorar la vida y estamparla en voluminosos pergaminos dejó de tener una connotación religiosa conforme el Renacimiento iba poniendo el acento en el individuo y colocando al ser humano en el centro de la atención. El antropocentrismo fue la condición necesaria para la evolución de este género literario. Ese “yo” en permanente conformación, como lo expuso Michel de Montaigne en el prólogo de sus *Ensayos*:

... pero no quiero sino que se me vea en mi manera sencilla, natural y ordinaria, sin estudio ni artificio, porque sólo me pinto a mí mismo. Aquí se leerán a lo vivo mis defectos e imperfecciones y mi modo de ser, todo ello descrito con tanta sinceridad como el decoro público me lo ha permitido.²⁷

No fue, sin embargo, sino hasta las postrimerías del siglo XVIII y los comienzos del XIX cuando se principió a hablar propiamente de autobiografías. No es casualidad: la irrupción de la modernidad (acompañada de sus fuerzas antagónicas: la ilustración y el romanticismo) representó un vuelco en la concepción del sujeto y lo hizo adentrarse en las contradicciones y pulsiones de la propia existencia. Otras *Confesiones*, las de Rousseau, nos presentan ya una subjetividad moderna, sustentada en la noción de lo individual:

Emprendo una obra de la que no hay ejemplo y que no tendrá imitadores. Quiero mostrar a mis semejantes un hombre en toda la verdad de la Naturaleza y ese hombre será yo. [...] Que cada cual luego descubra su corazón a

años”. Benvenuto Cellini: *Vida de Benvenuto Cellini, florentino, escrita por él mismo*, versión de Guillermo Fernández, México: UNAM, 1995, p. 33.

²⁷ Michel de Montaigne: *Ensayos completos*, traducción de Juan G. de Luaces y notas de Emiliano Aguilera, México: Porrúa, 1999, p. XXVII.

los pies de tu trono con la misma sinceridad; y después que alguno se atreva a decir en tu presencia: ‘Yo fui mejor que ese hombre’.²⁸

En este momento, se consolida también el concepto de autor (creadores han existido desde la antigüedad, por supuesto, pero la conciencia de la autoría de un escritor respecto a su obra es en realidad algo reciente). Un sujeto cuyo predicado es su obra escrita. Bien mirado, sería como una forma de paternidad (o maternidad): un vínculo que se fortalece con el paso del tiempo. Al profesionalizarse, el autor diversifica sus prácticas: emplea cierto tiempo para la creación, otro para la recopilación de materiales, otro más para ganarse la vida (sobre todo en ámbitos como el nuestro, donde la literatura aún está lejos de ser una profesión que garantice la solvencia).

En muchas ocasiones, el escritor lleva un diario; cuando esto ocurre, como si fuera una cantera de la cual saca material para sus obras, la escritura sobre su propia circunstancia se convierte en un género particular. Al mismo tiempo registra en él los vaivenes de la vida. En otros momentos, decide escribir sobre su existencia; o redactar sus memorias, esto es, seleccionar sólo los momentos decisivos de su tránsito por la tierra. ¿Cuáles son los criterios que justifican y legitiman esta selección? Dependerá de cada circunstancia personal; pero, por lo general, la elección se basa en un criterio de periodización individual que clasifica y ordena el tránsito por la vida, es la crónica retrospectiva del camino a Damasco (esa mítica conversión de Saulo a Paulo: la metamorfosis y la toma de conciencia).

Estos escritos van creando un corpus de obras particular, diferente a las creaciones u obras de ficción. No hay aquí personajes inventados sino reales, empezando por quien redacta. Los asuntos son verdaderos también. ¿Cómo abordar estos escritos? ¿Merecen los escritos autorreferenciales ser “objeto” de los estudios literarios? Formulo esta pregunta teniendo en cuenta

²⁸ Jean-Jaques Rousseau: *Las confesiones*, traducción de Rafael Urbano y estudio preliminar de Jorge Zalamea, México: Editorial Cumbre, 1979, p. 1.

que hasta hace relativamente poco este corpus de textos eran marginados de la crítica, y se utilizaban sólo como materiales de apoyo (recordemos que durante la apoteosis del estructuralismo la vida del autor era excluida del proceso de análisis inmanente).

Sin embargo, debo aquí señalar algo: independientemente de sus peculiaridades, las escrituras del “Yo” merecen ser catalogadas como literatura (dependiendo, sin duda, de su tratamiento y confección), como de hecho lo son las biografías más excelsas: desde las *Vidas de filósofos más ilustres* de Diógenes Laercio hasta la *Vida del doctor Samuel Johnson*, de James Boswell, y los diálogos e interlocuciones, como las *Conversaciones con Goethe* de Eckermann. Literatura y testimonio. O mejor: literatura testimonial. Por más importante que sea el testimonio, sin embargo, lo fundamental aquí será el tratamiento literario. El acercamiento crítico, empero, deberá ajustarse y tener en cuenta otras dimensiones. La red de vínculos se ensancha y abarca a la historia, la política, la psicología y un largo etcétera. ¿Qué determina a qué? ¿La vida a la obra? ¿O la obra a la vida? Estas preguntas permanecerán abiertas por el momento...

Existe, para este caso, otra singularidad que se suma a todo lo descrito hasta aquí. Cuando se estudia un texto de corte autobiográfico, cuyo autor es un escritor, surge una interrogación: ¿qué importa más: el acto de recordar o la manera de hacerlo? El género de las memorias forma parte de lo que el crítico francés Jean-Philippe Miraux llama “las escrituras del Yo”, las cuales consisten en una estrategia particular: colocar al autor en el objeto de la creación. La pregunta central es sin duda: ¿por qué hablar de uno mismo? ¿Cuáles son las motivaciones íntimas? ¿Cuáles las exteriores? Ronda aquí la idea de la constitución del sujeto como individuo y sus maneras de auto-representarse.

Las memorias, a diferencia de las autobiografías o las confesiones, ponen el acento en la relación temporal, confrontan la vida propia con ciertos acontecimientos, públicos y privados, que determinaron la existencia del memorista. Este ejercicio de escritura no está exento de dificultades, pues ahora

...el asunto es expresarse, fundar el yo y el desarrollo de su existencia como objetos de conocimiento, como objetos de la escritura [...] Es entonces cuando el proyecto –lo que epistemológicamente aparece ante el escritor y se impone como necesidad– plantea una nueva problemática escritural: la escritura en tanto término intermedio, en tanto instrumento, ¿se adapta bien a su sujeto? ²⁹

Y no sólo eso, está también el tema de la verdad, un aspecto que corresponde a la ética, pero de igual manera constituye un elemento fundamental para que el discurso autobiográfico se sostenga y tenga validez en el campo cultural al cual va dirigido. Tratar de ser objetivo al recordar, y no dejarse llevar por las impresiones ni las pasiones, ni los deseos de cambiar o alterar el pasado. La anamnesis como estrategia de escritura: recolectar la información del pasado y recordar los momentos más trascendentales. Aunque como bien apunta Miraux: “La escritura autobiográfica es sentimental, no mimética; la relación con la realidad referencial sólo existe indirectamente, a través del rodeo que supone la mediación escritural”. ³⁰

¿Cuándo llega ese momento? Generalmente, cuando ya se ha sobrepasado la mitad de la vida (como sugería Cellini). Hay, por supuesto, grandes excepciones. Me viene a la cabeza la estupefante colección editorial diseñada por Emmanuel Carballo (bajo el auspicio de Rafael Giménez Siles y Martín Luis Guzmán) en los años sesenta para las Empresas Editoriales: “Nuevos escritores mexicanos del siglo XX presentados por sí mismos” que, en un espacio de cuarenta páginas, provocó la recreación memorista de jóvenes escritores como Salvador Elizondo, Sergio Pitol y José Agustín, entre otros. O las jornadas “Narradores ante el público”, que se realizaron entre 1965 y 1966, promovidas por la UNAM y el INBA, y que luego fueron recopiladas en dos tomos por Antonio Acevedo Escobedo y publicadas por Joaquín Mortiz. En ambos

²⁹ Jean-Philippe Miraux: *La autobiografía. Las escrituras del yo*, traducción de Heber Cardozo, Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión, 1996, p. 10.

³⁰ *Ibid.*, pp., 55-56.

casos, sin embargo, el ejercicio autobiográfico fue provocado por cuestiones ajenas al propio autor.³¹

¿Qué nos mueve a leer los recuerdos de otras personas? ¿Existe un interés genuino, una curiosidad justificada? ¿O es sólo el morbo, la ansiedad por conocer la intimidad de los otros? Uno de los estudiosos del género, George May, responde:

La curiosidad que lleva a leer las memorias de los otros puede proceder, en principio, de motivos muy poco confiables, tales como los que aseguraron el éxito de las *Memorias* de Casanova o de *Mi vida secreta*: el deseo de ver lo que por lo general se esconde.³²

El contraste (o la confrontación) entre lo visto y lo oculto: he allí el impulso que nos mueve a la lectura de este género literario. Llegamos a las biografías y a las autobiografías porque algo sabemos del sujeto biografiado, conocemos sus obras y acciones públicas, algo intuimos de sus vidas privadas; pero nos falta algo. Digamos que hay un morbo, pero éste es detonado por un saber previo. (Tal vez esto sea una forma de justificación, de legitimación del impulso voyerista.) Vivimos en una época donde la invasión de la privacidad es deporte de masas (se publicita lo privado en busca de reconocimiento), la visibilidad, sin embargo, es diferente a la escritura de la memoria. En un texto de corte autobiográfico (sobre todo si quien lo escribe es, a su vez, un escritor), hay, además, una reflexión sobre el propio lenguaje, sobre la manera de contar. Y sobre la forma de contarse a sí mismo. Cuáles estrategias narrativas utilizar, qué aspectos se van a resaltar. Forma y contenido van de la mano.

³¹ El académico Humberto Guerra relaciona, además, el auge de estas colecciones autobiográficas al desarrollo de una contra cultura contestaria, que iba a contrapelo de las políticas culturales del Estado (y done podríamos agrupar a la Generación de la Ruptura en pintura, a la Onda en literatura, y a críticos como el propio Carballo, quien, desde la década del cincuenta, había cuestionado fuertemente al nacionalismo literario), así como al auge de “la clase media ilustrada [que] ya no ve con la misma benevolencia al Estado Omnímodo e inamovible y tampoco a la hegemonía partidaria que se sostiene cada vez con mayor dosis de violencia”. Humberto Guerra: “La autobiografía mexicana a través de sus colecciones”, en *Cuadernos del CILHA*, año18, núm. 27, 2017, p. 77.

³² George May: *La autobiografía*, traducción de Danubio Torres Fierro, México: Fondo de Cultura Económica, 1982, p. 110.

Entro ahora al terreno pantanoso de la “fama”. Los personajes protagónicos de las escrituras del “yo” poseen, para ser objeto de interés público, algo (poco o mucho) de fama. Sobre todo, quienes escriben memorias, pues “el memorialista inscribe la historia de su vida en la historia de los acontecimientos, y esa inscripción constituye lo dominante de su obra”.³³ El reconocimiento no garantiza, por cierto, el conocimiento.

Entre estos dos conceptos hay una brecha de no pocas proporciones. Por algo la diosa Fama (o Feme en griego) era representada, en el mundo grecolatino, como una figura algo odiosa, que esparcía rumores sin preocuparse de la veracidad de los hechos relatados. En un interesante ensayo sobre el tema, Hans-Joachim Neubauer se pregunta: “¿Pero quién es Fama? En latín el término significa lo mismo que gloria, opinión pública, habladuría y rumor. Se llama fama tanto a la buena reputación como a la mala”.³⁴ La mala fama suele ser un impulsor de ventas para el género (y para las actuales series y *biopics*).

Detengámonos un poco en la circunstancia de la redacción de las Memorias. Los escritos de García Naranjo aparecieron en el momento de la consolidación de los procesos de institucionalización de la Revolución Mexicana. Atrás habían quedado las revueltas y conflictos entre los mismos militares; Manuel Ávila Camacho había sido el último presidente de procedencia castrense; su sucesor, Miguel Alemán, inauguraba la era de los licenciados y con ella se daba inicio a los procesos de modernización.

Las últimas polémicas en torno a la vigencia e importancia de la Revolución se habían llevado a cabo en la década del cuarenta. Sin embargo, los protagonistas o testigos principales comenzaban, al mediar el siglo, a entrar en la vejez. Muchos de ellos escribieron, entonces, recuerdos, memorias y autobiografías. La de los militares eran textos que buscaban, por lo general, la reivindicación histórica y política; la de los

³³ Jean-Philippe Miraux, obra citada, p. 45.

³⁴ Hans-Joachim Neubauer: *Fama. Una historia del rumor*, traducción de Germán Garrido Miñambres, Madrid: Siruela, 2013, p. 57.

intelectuales perseguían otros fines: dar cuenta del proceso revolucionario desde la propia formación del memorialista. En las primeras se destacan la valentía, la osadía y los infortunios; en el segundo corpus: los desencuentros entre la política y la cultura, sus acercamientos y sus contradicciones.

En la literatura nuevoleonese, el otro gran antecedente en el género son las *Memorias* de Fray Servando Teresa de Mier, escritas entre 1817 y 1822 en forma de apología y otros documentos de tintes jurídicos. Hace tiempo me ocupé de esos textos del fraile regiomontano. Buscaba entonces comprender las circunstancias que envolvían su escritura. La pregunta que me hice entonces: ¿por qué recurrir a la rememoración, a la rearticulación (¿reinención?) del pasado, para legitimar la obra propia?, podría ayudarme ahora...

Fray Servando, al igual que García Naranjo, contrasta el relato de su vida con las circunstancias adversas que le tocó vivir: el infortunio provocado por la lectura de su sermón heterodoxo en el templo de la Colegiata el 12 de diciembre de 1794; el destierro en España y las prisiones; la lucha por recuperar su estatuto intelectual y religioso; la participación en la campaña de Mina; las penurias de su reclusión en las celdas de la Santa Inquisición; la participación en los debates parlamentarios del México independiente:

Y partí para el destierro; pero siempre bajo la escolta tremenda de los falsos testimonios enmascarados con el título de informes reservados. Siempre me acompañó la opresión, siempre la intriga, y no hallé en todos mis recursos sino la venalidad, la corrupción y la injusticia. Aunque con veinticuatro años de persecución he adquirido el talento de pintar monstruos, el discurso hará ver que no hago aquí sino copiar los originales.³⁵

Fray Servando recurrió a la retórica de la apología; estableció una división tajante entre su Inocencia (así se designaba a sí

³⁵ Fray Servando Teresa de Mier: *Memorias*, tomo I, edición y prólogo de Antonio Castro Leal, México: Porrúa, 1988, p. 4.

mismo) versus las Pasiones de sus oponentes. En sus *Memorias* no hay medias tintas. Al igual que García Naranjo él deseaba rectificar la historia reciente, su alegato perseguía la restitución de su figura. A la postre lo logró. Fray Servando consiguió retornar del destierro (a pesar de que su cuerpo errabundo y momificado siga prófugo) e instalarse en las páginas de la Historia Patria.

Como lo confesé al principio de este ensayo, me interesó rastrear las estrategias narrativas de García Naranjo y el uso del género de las memorias para la reivindicación de un proyecto literario marginado y silenciado (desterrado). ¿Por qué este género, tan poco común en la literatura mexicana, ha tenido en Nuevo León un peculiar florecimiento? Dejaré abierta la pregunta, sólo daré aquí un atisbo de respuesta, que más bien es otra pregunta: ¿será la causa la marginalidad geográfica y simbólica de una escritura regional? Los escritores e intelectuales de las regiones requieren, por lo general, de un esfuerzo doble para auto-representarse y legitimarse ante sus pares del centro.

Por lo común, quienes redactan memorias son, o al menos así lo creen y por ello emprenden sus acciones discursivas, figuras públicas destacadas: prohombres, políticos ilustres (se me perdonará el oxímoron), héroes de la milicia, escritores consagrados y un nutrido etcétera. En el caso de la literatura nuevoleonense, ni fray Servando Teresa de Mier ni Nemesio García Naranjo fueron, como ya señalé, “figuras agraciadas” (mucho menos consagradas) al momento de escribir sus respectivas memorias. El Padre Mier las redactó desde las mazmorras de la Santa Inquisición, tratando con ello de legitimar sus acciones y demostrar su “inocencia”; Nemesio García Naranjo reestructuró sus recuerdos para vencer el olvido impuesto por la historia oficial y por la historia literaria.

Ambos se sentían injustamente excluidos de la historia y la cultura nacionales. La diferencia radica, como ya lo he expresado, en que a fray Servando se le rescató de ese hades para incorporarlo en la narrativa teleológica de la historia moderna mexicana (aún espera su “retorno” a la literatura), y, en contraste,

a Nemesio García Naranjo se le dejó ahí, condenado al olvido. ¿Se pueden observar aquí los mecanismos de la legislación cultural? O, mejor dicho, ¿no resulta evidente el vínculo entre lo político y lo literario a la hora de fijar y establecer un canon?

El otro autor de la región, Alfonso Reyes, dejó un heterogéneo corpus de textos autobiográficos, que fueron ordenados póstumamente, primero en el tomo XXIV de sus *Obras completas*, luego con la paulatina edición de sus *Diarios* y su correspondencia. La lectura de estos escritos nos revela un procedimiento contrario a la redacción de las memorias del padre Mier y de García Naranjo. Reyes escribió sobre su vida en “tono privado”, era una figura pública y central de la cultura, y desde ahí construyó su discurso literario y cultural, que incluía, por supuesto, la reelaboración de su propia formación como escritor (pero esos textos estaban pasados por el barniz de la revisión crítica, y confeccionados a la luz de la historia literaria y cultural del México moderno).

Sus travesías y desventuras personales (que no fueron pocas, tampoco) se manifestaron en una prosa a veces dura, a veces melancólica, aunque siempre con gran fuerza y talento. Basta como ejemplo la *Oración del 9 de febrero*. En suma, Reyes no necesitó redactar una decena de tomos de memorias o recuerdos. No tenía que luchar por su lugar en la literatura: su tarea consistía en consolidar y mantener ese espacio central que, para década del cincuenta, comenzaba a ser cuestionado por las nuevas generaciones. La edición de las *Obras completas* fue su empresa postrera: garantizar la unidad y la difusión (y perpetuación) de su legado literario.

Marcadas las distancias y señaladas las coincidencias, vuelvo al punto que me ocupa. La escritura autobiográfica se despliega, entonces, entre la construcción narrativa del protagonista y la confrontación de éste con el contexto real en el cual se desarrolló. El lector deberá entonces hacer el contraste entre la vida del protagonista y los acontecimientos que la envolvieron. Tendremos así la posibilidad de contemplar el bosque y las hojas: la perspectiva particular (con su eje narrativo) y los datos, fechas y acontecimientos generales.

En cierta medida, el lector se convertirá en juez y deberá decidir si lo relatado por el autor es “verídico”, o al menos se acerca a la posibilidad de serlo. Pero, ¿el valor de un texto autobiográfico residirá solamente en su veracidad? No lo creo. Tenemos ahí, como ya se ha sugerido, la dimensión literaria del documento: no sólo el aspecto formal, sino el simbólico. ¿De qué manera se auto-representa el autor? ¿Cómo va elaborando su propia identidad? ¿Cuáles acciones decide describir; cuáles omitir? Y en este aspecto tanto puede valer lo dicho como lo no dicho.

Estamos ante lo que Philippe Lejeune llamó “pacto autobiográfico”. El autor, el sujeto real, precisa ser al mismo tiempo el narrador y creador de la obra. Él narra su propia existencia (y al hacerlo emplea herramientas literarias: descripciones, diálogos, creación de atmósferas, selección de voces narrativas, elección de tiempos verbales, etc.) y convoca al mismo tiempo un pacto con el lector. Este tipo de alianza no sólo es autobiográfica sino referencial.

El lector deberá, como ya he sugerido, aceptar el universo narrado, dar por cierto, aunque sólo sea momentáneamente, que la perspectiva usada posee validez (no sólo subjetiva, sino histórica). Al reparar en estos asuntos formales, no puedo evitar cuestionarme, poner en entredicho mis propios procedimientos de lectura: ¿cómo leí las *Memorias*? ¿Qué le otorgué y qué le negué a su narrativa? ¿Cómo he establecido yo el “pacto autobiográfico” con la escritura de García Naranjo? Hasta dónde he dado por verdaderas sus afirmaciones y dónde he puesto el alto. Ha llegado el momento de poner los puntos sobre las íes y establecer y marcar mis propias distancias.

No pretendo hacer aquí una apología ni defender lo indefendible. García Naranjo recorrió y trazó su propio rumbo, tomó las decisiones que creyó correctas y terminó por construir, desde el exilio, un espacio simbólico que llamó, junto con otros desafortunados, el “México de afuera”, y del cual me ocuparé más adelante. A ese país sin territorio físico, sin geografía particular, lo fue poblando de un sentido particular: con su propia historia y

sus propios héroes. Al escribir sus *Memorias* (como forma de desahogo) construyó otro territorio simbólico: el de su papel como escritor y hombre público, y a su manera le otorgó una significación trascendental. Desterrado político y desterrado literario: escribió para explicar su conducta, para ponderar su estilo narrativo y para desahogarse, en las múltiples acepciones que le otorga el diccionario a esta palabra: dilatar el ánimo, aliviarse, repararse, y también: confesarse y decir lo que tenía guardado, revelar sus sentimientos a los demás.

No fueron las acciones vividas ni las opiniones emitidas, ni los miles de artículos redactados durante décadas: fue el esfuerzo de reconstruirlo todo a contracorriente en sus *Memorias* lo que me impulsó a escribir este ensayo.

Entonces, tal vez podría llamarlas *contra memorias* por su carácter contra hegemónico³⁶, por su anhelo de responder a la historia oficial y ponerla en duda. La memoria como el recuerdo de un olvido impuesto (y autoimpuesto) y como el cuestionamiento de un conocimiento emanado de una tradición (en este caso, de la historia oficial revolucionaria) instaurada como origen esencial. “La verdad y su reino originario han tenido su historia en la historia”,³⁷ sostiene Michel Foucault en su famosa relectura de la concepción de la historia de Nietzsche. Y García Naranjo renegó toda su vida de *esa verdad*. Apeló al autorretrato para ensayar una descripción de sí mismo: ¿cómo se veía? Como un sujeto despojado de adornos y oropeles: “Como trato de libertarme de orgullos pueriles, no voy a pintar mi efigie con las luces apropiadas para producir un buen efecto”. (I:49)

¿Fue su vida pintoresca y llena aventuras? No. Él mismo lo confesó es ese bosquejo de autorretrato con el que abría sus *Memorias*: “Fuera de los cambios bruscos que me fueron

³⁶ Me refiero a la acepción que le dio Michel Foucault, en su tránsito de la arqueología a la genealogía, más concretamente en su ensayo de 1974: *Nietzsche, la genealogía, la historia*, esto es, como una invención que se opone al concepto de origen y hace manifiesta su condición de discurso que al mismo tiempo que se despliega crea a su objeto y cambia con él.

³⁷ Michel Foucault: *Nietzsche, la genealogía, la historia*, traducción de José Vázquez Pérez, Valencia. Pre-Textos, 1997, p. 22.

impuestos por el triunfo revolucionario de 1914, mi existencia se ha deslizado suavemente y sin complicaciones teatrales”. (I: 55) No fue un héroe de novela, ni artista pendenciero (como algunos poetas modernistas), ni millonario (como otros que coquetearon con la política): “Lo único que me diferencia, no sólo de la generalidad de los mortales, sino también de los políticos militantes, es que fui obligado a vivir fuera de México durante larguísimos años”. (I: 55) El destierro fue su sino y el detonante de su escritura (y de la exploración de su “yo”: esa figura que aparece como protagonista y testigo de diversos episodios de la historia moderna de México).

El ostracismo fue su seña de identidad. Primero, como vástago de un político local expulsado por el reyismo; luego, por sus propias decisiones políticas y las inquinas de ciertos presidentes y funcionarios de medio pelo. García Naranjo como una especie de *homo sacer*, cuya vida literaria es sacrificable sin ningún prejuicio. ¿Podemos hablar de biopolítica en literatura? Sin duda, el campo literario, aunque simbólico, tienen un efecto en los comportamientos públicos. La figura de autor se asocia a la del sujeto soberano: alguien que ejerce una acción a través de la palabra escrita. El sostuvo, sin embargo, que los destierros no alteraron, en lo esencial el curso de su vida:

Por lo que a mí concierne, los destierros, aunque largos, no alteraron esencialmente el curso de mi vida. Se me ocurre comparar dicho curso con un río que, al llegar a determinado sitio, tiene que brincar para seguir su carrera en un plano inferior. Mi existencia saltó en 1914, y volvió a saltar en 1926; pero, después de dos cataratas, el río continuó avanzando con la misma regularidad. (I: 58)

Lo cierto es que sin sus desventuras políticas es poco probable que se hubiera animado a escribir sus recuerdos (ni tampoco se lo hubieran solicitado). Tenemos, así, un peculiar pacto autobiográfico: un contrato tácito entre el escritor y sus lectores. El autor contaría su vida en relación con los sucesos históricos que le tocó presenciar (y cada tomo contaría con un prologuista

invitado). *Memorias* instantáneas que poco a poco fueron tomando forma y coherencia, agrupándose con base en los momentos decisivos de la existencia del protagonista: la infancia y la genealogía familiar llena la página del primer tomo, o, como él lo llamó: *Panoramas de la infancia vistos desde la vejez*; el paisajismo como técnica literaria. Contemplar al pasado como un fresco, una estampa idílica.

Los tomos segundo y tercero se concentran en la formación educativa: *Recuerdos del Colegio Civil* y *La vieja Escuela de Jurisprudencia*: los espacios son los protagonistas (o mejor dicho: su paso por tales lugares). La técnica ahí es el contraste: la comparación entre la enseñanza de los años porfiristas y los métodos e instrumentos actuales. El tomo cuarto es el más “excéntrico”: registrar la conducta juvenil y poco ortodoxa de un escritor apegado a las formas tradicionales, su título *Dos bohemios en París* lo dice todo. Luego viene la triada que alberga las impresiones y recuerdos de formación y quehacer políticos, su ingreso al mundo de la prensa y el inicio de la escritura de artículos. Los títulos están vinculados a tres periodos políticos e históricos que se sucedieron de manera vertiginosa y trágica:

El crepúsculo porfirista, *Elevación y caída de Madero* y *Mis andanzas con el General Huerta*. Historia, política y autobiografía, ligados y enmarañados por la escritura. Los tres tomos restantes son consecuencia de esta relación y dan cuenta del estigma y la odisea personal: *Nueve años de destierro*, *Mi segundo destierro* y *La repatriación definitiva*.

Esta peculiar escritura del “yo” cubre entonces cincuenta y un años (1883-1934) de la vida del escritor. La experiencia del retorno y el contexto de la redacción de este proyecto autobiográfico (esto es, los últimos veinte y siete años de la vida de García Naranjo) quedarán fuera de las *Memorias*.

La gestación de las *Memorias*

En el primer tomo de su empresa autobiográfica, Nemesio García Naranjo comenzó colocando al inicio una “Ofrenda”, una suerte de pórtico retórico destinado a agradecer a un grupo de mecenas que no sólo financiaron parte de la edición, sino que le otorgaron

al autor un estipendio para que pudiera dedicarse de lleno a su labor. Los patrocinadores fueron un grupo de empresarios y políticos regiomontanos, donde se encontraban, entre otros, Eugenio Garza Sada, Ignacio Morones Prieto, Aarón Sáenz y Carlos Prieto.

De ellos –confesaba García Naranjo- partió la idea de que yo relatara la aventura de mi vida, y sin su generosa subvención, no habría yo podido suspender mi trabajo regular durante un año, a fin de dedicarme por completo a la recolección y el ordenamiento de mis recuerdos. (I: 9)

No resultaba extraño que, al mediar el siglo, uno de los protagonistas del devenir político y cultural mexicano decidiera escribir sus recuerdos, lo inusual era que contase con un grupo de auspiciadores. Incluso Alfonso Reyes, en la entrada de su *Diario* del 28 de noviembre de 1952, consignó con asombro (y tal vez con envidia): “A Nemesio García Naranjo le han dado una renta en Monterrey para que escriba sus memorias y dejé sus artículos de *Novedades*”.³⁸

Sin embargo, el embrión del proyecto era más antiguo. La primera noticia sobre la posibilidad de escribir las Memorias, la había dado el propio García Naranjo en el prólogo a *En los nidos de antaño*, una antología de sus piezas oratorias publicada en Monterrey en 1951. Ahí exponía:

La última vez que estuve en Monterrey, con el objeto de participar en la ceremonia inaugural del nuevo edificio del banco Regional del Norte, Rogelio Cantú Leal y Federico Gómez, gerente y director, respectivamente, del diario *El Porvenir*, me dijeron que querían tratar conmigo dos asuntos de importancia.

El suspenso se desvaneció muy pronto: “Rogelio comenzó por invitarme a que escribiera mis *Memorias*, a fin de que se

³⁸ Alfonso Reyes: *Diario. 1951-1959*, tomo VII, edición crítica, notas y fichas biobibliográficas de Fernando Curiel Defossé, Belem Clark de Lara y Luz América Viveros Anaya, México: Fondo de Cultura Económica, 2015, p. 120.

publicaran semana a semana, en su periódico y luego se condensaran en un libro”.³⁹ En total, publicaría ahí 450 entregas de sus *Memorias*. He aquí otra de las particularidades de este corpus autobiográfico: primero apareció en la prensa (repartido en artículos), luego se convirtió en libro. García Naranjo presentaba semanalmente sus alegatos, utilizaba el espacio público para reconfigurar su lugar en la cultura y la literatura mexicanas.

El escritor aclaró, de manera inmediata, que este “Patronato” sería responsable del financiamiento de los primeros cinco volúmenes, es decir: de aquellos que cubren su infancia y adolescencia. Los otros cinco, que ya estaban en parte escritos o esbozados, serían responsabilidad suya, “pues no me parece correcto mezclar los nombres de los generosos patronos con la confesión de mis pecados políticos. Esa es cosa mía, únicamente mía”. (I: 10) En este punto ya se asomaba la detonación principal de las *Memorias*: replicar la historia oficial y dejar testimonio de su actuación y de su obra. La invitación, real o retórica, del “Patronato” no era más que un pretexto para, de alguna manera, justificar la escritura y la ordenación y rearticulación de los recuerdos. Al finalizar su “Ofrenda”, exponía:

Y en cuanto a los trece caballeros cuyos nombres decoran el pórtico de esta obra, ni siquiera sabían cuál iba a ser su contenido. Supusieron bondadosamente que por haber sido espectador y en ocasiones actor, en el desfile de la vida nacional, por cerca de dos tercios de siglo, podía relatar cosas que suscitaran el interés de las futuras generaciones. (I:11)

Por supuesto, el apoyo no era desinteresado: el “Patronato” buscaba dotar de peso literario su propia ideología conservadora y, de cierta manera, imponer su visión de la historia reciente de México; pero don Nemesio omitió esa parte para concluir: “Y basándose únicamente en la esperanza, me otorgaron una

³⁹ Nemesio García Naranjo: *En los nidos de antaño*, Monterrey: Talleres de la Impresora Monterrey, 1951, p. 1.

subvención que no tiene precedentes en la historia de las letras españolas”. (I: 11)

Así al despuntar la década de 1950, y con setenta años auestas, García Naranjo decidió retirarse, al menos de manera momentánea, de su labor de columnista para arremeter la tarea de escribir sus recuerdos (que finalmente se publicarían en primera instancia como artículos, como ya indiqué). La redacción de las *Memorias* inicia justo en el cambio sexenal: el paso del gobierno voraz de Miguel Alemán al del recatado Adolfo Ruiz Cortínez. Plena era de la posrevolución, para decirlo en pocas palabras.

El Estado se ordenaba buscando su modernización, al igual que el campo literario: la plana mayor de intelectuales y creadores hacía pública, por esos días, su adhesión y apoyo al próximo gobernante: José Vasconcelos, Alfonso Reyes, Antonio Castro Leal y Julio Jiménez Rueda, entre otros, firmaban desplegados en los principales diarios de circulación nacional. El ex tribuno (conocedor de ambos mundos: el político y el intelectual) reaccionaba con un artículo titulado “Intelectuales” (que se publicó el 9 de julio de 1952 en *El Porvenir*): ahí describía y criticaba esta conducta pública, remarcando una contradicción, a saber: la autoridad intelectual o artística no equivalía a sapiencia política: “Con todas estas opiniones se puede formar un mosaico curiosísimo pero enteramente inútil...”

A los pocos meses, en noviembre, daba inicio la publicidad de las *Memorias* en el diario regiomontano. El primer artículo “Desahogos del desterrado” se publicó el 4 de diciembre de 1952 e inmediatamente se desató una polémica editorial. El autor, fiel a los preceptos del género narrativo, no deseaba ahondar en su infancia, sino abocarse a los acontecimientos que estuvieran vinculados a la historia del país: su idea era comenzar en el año de 1909, cuando ingresó a la política. Los directores de *El Porvenir*, en particular el periodista Federico Gómez, se opusieron y lanzaron una convocatoria a sus suscriptores. El 7 de diciembre apreció el apartado “Nuestros lectores tienen la palabra”:

Tenemos una querrela con nuestro distinguido colaborador, le licenciado Nemesio García Naranjo. Él nos entregó para su publicación los siete capítulos que constituyen la introducción de sus *Memorias*; pero se ha resistido mucho a entregar el material del relato de su vida. Alega como motivo que los lectores de periódicos no se van a interesar por los capítulos de su infancia y de su adolescencia con los cuales se va a iniciar necesariamente su autobiografía.

Y a continuación reproducían parte del diálogo sostenido con el escritor lampacense:

¿Qué interés puede tener para los lectores de diarios -nos dice García Naranjo- lo que yo pueda decir de mi nacimiento, de las escuelas primarias donde me eduqué y de mis estudios preparatorios? Para el público, lo que interesa es mi vida a partir de 1909, cuando empecé a contraer graves responsabilidades con mi país. Y, claro está, todo esto lo entregaré a la prensa en su debida oportunidad; pero considero prudente no aburrir al público con cosas que no guardan relación con la marcha de la vida nacional.

García Naranjo consideraba que la parte relativa a su primera juventud era material más propicio para un libro que para la prensa, y con ello distinguía dos prácticas de lectura:

El lector de un libro es un hombre reposado, que le dedica a cada párrafo toda su atención. En cambio, el que lee una hoja diaria, siempre está de prisa y con ganas de acabar pronto la lectura, para dedicarse a sus actividades de costumbre.

El periódico respondió enérgicamente: eran sólo los lectores los que podrían formular el veredicto final: “Por eso es que con estos renglones, invitamos al público para que nos diga si debemos aceptar el criterio del licenciado García Naranjo, o si ellos reclaman la vida íntegra del escritor”. El autor aceptó la

propuesta, argumentando que era justo tomarle el pulso a la opinión pública, pues “su vida entera es comprobante de que siempre se ha sometido al juicio de las mayorías”. La respuesta fue inmediata: la lectora María de Jesús de Macías envió una carta manifestando su interés de que el escritor contara sin tapujos toda su vida: “A mí en particular siempre me han interesado sus artículos, sus ‘Saetas’ muchas veces me hicieron reflexionar”, por lo tanto “creo que la autobiografía del citado personaje debe aparecer completa”. El lector Luis González Castaño opinaba que los artículos autobiográficos deberían cubrir cada etapa de su vida, pues ésta era tan interesante

En edad de treinta años hasta el presente, como la de su niñez y su adolescencia, y si esta última aparece en sus *Memorias* en su acreditado diario, debe ser ética del escritor y lo interesante es que aparezca a la luz pública.

La victoria de los lectores fue contundente: el autor tendría ahora que incluir los capítulos relativos a sus orígenes. Así lo hizo. El jueves 18 de diciembre comenzó, ahora sí, en forma la publicación semanal de las *Memorias* en *El Porvenir*. Esta no era la primera vez que el periódico se lanzaba a una aventura editorial de esa índole. En 1933 había publicado y promocionado con gran éxito la novela de no ficción *El crimen de la calle de Aramberri*, del escritor y periodista Eusebio de la Cueva (colaborador también del diario). El libro recogía los macabros acontecimientos que habían cimbrado a la ciudad en abril de ese año, cuando dos mujeres fueron salvajemente asesinadas en una casa habitación de esa céntrica calle regiomontana. *El crimen de la calle de Aramberri* se convirtió de inmediato en un *bestseller* (el morbo ha sido siempre un estimulante para el consumo).⁴⁰

⁴⁰ De hecho, el mismo periódico formaba parte de las empresas editoriales de más éxito en la región desde su aparición en 1919. Si bien, *El Porvenir* había sido fundado por el escritor colombiano Ricardo Arenales (también conocido como Porfirio Barba Jacob), el artífice del proyecto había sido el impresor Jesús Cantú Leal. Cantú Leal había impreso en 1909 la *Revista Contemporánea* (la más importante publicación cultural de su tiempo).

Las *Memorias* serían también un negocio redondo, porque primero aparecerían como artículos semanales y luego como libros, reviviendo con ello la antigua práctica del folletín, con la salvedad de que estos textos podían leerse de dos maneras: como artículos de opinión y como capítulos de una autobiografía.

Así, para 1953 se hallaba inmerso en la redacción de sus *Memorias*, convocando a sus demonios y desatando sus remembranzas. A los pocos meses, sin embargo, recibió la invitación de José Pagés Llergo para publicar una columna semanal en su próxima empresa editorial: la revista *Siempre!* Contra lo esperado, aceptó el desafío y retomó su viejo oficio, al cual compaginó con la labor memorialista. En el primer número, aparecido en junio de ese año, García Naranjo publicó “En las alas de la nueva aventura”, en él hizo un recuento de su labor en las prensas:

Comencé hace cerca de medio siglo, embarcándome en *El Debate* (el bisemanal intemperante del corralismo), que bogaba sobre las aguas negras y encrespadas de la laguna Estigia; y después de tan terrible iniciación, quedé preparado para abordar la misma barca de Caronte. Luego, por mi propia cuenta, me embarqué en el diario *La Tribuna*, cuyas oficinas fueron incendiadas durante la decena trágica, y eso basta para que se infiera cómo fue tempestuoso aquel viaje. Me volví a embarcar en la *Revista Mexicana*, un semanario de fuego que edité durante cinco años, en la ciudad de San Antonio, Texas. Luego, me embarqué con Ignacio E. Lozano en *La Prensa* y *La Opinión*; con Regino Hernández Llergo en las revistas *Hoy*, *Mañana* e *Impacto*, y finalmente con Aldo Boroni, en el semanario *Periscopio* que no duró más que nueve semanas, pero tan intensas, que dejó huellas imborrables en la historia de la prensa en México.⁴¹

El riesgo era grande: crear un nuevo espacio de enunciación, donde tendría que cautivar a los lectores (lectores a los que ya había renunciado) que esperan de él artículos sobre el presente. Y al mismo tiempo, sumergirse en el pasado para construir (y

⁴¹ Nemesio García Naranjo: “En las alas de la nueva aventura”, en *Siempre!*, núm. 1, junio 27, 1953, p. 20.

reconstruir) su historia personal. La prensa le serviría de tribuna: sus escritos tendrían una repercusión inmediata; pero, al mismo tiempo, se irían alejando (tal vez de manera consciente) del campo literario. Entre 1952 y 1955, por ejemplo, Juan Rulfo daría a las prensas del Fondo de Cultura Económica sus dos libros celebérrimos. La crítica literaria, que, en esos días, aún se producía en la prensa misma, no daría cuenta de ese proceso autobiográfico. Un dato significativo: cuando en 1959 salió la primera edición de *Protagonistas de la literatura mexicana* (que entonces se titulaba *Diecinueve protagonistas...*), de Emmanuel Carballo, García Naranjo estaba totalmente excluido. El canon ya estaba constituido.

He ahí las circunstancias que envolvieron la redacción de las *Memorias*. Pero ¿cómo las estructuró? En el capítulo anterior mencioné que la escritura autobiográfica de García Naranjo se llevó a cabo con base en ciertos momentos decisivos, añado ahora que la selección fue posteriormente articulada siguiendo algunos modelos literarios e improvisando el resto. De entre todas las posibilidades narrativas, sin embargo, el escritor nuevoleonés se inclinó por una más afín a su circunstancia.

El principal modelo que el autor eligió para estructurar su proyecto es, como se podría suponer, el de Chateaubriand y sus *Memorias de ultratumba* (publicadas, de manera póstuma, entre 1848 y 1850), cuya obra también fue patrocinada de antemano por una sociedad mercantil, con la salvedad, y eso lo remarca García Naranjo, de que en esta ocasión el patronato no “exigió” nada a cambio ni se involucró en el contenido de las mismas. Chateaubriand había comenzado a redactar sus vivencias en una fecha tan temprana como 1803; en 1809 se retiró a Vallée-aux-Loups, cerca de París, para trabajar con mayor seriedad en ellas, y así continuó, de manera interrumpida, hasta 1826, cuando terminó el primer borrador.

La Revolución de julio de 1830 causó un fuerte impacto en su visión de la historia (y la relación de ésta con su vida) y esto “afectó” a su proyecto autobiográfico, que fue reescrito en parte desde una nueva perspectiva.

Las terminó en 1841, pero no se atrevió a publicarlas por temor a los escándalos. Problemas financieros lo orillaron a venderle los derechos de publicación a un editor, con la promesa de no mandarlas a la imprenta mientras él estuviera vivo. A los tres meses de su fallecimiento, aparecieron impresas las primeras entregas. Se publicaron más de dos mil páginas, divididas en cuatro partes y cuarentaicuatro libros, repartidos en capítulos. La estructura narrativa se basó en las diversas actividades que el autor realizó.⁴² El énfasis recayó en la relación de la vida con los acontecimientos políticos (gran lección de la cual García Naranjo tomó nota).

Con falsa modestia, García Naranjo estableció de manera sutil un parangón con la vida del escritor francés. Ambos presenciaron sucesos fundamentales para sus respectivas naciones: Chateaubriand atestiguó el Antiguo Régimen, la Revolución Francesa, el imperio de Napoleón y su caída en Waterloo, la Restauración, el congreso de Verona y la Revolución de 1830; García Naranjo vivió el final del Porfiriato, participó políticamente en los procesos de transición: fue adversario de Madero, y miembro del gabinete de Victoriano Huerta:

Tuve la oportunidad de asistir en 1910 a las fiestas del Centenario de la Independencia; vi cómo se prendió el incendio revolucionario; fui testigo de la caída del régimen porfirista, y luego del encumbramiento y el ocaso de don Francisco I. Madero; y finalmente, participé en la lucha tremenda que sostuvo el General Huerta con el presidente Woodrow Wilson, de los Estados Unidos... (I: 41).

Lo que tácitamente rescataba García Naranjo de los escritos autobiográficos de Chateaubriand era su animadversión a los procesos revolucionarios, a las pasiones políticas desbordadas y

⁴² En el prefacio de su voluminosa obra, advertía: “Ignoro si esta mezcla, que no puedo remediar, gustará o desgradará; es el fruto de la inconstancia de mi suerte: las tempestades no han dejado a menudo otra mesa de trabajo para escribir que el escollo de mi naufragio”. *Memorias de ultratumba*, presentación de Marc Fumaroli, introducción de Jean-Claude Berchet y traducción de José Ramón Monreal, Barcelona: Acantilado, 2004, p. 8.

a la manera en que estos violentos procesos justificaban sus acciones y determinaban los campos de la cultura y la literatura. La historia de los vencedores no era la única, parecía sostener: el discurso de los poderosos es la justificación del exceso de sus actos:

Me he mezclado –dice el vizconde de Chateaubriand en el prólogo de sus célebres *Memorias*- en la paz y en la guerra: firmé tratados, protocolos, y publiqué, sobre la marcha, numerosas obras. Fui iniciado en los manejos secretos de los partidos, de la corte y del Estado. Presencí de cerca los más raros infortunios, las más altas venturas, las más grandes celebridades. Asistí a sesiones, congresos, cónclaves; a la reedificación y a la demolición de tronos. Hice la historia y he podido escribir acerca de ella. Y mi vida solitaria, soñadora, poética, ha transcurrido en este mundo de realidades, de catástrofes, de tumulto con los hijos de mis sueños.⁴³

Pero García Naranjo tampoco deseaba rasgarse las vestiduras ni caer en el dramatismo: el mismo afirmaba que no era un personaje de Esquilo ni un “villano de novela romántica”, tampoco un truhan de la picaresca española. Solamente un testigo, un hombre que tuvo la fortuna y la desgracia de estar en medio del huracán revolucionario. Además, era de los pocos sobrevivientes, casi toda su generación había perecido al mediar el siglo XX: “Giro la vista en mi derredor y sólo veo sombras” (I: 43); no había faltado quien se refiriera a él como un “valor arqueológico”. Quedaba así comprobada la estimación histórica de sus escritos, pero había algo más: precisamente esa condición le otorgaba la estrategia de escritura que le permitiría a la postre reinstalarse en el panteón nacional de la cultura y las artes, al menos ese era uno de sus propósitos.

La realidad es que las *Memorias* habían sido escamoteadas, silenciadas por las más llanas formas del ninguneo político y literario. El recibimiento de sus obras se dio, como sabemos, de

⁴³ François René de Chateaubriand: *Memorias de ultratumba*, obra citada, p. 8.

manera sesgada: semanalmente en las entregas que aparecían en las páginas de los periódicos de la ciudad de México y Monterrey. ¿Afectó a este propósito el hecho de que las *Memorias* se publicaran como libros en la capital de Nuevo León y no en la capital del país? Alfonso Rangel Guerra, en un ensayo ya citado aquí, se decanta por esa posibilidad:

La segunda circunstancia que afectó la obra de Nemesio García Naranjo se refiere especialmente a sus *Memorias*, hechas con el apoyo de amigos y publicadas en Monterrey, en los talleres de *El Porvenir*. Son diez volúmenes escritos a partir de 1953 [sic], hasta poco antes de su muerte. Lamentablemente, esta edición se realizó con muchas fallas tipográficas y además con una distribución muy deficiente, si la hubo. En estas circunstancias, los libros de *Memorias* de García Naranjo pasaron desapercibidos para la mayoría de la población.⁴⁴

No puedo dejar de retomar aquí una serie de contrastes entre la vida y obra de Nemesio García Naranjo y la de Alfonso Reyes, que ya esboqué de manera sucinta en el capítulo anterior (y sobre la cual volveré en repetidas ocasiones más adelante). Al momento en que García Naranjo comenzaba a escribir y ordenar sus *Memorias*, Reyes se encontraba preparando la edición de sus *Obras completas*, que serían publicadas por el Fondo de Cultura Económica. Son dos procesos opuestos. Reyes se hallaba en el camino hacia la canonización, rumbo al *centro* de la literatura mexicana, y, en contraste, García Naranjo intentaba salvar su nombre del olvido. Reyes ordenaba sus obras; García Naranjo, sus recuerdos. Uno cumplió con los protocolos del discurso postrevolucionario; el otro los repudió públicamente. ¿En qué momento estas vidas paralelas se distanciaron y se volvieron rutas opuestas?

Irónicamente, en esta década del cincuenta ambos escritores (tan lejanos literaria e ideológicamente) se acercan de diversas maneras. Reyes deseaba contar su vida desde su vocación

⁴⁴ Alfonso Rangel Guerra, obra citada, p. 154.

literaria; García Naranjo desde sus infortunios políticos. Los dos ex -ateneístas se visitaban y se frecuentaban en ocasiones especiales, había cordialidad y trato afable, pero no amistad plena.⁴⁵ Una anécdota describe a la perfección esta peculiar relación. Como ya he mencionado en estas páginas, el proyecto de las *Memorias* contemplaba que cada libro fuera precedido por un prólogo escrito por alguna personalidad cercana al autor o a los hechos narrados. Salvo el tomo dedicado a su etapa en el gobierno de Huerta, que no fue prologado por nadie: y esto no deja de ser significativo, todos los volúmenes presentan la visión de alguien en sus pórticos.

Era impensable que Reyes participara en ese ejercicio; sin embargo, el 5 de junio de 1954 apuntó en su *Diario*: “A Angelina de García Naranjo se le ocurrió pedirme prólogo para las memorias de Nemesio, poniéndonos a la vez a él y a mí en un brete, que ambos sorteamos como pudimos”.⁴⁶

¿Qué hubiera escrito Reyes de haber aceptado la invitación? García Naranjo formaba parte de los años decisivos de su vida, aunque siempre colocado en posiciones opuestas. Sus familias eran algo así como los Capuleto y los Montesco (la comparación la hizo el propio Nemesio): rivales políticos desde finales del siglo XIX. Sus vidas habían corrido por senderos bifurcados: Alfonso rechazó sutilmente la invitación de Huerta a ser su secretario particular; Nemesio aceptó sin reparar el ofrecimiento del militar golpista.

Ambos pensaron, sin embargo, que su condición de escritores e intelectuales los colocaba en una instancia distinta y ajena a las esferas del poder. Reyes trabajó desde la escritura ensayística; y

⁴⁵ Tal vez uno de los motivos que propiciaron el acercamiento, luego de décadas, fue la publicación de tres artículos de García Naranjo evocando la figura del general Bernardo Reyes en agosto de 1950, cuando se cumplían cien años del nacimiento del militar y exgobernador de Nuevo León. Reyes le escribió una carta el 9 de agosto para agradecerle el gesto y hacerle saber que lo valoraba (pues García Naranjo fue, como sabemos, un opositor al régimen reyista): “Hoy me encuentro en *Novedades* el primero de los tres artículos que usted ofrece sobre la figura y la obra pública de mi padre. No necesito esperar más tiempo. Me adelanto a ofrecerle mi gratitud por el buen recuerdo...”

⁴⁶ Alfonso Reyes: *Diario VII*, obra citada, p. 245.

García Naranjo desde los géneros de opinión. (Dos formas de exploración de la primera persona del singular; dos expresiones nítidas de la subjetividad.) En las páginas de ambos se fusionan las circunstancias de vida con las ideas y las pasiones. Sus trayectorias opuestas (y complementarias) me resultan útiles para describir la articulación de moderno campo cultural mexicano.

¿Cómo funcionaba entonces el ámbito de la cultura? Los procesos de legitimación literaria pasaban por la crítica pública: diarios, suplementos y entrevistas eran los medios para definir y colocar los temas, e imponer conductas. Al mismo tiempo comenzaban a especializarse los estudios literarios, gracias a la consolidación y apertura de espacios propicios para el desarrollo de una crítica de corte académico que ya buscaba la ordenación y clasificación de un vasto corpus de obras y autores. Trabajos como los de José Luis Martínez y los del ya mencionado Emmanuel Carballo ilustraban esa tendencia. La literatura mexicana era ya materia de estudio y de análisis en muchas universidades e institutos de educación media y superior (nombres como los de la profesora María del Carmen Millán, experta en letras nacionales, comenzaban a sonar y ser leídos en las aulas de las preparatorias y las facultades de filosofía y letras).

En pocas palabras, se estaba configurando un canon literario que representaba el choque de los valores de un grupo específico en confrontación con otro: nacionalistas versus universalistas. En ninguno de los dos grupos figuraba la obra de García Naranjo, por cierto.

“Las limitaciones del pudor”

Una de las premisas del proyecto autobiográfico de Nemesio García Naranjo era que la Historia –tanto política como literaria– no había sido transmitida con equidad. El autor se colocaba simbólicamente en el banquillo de los acusados y desde ahí exponía su defensa, haciendo uso del alegato literario:

Como un gran número de mis lectores va a buscar en estas *Memorias*, las disculpas que suponen voy a presentar por haber seguido una trayectoria opuesta a la Revolución,

juzgo como un deber desengañarlos desde luego, porque no pienso disculparme,

Advertía con severidad para enseguida rematar: “Tampoco voy a jactarme de haber ido contra la corriente, pues antes de preocuparme porque me absuelvan o me condenen, me interesa que mis compatriotas me entiendan”, luego aclaraba que su actitud no es retardadora ni sumisa, y que trataba únicamente “de encontrar justicia en el proceso que se inició hace 40 años, y que no se ha tratado con equidad”. (I: 59)

Sus *Memorias* fueron redactadas, como él mismo señaló, en forma de confesión, y, de manera explícita o implícita, trataron de responder a un cuestionario popular, o, mejor dicho: a la inquisición que la opinión pública le había montado a García Naranjo a lo largo de muchos años (y cuya condena consistió, como sabemos, en el destierro literario). Los interrogatorios, por orden cronológico, partían por la indagación de su filiación al gobierno porfirista en 1909 (en pleno ocaso del régimen y cuando García Naranjo contaba con 27 años), luego buscaban esclarecer su animadversión hacia la presidencia maderista (García Naranjo atacó al presidente Madero desde la tribuna y desde la prensa.)⁴⁷ posteriormente se le cuestionaba sobre la aceptación del cargo de ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, durante la dictadura de Victoriano Huerta.

La última pregunta tenía que ver con su actitud hacia la Revolución y sus posteriores procesos: “¿Por qué, después de haber sido derrocado, seguiste atacando a la Revolución y a los Revolucionarios durante tus años de destierro?” (I: 60) Hay un último interrogatorio que no se formula, sino de manera implícita: ¿por qué no buscó la redención literaria, como la mayoría de sus

⁴⁷ De hecho, durante mucho tiempo se le asoció con los golpistas de 1913; él negó categóricamente cualquier tipo de participación en el cuartelazo. La vinculación partía de un artículo titulado “El festín de la Beocia”, que publicó en el diario *La Tribuna* el 8 de febrero, es decir, un día antes del inicio de la “Decena Trágica”, en el cual vaticinaba la pronta caída del gobierno maderista: “Al día siguiente, los habitantes de la ciudad de México establecieron la relación entre mi artículo y el pronunciamiento. Suposición insensata porque de haber intervenido en la conjuración, no habría cometido el imperdonable disparate de revelarla”. (VI: 285)

contemporáneos? No existe en su escritura el acto de constricción ni la búsqueda de adscripción a grupo cultural alguno.

He aquí la particularidad de las *Memorias*: su rechazo a la clasificación inmediata. Si el autor de *En los nidos de antaño* había perdido la partida política, se negaba, por el contrario, a aceptar la derrota en el plano moral (e incluso en el estético). García Naranjo sabía (lo había padecido en carne propia) que una revolución, como toda contienda intestina, significaba la división de un mismo pueblo. Lucha interna que iba mucho más allá de las batallas. En la década del cincuenta aún pervivía una gran cantidad de derrotados, algunos de ellos figuras insignes. La derrota podía ser militar y política, pero también estética. Y nuestro autor sabía también que esas huestes buscaban sus propias formas de representación en la esfera pública. Alguien que les hablase desde su misma perspectiva. (Por ello no le faltaron patrocinadores para su empresa autobiográfica.)

Con ese público lector en mente y sobre esos cuatro cuestionamientos, estructuró sus *Memorias*. Para responderlas debió dejar de lado el pudor y centrarse en la verdad, al menos en lo que él entendía como tal. La línea argumentativa iba desde la infancia⁴⁸ y la formación profesional, hasta los devaneos políticos y el destierro, pero, en rigor, toda su escritura giró en torno a su decisión de apartarse de los derroteros de la historia oficial (y de su largo proceso de institucionalización). ¿Qué motivó a García Naranjo para darle la espalda a su tiempo? O mejor: ¿por qué rechazaba aceptarlo?

De nueva cuenta, la comparación (o el contraste) con la vida de Alfonso Reyes resulta de gran ayuda. Al igual que García Naranjo, Reyes pudo optar por la fracción reaccionaria (el mismo Victoriano Huerta, como ya he referido, le ofreció, una vez instalado en la presidencia, el puesto de secretario particular),

⁴⁸ Como vimos en los capítulos anteriores, los capítulos relativos a su infancia y genealogía fueron financiados por él mismo, pues se negaba a hablar de acontecimientos que no tenían que ver con la historia nacional: los lectores de *El Porvenir* lo animaron a completar el trabajo autobiográfico. García Naranjo aceptó hablar de su pasado más remoto sólo como una manera de contextualizar los acontecimientos posteriores.

cuidarse y defender los “valores” de un tiempo ido (consagrarse a reivindicar la figura de su padre, el general Bernardo Reyes). No lo hizo (al menos: no públicamente⁴⁹), tampoco aceptó las posibilidades políticas que la Revolución le podía ofrecer. Se “refugió” en la literatura y desde ahí hizo de la cultura su manera de contribuir a la construcción de un “nuevo México”. García Naranjo apostó por la polémica y la prensa: confrontó su destino desde la opinión pública, y, cuando se le cerraron las páginas de los diarios nacionales, creó sus propios órganos de difusión desde el destierro, como la *Revista Mexicana* (que fundó, en San Antonio, Texas, en 1915, y de la cual me ocuparé más adelante).

Para García Naranjo el “nuevo” México no tenía nada que ver con él. Los procesos de modernización que implantaron los gobiernos postrevolucionarios sólo vinieron a reforzar esa sensación de pérdida. El ocaso y el testimonio, esos son los conceptos que él reelaboró al momento de escribir: su vida se consumía y el mundo que conoció y por el cual luchó tampoco existía ya. El país era otro y los territorios personales también se transformaron o se desvanecieron. ¿Qué quedaba, por ejemplo, de su pueblo natal, Lampazos? Nada o casi nada. La reorganización política y económica hizo de ese poblado un punto perdido en el norte. La imagen desoladora del espacio natal no era gratuita, García Naranjo la asociaba a su propio destino.

En este punto, hay una descripción que viene a cuento: la realizó el propio escritor al volver al terruño en 1934. Estamos ante el inicio de lo que él llamaría la “repatriación definitiva”. Regresaba a México luego de su segundo destierro promovido por Calles. El sexenio de Lázaro Cárdenas comenzaba, y con él venía una serie de transformaciones profundas. El indulto a García Naranjo fue una pequeña muestra de ello: “Al volver a México después de nueve años de ausencia, nadie puede sorprenderse de que deseara pasar un día en Lampazos de Naranjo”. (X: 25) Los tiempos ciertamente habían cambiado, y la repatriación se llevó a

⁴⁹ Reyes escribió la *Oración del 9 de febrero* en 1930, ahí reivindicaba la figura del general Bernardo Reyes, en uno de los textos más emotivos de la literatura mexicana moderna, sin embargo, este documento permaneció inédito durante la vida del escritor regiomontano.

cabo en automóvil (lo que le permitía elegir el camino y los tiempos del retorno), aprovechando el inicio del auge de los traslados por carretera.

Pero, para poder ir a su pueblo, sin embargo, debía desviarse de la carretera que iba de Laredo a Sabinas Hidalgo y de ahí a Monterrey (la más antigua del estado de Nuevo León y una de las primeras de México). El viaje en la actualidad no tomaría más de una hora o dos. Él tardó media mañana en llegar. Encontró una ciudad despoblada (sus habitantes habían emigrado a Monterrey o a la recientemente fundada ciudad de Anáhuac, en la frontera con Texas, y en donde se construía a la sazón una presa y se activaba con celeridad la agricultura). El panorama desolador no le importó: estaba finalmente en el “señorío” de Lampazos y ahí fue recibido como héroe e hijo ilustre, y él se encargó de dotar su retorno de un espesor simbólico y de acompañarlo con una serie de figuras excluidas de la historia patria:

Mi familia y yo estábamos encantados porque Dios nos había concedido la gracia de entrar a México por el más seductor de los caminos. Entrábamos por Lampazos y eso me parecía como entrar a Toledo en la Edad Media por la Puerta de la sangre, o a París por la Puerta de Saint Denis. Se me figuraba que las sombras venerables de don Santiago Vidaurri, don Juan Zuazua, don Francisco Naranjo y don I. Rodríguez me iban señalando la ruta del porvenir. Don Antonio L. Rodríguez me había dicho que la puerta de Lampazos es la más hospitalaria y generosa de nuestra patria; y en efecto, la ciudad se extendía en medio de una avidez que anuncia la pobreza de sus habitantes; pero no por eso ha perdido el porte señorial y magnífico que supo conquistar en sus tiempos de florecimiento y esplendor. (X: 36)

Porque, en su lectura, Lampazos representaba una excepción a la tradicional inestabilidad y desorden de los pueblos mexicanos. Como espacio simbólico, la región estaba asociada a dos proyectos políticos regionales distintos, pero igualmente exitosos en sus respectivos momentos: el de Santiago Vidaurri y el de Francisco Naranjo. La decadencia y la caída se empiezan a dar con la llegada

de Porfirio Díaz a la presidencia (y su proyecto de centralización del poder). La infancia y la formación de García Naranjo estuvieron determinadas por esta situación. La pérdida de un espacio (real y simbólico) y la exclusión de la historia. El destino de Lampazos fue el suyo propio. (¡Ahí estaba la justificación discursiva para incluir sus primeros años de vida en las *Memorias*!)

Cuando comenzaba a escribir este ensayo decidí visitar ese pueblo. Una mañana, tomé la carretera hacia el norte, rumbo al pueblo fronterizo de Colombia, Nuevo León; un poco antes de llegar a este punto, me desvié para dirigirme a la “mítica población”. El cielo era de un azul intenso y las calles estaban vacías. No fue difícil dar con el centro. En cierta medida, iba siguiendo los rastros de García Naranjo, y rápidamente di con algunas pistas.

Lampazos permanece inmerso en su propia concepción histórica. Sea por la estatua de Santiago Vidaurri (héroe local y traidor nacional) que preside el primer cuadro, o por las constantes referencias a su propia excepcionalidad que dan, a la mejor provocación, los habitantes. (Es difícil, casi imposible, encontrar un poblado en México donde Juárez sea el villano de la historia.) Me deslumbraron la magnificencia y la desolación que presentaba al mismo tiempo. Casonas y edificios de estilo neoclásico, un pequeño pero digno teatro municipal, plazas, acequias y calles bien definidas. En una de las avenidas principales, una casona blanca de sillar y muros blancos ostenta la placa que señala el sitio de nacimiento de Nemesio García Naranjo.

En la Casa de la Cultura (un bello edificio de corte clásico que otrora fue el hotel principal y el casino de la ciudad) hay un busto del autor: en la información que otorga la placa se consigna a don Nemesio como autor del Himno a Nuevo León y como beneficiario del Premio Nobel. Nadie se ha molestado en desmentir (o en verificar) ese dato desorbitado (no sólo Lampazos está “afuera” de la historia nacional: también lo está de la historia literaria). García Naranjo es un personaje ilustre de Lampazos por el hecho de haber nacido ahí.

Por ello, las *Memorias*, luego de una serie de digresiones y justificaciones discursivas, parten de ese inicio. El padre de

García Naranjo había sido alcalde de Lampazos y figura prominente en el ámbito local hasta la llegada al gobierno del estado del general Bernardo Reyes (otro desencuentro en las vidas de los escritores).⁵⁰ La madre también pertenecía a una de las familias más ilustres de la región y estaba directamente emparentada con el general Francisco Naranjo, héroe de la Guerra de Reforma y figura clave en la lucha contra la intervención francesa y el Segundo Imperio. Después de la muerte de Santiago Vidaurri, Naranjo fue la gran figura política de la región (el caudillo por excelencia), hasta la llegada de Bernardo Reyes.

Tanto el padre como el ancestro representaban la añoranza de un liberalismo “puro” (emanado de la Constitución del 57 y de la generación de la Reforma); con la llegada de Porfirio Díaz al poder y su estrategia de control político, se impuso una versión moderada y hasta “conservadora” del liberalismo (encabezada por los llamados “científicos” y su positivismo a la mexicana, que no era sino una manera de repeler cualquier política que intentara atender a las demandas de justicia social). La imposición de Bernardo Reyes en la región no tuvo otro objetivo que ése: eliminar o controlar cualquier tipo de organización política ajena al poder central. Claudio Lomnitz, en un extraordinario ensayo sobre la generación de Ricardo Flores Magón, explica cómo Reyes

Reaccionó enérgicamente ante ella, cerrando los clubes liberales en toda la región fronteriza; creando, en oposición, un club político propio en Monterrey (el Club Unión y Progreso) y ordenando la violenta intervención del ejército en contra de los liberales de Lampazos, Nuevo León, de donde procedía una vieja elite que competía con la camarilla del propio Reyes y a la que pertenecía el general Francisco Naranjo, quien sería uno de los delegados fundadores del Partido Liberal Mexicano.⁵¹

⁵⁰ En el prólogo del primer tomo de las *Memorias*, Ernesto Zertuche dice del padre del escritor: “Había sido alcalde modelo, el jefe de la masonería local y muy estimado amigo de mi padre”. (I: 16)

⁵¹ Claudio Lomnitz: *El regreso del camarada Ricardo Flores Magón*, traducción de Jorge Aguilar Mora, México: Era /UANL, 2016, p. 169.

Esa confrontación transgeneracional marcó el destino de García Naranjo: “Mi padre había sido su adversario [del general Reyes], y por no simpatizar con él, había muerto en el destierro”. El destierro sería, de aquí en el adelante, el destino manifiesto de la familia. Y, para colmo, añadía: “durante un cuarto de siglo, los Naranjo habían visto a los Reyes con la misma rivalidad resentida con que los Montescos de Verona habían mirado a los Capuletos”. (I: 62) Rivalidad política que pronto se convertiría en rivalidad literaria: dos maneras de entender a la literatura, una basada en la apropiación moderna de la tradición (la de Reyes); la otra, en un consiente gesto de involución, de apego a las formas y valores tradicionales de la lengua española. ¿Podría existir algún punto de encuentro?

Con esos antecedentes, y con la reconfiguración de lo perdido, García Naranjo reconstruyó lo que él consideraba como los valores inmutables de la condición mexicana. Esa sería la ideología con la cual sustentaría sus actos, tanto políticos como periodísticos y literarios. En esta visión no había mucho lugar para las transformaciones profundas, ni para las reformas sociales o culturales.

Las *Memorias* no se escribieron para añorar el pasado, sino para explicar el presente y sus contradicciones (para hacer visible una manera de leer al Estado y la cosa pública, y de paso para manifestar un gusto literario, sustentado más en principios morales que en valores estéticos). De ahí, que el tono heroico fuera dejado de lado, al igual que el idílico, a pesar de las tentaciones de la escritura y de los asechos de la vanidad: “Por eso cuando se mira para adentro, el primer impulso es el de esconder aquello que pueda perjudicarnos. ¿Incurriré en esa puerilidad?” se preguntaba y al mismo tiempo se respondía.

Eso es lo que quisiera eludir y, por lo mismo, le pido a Dios el valor que se necesita para tirar las mezquindades y pequeñeces que sin duda sigo teniendo, para presentar el panorama de los últimos 50 años, con la mayor verdad posible... (I: 46)

Ahora bien, esto tampoco implica que haya realizado una empresa objetiva y fría, basada sólo en hechos y estadísticas:

Como no deseo engañarme, advierto que no ando en busca de la frialdad del hielo, ni de la sequedad del desierto, ni de la rigidez de la muerte, jamás he creído que la verdad se obtenga con la estrangulación del sentimiento, ni que la historia se haga con números inanimados. (I: 46)

Y finalmente hacía notar que “aunque escribo para la posteridad, no me he muerto todavía y, por consiguiente, espero leer con interés las críticas que provoquen mis confesiones”, aunque inmediatamente apuntaba que no buscaría polémicas ni pleitos:

No les contestaré a mis refutadores, aunque sí me encuentro listo para aclarar todos los hechos que sean puestos en duda. Nada de polémicas; pero sí la disposición de confrontar los balances. Lo único que me preocupa es la corrección de la contabilidad. (I: 46)

Poner los puntos sobre las íes. A diferencia de Chateaubriand, que escribió sus memorias como si estuviera muerto, pero que fue leído realmente tras su fallecimiento, García Naranjo tendría que enfrentar la reacción ante la lectura de sus escritos: esa dinámica explosiva alimentaría la redacción de sus *Memorias*. No escribía para la posteridad, lo hacía para el presente, como si se tratara de un género de opinión: buscaba impactar en la confección del campo cultural que se estaba dando en ese momento.

¿Para quién, entonces, escribió sus *Memorias*? Me vuelvo a preguntar. Conocía a fondo a sus enemigos y detractores: llevaba toda su vida luchando contra ellos en los diarios y las revistas. ¿Escribía para ellos? No lo creo. ¿Para su familia? Tampoco, ellos conocían su historia de primera fuente, y, por los testimonios que han dejado, siempre vieron a Nemesis como un prócer de sus propias creencias (además, para tal efecto estaban *En los nidos de antaño*). Escribió para el juicio histórico que se estaba desarrollando en ese momento, disputándose en la opinión pública de la mitad del siglo XX. Un juicio cuyo veredicto final nunca llegó porque la historia ya estaba escrita de antemano: los bandos de los ganadores y los perdedores ya estaban decididos. La década del

cincuenta marcó la estabilización de los gobiernos posrevolucionarios, tras un agitado periodo de ajustes luego del sexenio de Lázaro Cárdenas.

Ya desde la década del cuarenta habían empezado los grandes trabajos y proyectos reformadores del campo literario mexicano: en el ámbito de la teoría y la crítica: *El deslinde*, de Alfonso Reyes y sus ensayos sobre la cultura helénica; en la narrativa: *Al filo del agua*, de Agustín Yáñez; en historia literaria: *La expresión nacional: letras mexicanas del siglo XIX*, de José Luis Martínez. Se ordenaba el pasado y se clarificaba el presente: incluso la historia reciente comenzaba a ser interpretada. La generación del Ateneo (a la cual él pertenecía) se proclamaba como la impulsora de la modernidad cultural. En ninguno de estos procesos figuraba García Naranjo, al menos no como protagonista. Tampoco lo haría con la llegada de la nueva promoción de creadores e intelectuales que ponderaba la centralidad de la figura de autor y cuyos máximos representantes serían Octavio Paz y Carlos Fuentes.

¿Traspasó García Naranjo los límites del pudor? ¿Abrió de nuevo sus heridas? Siendo un escritor combativo, no se desgarró las vestiduras; pero tampoco se contuvo. Dijo lo que creyó que tenía decir, y lo hizo en un estilo pulcro y claro, sin exageraciones y sin abusar de adjetivos innecesarios. Apelaba a lectores formados en el liberalismo tardío, capaces de distinguir la frontera (infranqueable para él) entre: la alta y la baja cultura.

Una vez confesados los motivos y aclarados los procedimientos de escritura, los lindes del terreno estaban trazados. Ahora debía narrar su vida: seleccionar los momentos decisivos y destacar aquellas acciones que tuvieron alguna repercusión en los acontecimientos nacionales. ¿Justificar su proceder? No; más bien explicarlo, ponerlo nuevamente en la opinión pública.

1909 o la detonación de un destino adverso (literatura, periodismo y política)

Nemesio García Naranjo confesó, en más de una ocasión, que el viraje de su vida comenzó en 1909, cuando rechazó públicamente la candidatura de Bernardo Reyes a la vicepresidencia de la República, manifestando, a los cuatro vientos, su apoyo a Ramón

del Corral. Esa antipatía, como sabemos, no era nueva: provenía de la herencia familiar y se remontaba a las disputas por el poder de la región natal durante los últimos años del siglo XIX. Como el mismo escritor había apuntado: su padre fue desterrado y murió en el exilio a causa de esa longeva disputa; y su tío abuelo, Francisco Naranjo, también había muerto en el margen de la vida pública mexicana: retirado y condenado al silencio. “En efecto – nos dice-, mi vida y mi destino dependieron de la actitud que asumí en 1909”. (I: 61)

Algo más se podría decir de ese año axial. En octubre se creó el Ateneo de la Juventud en el Salón de Actos de la escuela de Jurisprudencia. Antonio Caso fue el promotor del acontecimiento, que tuvo más bien un aspecto simbólico, pues el grupo existía desde 1906. El Ateneo: reunión de conciencias críticas disímiles; espacio de divergencias políticas y literarias. Me llama la atención que en este periodo tanto García Naranjo como José Vasconcelos tuvieran poca actividad visible dentro del grupo: ambos estaban más interesados en la contingencia política; pasarían algunos años para que los dos llevaran a la práctica las lecciones aprendidas en el Ateneo: Nemesio en el Ministerio de Instrucción Pública y Vasconcelos en la Secretaría de Educación. La literatura fue para ellos un instrumento de acción, más que un objeto de creación o reflexión. De ahí que sea preciso repasar los acontecimientos políticos de ese año para rastrear la formación intelectual del autor lampacense.

En Nuevo León, los opositores al General Reyes (un grupo heterogéneo de políticos, intelectuales y literatos, donde destacaba, por cierto, la figura de Felipe Guerra Castro), habían acuñado un término para describir su gobierno: “despotismo regional”. La postura política de García Naranjo ante esta situación era la de la disidencia, pero su rebeldía buscaba el retorno del *status quo* perdido. Era antirreyista no por anhelos democráticos, sino por despecho ante la imposición central, ante los embates y las estrategias de homogeneización del gobierno de Díaz (que anulaba cualquier forma de poder regional, y, por ende, de representatividad local). Entonces, ¿por qué aceptó una diputación en el gobierno del longevo general?

Cuando el veterano presidente se decidió a apoyar públicamente la candidatura de Ramón Corral y Bernardo Reyes acató esa decisión (actitud que siempre reconoció García Naranjo en el general), es decir, cuando era evidente que el ex -gobernador de Nuevo León se retiraba de la contienda, el joven Nemesio decidió mantener su apoyo a Corral. Esa decisión lo convirtió, al mismo tiempo, en un antimaderista: “En vista de lo expuesto, yo fui enteramente responsable de mi primera resolución; pero después fui arrastrado por los acontecimientos”. (I. 65) Reconocía, sin embargo, que también tenía ambiciones y que se dejó llevar por ellas, aunque

Nunca me ha tentado el diablo con dinero. Me tentó, sí, con la vanidad de un prestigio literario, con la ilusión de llegar a la tribuna del Congreso, en donde creía encontrar la ocasión de conquistar en plena juventud un renombre nacional. (I. 66)

Concretamente, ambicionaba ser diputado al Congreso de la Unión. Y llegó a serlo, y a los 27 años, sirviendo al último periodo del gobierno de Díaz. Tarea que realizó, según sus palabras, a cabalidad: “No adivinaba, no podía adivinar entonces que al entrar al Congreso, me había embarcado en la canoa trágica de Flegyas, que conduce a las moradas infernales”. (I: 66)

La decisión también lo fue alejando del ámbito de la escritura literaria (al menos de los géneros hegemónicos, como la poesía). ¿Cómo había sido su iniciación en las letras? Al comenzar este ensayo mencioné que su formación como escritor estuvo de alguna manera vinculada al modernismo tardío y a sus figuras señeras (no como modelos a seguir, sino como contrastes con los cuales disenter). ¿A qué se debió esa distancia? Cuando arribó a Monterrey, en 1897, era un adolescente formado en la educación modesta y calvinista norteamericana. Su llegada a la ciudad (en un tren proveniente de Laredo, Texas) marcó para él el arribó (y el retorno) al ámbito hispánico: la ciudad experimentaba su boyante periodo de industrialización: comercio, vida nocturna, teatro, prensa, y, sobre todo, reformas educativas.

El pedagogo Miguel F. Martínez había modernizado la educación básica y sentado las bases para la profesionalización de los docentes en la Escuela Normal.⁵² Martínez fue también el mentor del joven García Naranjo: “Yo no tuve la honra de ser su discípulo; pero disfruté de un privilegio mayor, pues desde 1897 hasta 1901 [...] desempeñó en Monterrey las funciones de mi padre”. (II: 58)

En rigor, García Naranjo se formó como lector y escritor en el Colegio Civil de Nuevo León, bajo la tutela de maestros como Rafael Garza Cantú, Francisco P. Morales y Emilio Rodríguez, a quienes llamó los “buriladores” de su espíritu. Los dos primeros eran expertos en gramática y preceptiva literaria, devotos de los clásicos y de la literatura española, aunque Morales era también poeta y congeniaba con las nuevas generaciones de creadores; Rodríguez, en cambio, se reconocía como discípulo de Ignacio Manuel Altamirano: ponderaba las letras nacionales sobre las de la Península Ibérica. El joven estudiante solía discutir con su profesor sobre el valor de los autores españoles: “El escuchaba mis refutaciones con cariño, y me decía que con los años, iba a variar mi gusto literario”. (II: 158) En efecto: cambió, pero sólo para reafirmar sus empeños inamovibles. Sus lecturas de cajón: Horacio, Boileau, Luzán, Nicasio Gallegos, Gómez Hermosilla.

Con Garza Cantú estableció más claramente la relación maestro-alumno. Cuando se creó la Sociedad Literaria “José Eleuterio González”, de la cual el joven lampacense formaría parte y donde debutaría como escritor y orador; correspondió al viejo maestro ser el primero en revisar sus escritos y discursos: “Él me acogió con gran cariño, y desde ese momento me consideré su discípulo. A cada consulta que yo le hacía me

⁵² En sus *Memorias de mi vida*, Martínez recordaba que en 1891 había propuesto al general Bernardo Reyes: “una modificación general de las leyes de instrucción del Estado, especialmente en la instrucción primaria, para ponerlas en consonancia con las resoluciones de los Congresos de Instrucción. Aprobó el gobernador mis propósitos y procedí a la formación de un Código General de Instrucción Pública...” Miguel F. Martínez: *Memorias de mi vida*, prólogo de Alfonso Rangel Guerra, Monterrey: Fondo Editorial Nuevo León / Secretaría de Educación, 1997, pp. 152-153.

contestaba con una cátedra que tenía la particularidad de ser exclusiva para mí”. (II:159) Y no sólo eso: lo introdujo en el Siglo de Oro de la literatura española: “Yo le debo a Garza Cantú que me aficionara a estos modelos e hiciera correr mi espíritu por cauces armoniosos y serenos”. (II: 163)

De enseñar la tradición se ocupaban los profesores; de difundir y discutir la “literatura actual” se encargaban los compañeros: la “parvada estudiantil”, como la llamaba. Las aulas servían para estudiar gramática y repasar modelos clásicos: hacía falta otro lugar para leer, discutir, escuchar y asimilar a los autores recientes. Para tal efecto se creaban las asociaciones estudiantiles.

La Sociedad Científico-Literaria “José Eleuterio González” se fundó en diciembre de 1899; fue creada por alumnos del cuarto y quinto año del Colegio Civil. Entre sus miembros estaban, además de García Naranjo: Santiago Roel, Héctor González y Felipe Guerra Castro, entre otros. Las reuniones eran semanales y su objetivo consistía en la profesionalización de las actividades intelectuales de toda índole. Era un espacio simbólico que les permitía a los escritores emergentes poseer un lugar de enunciación. Al evocarla en su ensayo *Siglo y medio de cultura nuevoleonés*, Héctor González resaltaba su importancia en la vida literaria de la región:

Esta Sociedad tenía reuniones semanarias en que nunca dejaron de hacerse trabajos de disertación y de crítica, que dieron lugar a espirituales e interesantes polémicas, en torno de las diversas cuestiones que entonces agitaban al mundo intelectual, siendo tal vez la principal de ellas la del llamado “modernismo” de las letras castellanas, que fue de actualidad por muchos años. En esta Sociedad, por los fines del año de 1900, se reveló Felipe Guerra Castro como gran poeta, al leer su poema “Delirio” que es ya una obra de antología. También ahí leyó “La libélula” y “La última bucólica”.⁵³

⁵³ Héctor González, obra citada, p. 86.

En uno de sus ensayos juveniles, Walter Benjamin definía a las asociaciones estudiantiles de este tipo como lugares donde “El espíritu comunitario de los estudiantes se confronta con el arte”; para un escritor en formación, como lo era entonces García Naranjo, presentar sus textos ante esta Sociedad representaba un reto, pues su audiencia no desconocía el oficio y además podía interactuar en todo momento. Benjamin lo explica claramente:

Con ello se transforma la relación existente entre el autor y su público. A diferencia de lo que sucede en una sala pública de conferencias, que no está presidida por el de una comunidad, el público se vuelve aquí importante. Y el autor no se encuentra, en nombre del arte, por encima del público, ni en medio de un público variado y sin otro contacto que la vulgaridad que se comparte.

En resumen, el público de este tipo de asociaciones es:

Uno que ha de hallarse preparado para contemplar lo nuevo, revolucionario e inmediato que atrapa a los más productivos de entre sus filas. Y ha de estar unido en el rechazo, ha de estar firmemente decidido en la negación de lo clásico aproblemático y de las rimas bien hechas.⁵⁴

La literatura regionmontana de esos días estaba dominada por poetas de gusto neoclásico o romántico como Celedonio Junco de la Vega, Adolfo Duclós Salinas, Manuel Barrero Argüelles, Pablo Livas y Enrique Gorostieta. La actitud de los jóvenes escritores ante esa tradición no era de abierto rechazo, pero sí de marcada distancia. La generación de García Naranjo tuvo la particularidad de desarrollarse en un medio donde primaban los valores clásicos y al mismo tiempo comenzaban a trastocarse dichas nociones. El modernismo no sólo representaba un movimiento estético, era también una forma crítica de leer a la tradición. El desarrollo y modernización de la prensa local también tuvo en efecto

⁵⁴ Walter Benjamin: “Veladas literarias juveniles”, en *Obra completa*, tomo II, vol. I, Madrid: Abada, 2007, p. 70.

contundente en las prácticas de escritura y lectura que podríamos describir como el traslado del verso a la prosa. La imprenta había arribado “tardíamente” a Nuevo León en 1817 y durante décadas había tenido un avance moderado: sólo se imprimían *La Gaceta Oficial* y algunos volantes.⁵⁵

Con la creación de Tipografía del Comercio en 1874 (hecha por el impresor francés Desiderio Lagrange) y la posterior adquisición de la primera prensa cilíndrica en la región en la década de 1880, la actividad literaria se diversificó: se publicaron, en folletos y otros formatos, novelas (casi todos los éxitos de Xavier de Montépin), relatos, cuentos, reportajes, creando con ello un público expectante para estos géneros (no es casualidad que la primera novela regiomontana, *La única mentira*, de Felipe Guerra Castro, compañero de lecturas de García Naranjo, se haya publicado en la prensa y por medio de entregas semanales en 1901).

A groso modo, tal era el espacio literario regional en el que inició su educación estética. Los estudios, las asociaciones literarias, los certámenes de oratoria fueron las instancias donde el joven lampacense empezó su comercio con las letras. Sus lecturas formativas: Lord Macaulay, William Pitt, Georg Walpole, el vizconde de Cormenin (con su célebre *Libro de los oradores*), Mirabeau, Danton, Vergniaud, Lamartine, Rousseau y las crónicas de Francisco Zarco relativas al congreso constituyente de 1857.

Su fama regional comenzó con una reseña de Joel Rocha sobre sus virtudes oratorias para el periódico *El Espectador* (el mismo diario donde Alfonso Reyes debutaría como escritor en 1905). Sus primeros versos aparecieron, al iniciar el siglo, en el periódico católico y antirreyista *La Defensa* (dirigido por su maestro

⁵⁵ El historiador Felipe Bárcenas García en un ensayo sobre el tema explica que, luego de la implantación de la imprenta en Monterrey “el mundo de la impresión se había explotado muy poco [...] Las labores editoriales estuvieron relacionadas con el gobierno o con determinados grupos políticos”. En *Imprenta, economía y cultura en el noreste de México: la empresa editorial de Desiderio Lagrange, 1874-1887*, Monterrey: Conarte, 2017, p. 15.

Francisco P. Morales, uno de los impulsores de su carrera literaria). “Con algo de mortificación confieso que me halagaban, todavía más, me embriagaban aquellos augurios fantásticos; me llenaba de orgullo que se me considerara hombre de letras...” (II: 249)

Al ser designado como *hombre de letras* por su pares y mentores, se convenció de que su destino estaba en la ciudad de México, y el medio para realizarlo: la carrera de abogado. “Resolví matricularme en la Escuela Nacional de Jurisprudencia sin analizar el problema...” (II: 251) Estamos ante el inicio del ritual: la conquista de la capital. En rigor, este desplazamiento más que geográfico era simbólico e ilustraba muy bien la estructura piramidal del campo literario mexicano.

En la ciudad de México se concentraba el capital simbólico, el repertorio de los valores, de los “auténticos valores”. Ya su amigo Alfonso Cabrera lo había “puesto al día” en materia de letras y le había advertido que el romanticismo y la prosa hecha con moldes neoclásicos eran cosa del pasado. Para probarlo le había mostrado los últimos números de la *Revista Moderna* (que estaba a punto de transformarse en la *Revista Moderna de México*), presentando y describiendo a sus protagonistas: Amado Nervo, José Juan Tablada y Efrén Rebolledo.

Alfonso Cabrera hizo algo más conmigo: al hablarme de los movimientos estudiantiles y los cenáculos literarios de la capital, estimuló mis ambiciones, intensificó mis anhelos, dilató mis esperanzas, me hizo suspirar por panoramas intelectuales, que mi fantasía de adolescente colocaba en marcos irreales. (II: 195)

Deslumbrado por esa ilusión viajó a la ciudad de México en 1903 y comenzó sus estudios profesionales. Las clases de derecho se complementaban con lecturas literarias (principalmente: Díaz Mirón), visitas a cafés y teatros: todo el ritual consignado en los manuales no impresos de la formación sentimental de un joven “bohemio”, cuya indumentaria recordaba más a Goethe que a Gutiérrez Nájera. Muy pronto conoció a Ciro B. Ceballos, quien encarnaba en ese momento los gustos y comportamientos de los

escritores emergentes de la década anterior. Ceballos era “la antesala” de la elite modernista: el guardián que custodiaba la puerta. Su primer encuentro fue una prueba. García Naranjo recitó de memoria *Lascas* y sorteó con éxito el primer escollo. Ceballos le otorgó el salvoconducto inicial.

Faltaba lo más difícil, sin embargo: llegar al núcleo del grupo. El azar iba a intervenir favorablemente. La asistencia a la opereta *Zulema* (cuya composición lírica correspondía a Rubén M. Campos) lo acercó a Jesús E. Valenzuela (el mecenas y director de la *Revista Moderna*), a Luis G. Urbina y a Carlos Díaz Duffo, aunque él “los veía desde lejos y todos me parecían pertenecer a una humanidad superior”. (III: 231)

Su primo, y acompañante a la función, Felipe Naranjo, lo animó a ir a presentarse ante los escritores. Fue una jugada arriesgada, pero funcionó. El apellido Naranjo le abrió las puertas de la casona de Valenzuela (y de paso del cenáculo modernista⁵⁶). El anfitrión le advirtió que una cosa era la cortesía y otra la literatura: si deseaba colaborar con la publicación emblemática debería demostrar sus talentos y pasar la prueba de calidad estética (para ejemplificar lo anterior mencionó a Efrén Rebolledo y a Abel Salazar, las últimas adquisiciones de la *Revista Moderna*).⁵⁷ Cuando se apersonó en la residencia del patriarca de la *Revista Moderna*, García Naranjo recurrió a su

⁵⁶ Rubén M. Campos, en su libro de recuerdos *El bar. La vida literaria de México en 1990*, describe estas reuniones en la hacienda de Valenzuela en Tlalpan: “Los domingos eran los días señalados para reunirnos en la casa de la familia Valenzuela los amigos del poeta, y éramos recibidos cordialmente por personas que conservaban las costumbres patriarcales de los viejos tiempos [...] Después de levantarse la sobremesa los escritores se dirigían al pedregal, que estaba muy próximo, al caer la tarde, para beber cerveza helada que los criados llevaban en cestas de mimbre con trozos de hielo. Entonces se abordaban todas las costumbres literarias o políticas o sociológicas; exponíanse teorías que para aquel momento histórico eran atrevidas...” Rubén M. Campos: *El Bar. La vida literaria de México en 1990*, prólogo de Serge I. Zaïtzeff, México: UNAM, 1996, pp. 96-97.

⁵⁷ El mismo Campos nos otorga la descripción de la redacción de la revista y con ella podemos orientarnos respecto a su credo estético: “Valenzuela hizo colgar sus tapices chinos de seda con magníficos asuntos de arte animalista chino en que se veían pájaros rutilantes de maravillosos plumajes, y tapices fielmente imitados de los gobelinos antiguos; hizo poner como anunciantes e introductores al salón dos faunos bien esculpidos que podían permanecer de pie sin zócalo...” Obra citada, p. 113.

único recurso: la recitación. En medio de aquella sala espaciosa declamó sus versos. Valenzuela, lavándose las manos, lo remitió con Amado Nervo.

A los pocos días se dirigió a la sección de Escultura del Ministerio de Instrucción Pública, donde Nervo tenía su oficina. Ahí se encontró, además del poeta de *Perlas negras*, con Tablada y Valenzuela. Sin muchos preámbulos, comenzó la inquisición. Le preguntaron por su formación, por sus gustos y sus lecturas. ¿Cuáles eran sus influencias? García Naranjo confesó de manera tímida sus lecturas españolas e inglesas: “Entonces, no lee usted en francés”, le recriminó Tablada. “Muy deficientemente, señor”, contestó el joven norteño. La sentencia: reformar sus hábitos literarios: “Por ahí debe empezar, pues hay que ir a la fuente de la inspiración y en estos días es francesa, exclusivamente francesa”. (III: 242-245) Estamos ante el primero de los juicios literarios que iba a padecer y a perder.

Desconsolado y triste se retiró con Valenzuela, quien, para animarlo, lo llevó al Salón Weber (refugio de artistas). Ahí conoció al resto de la nomenclatura modernista: Julio Ruelas, Leandro Izaguirre, y Francisco M. Olaguibel. Casi nadie reparó en él. Algo se había roto y algo se había revelado. Se perdió la inocencia, pero se ganó la conciencia crítica. Ahora ya sabía su lugar en el ámbito literario mexicano:

Salí del Salón Weber resuelto a no volver a presentarme frente a los portaliras de aquel entonces, hasta que pudiera aproximarme a su altura, una altura que me parecía inaccesible. Al llegar a la colonia de estudiantes, me preguntó Felipe Naranjo: ¿qué tal te fue en la entrevista con los poetas? ¿Vas a publicar en la *Revista Moderna*? – De todos los perros- le contesté malhumorado y bajo el peso ominoso de mi fracaso. (III: 250)

El desencuentro lo empujó a la rebeldía de una bohemia más bien decimonónica, de vate atormentado: si no podía ser un poeta moderno, al menos podía comportarse como uno. El primer impulso: tratar de ponerse al día, de ser un contemporáneo y estar

a la moda en cuanto a los consumos literarios y las conductas artísticas: leyó las *Flores del mal* y los *Poemas saturnianos*; pasó de Baudelaire y Verlaine a Mallarmé, Jean Moréas y Jules Laforgue, aspirando a escalar hacia la cima del monte Parnaso; pero no era ese su sino poético:

Y me sucedió una cosa que entonces no quise confesar por miedo de ponerme en ridículo, pero que ahora en la vejez, cuando me importan muy poco todas las críticas del mundo, no vacilo en decirlo: y ello fue que a pesar de encontrar en los versos de los autores citados, matices delicadísimos y metáforas fulgurantes, nunca la lírica francesa me pudo fascinar tanto como la poesía española. Adoro a Alfredo de Musset, pero me quedo con Bécquer. (III:251)

Esta confesión muestra, de manera fehaciente, el contraste entre dos campos literarios. En Monterrey, García Naranjo era visto (y él mismo se sentía así) como escritor en ciernes, vinculado de manera directa a la literatura; en la ciudad de México, donde se concentraba el capital simbólico, se le miraba como un aficionado que redactaba versos anacrónicos, y no estaba al tanto de los últimos movimientos estéticos provenientes de París.

Mientras tanto, los estudios, trastabillantes, se mantuvieron en vilo. La muerte del padre lo colocó en un predicamento: renunciar a todo y regresar al norte (para administrar los escasos bienes y deudas familiares) o tratar de seguir buscando su destino. Optó por lo último y consiguió un empleo en la Marina de Guerra. La suerte pronto cambiaría.

La conmemoración del tercer centenario de la aparición de la primera parte de *El Quijote*: le trajo buena fortuna. Obtuvo, como lo anuncié al iniciar este ensayo, el certamen poético convocado por el diario *El Imparcial* (el cual, irónicamente, era de facto el “periódico oficial” del porfiriato) y cuyo tema debía versar sobre la célebre novela de Cervantes. Victoria pírrica, pero significativa, y que él leyó como presagio. En rigor, el triunfo

mediático sólo confirmó su condición “anacrónica” dentro del campo literario: ¡cantar la gloria del caballero de la triste figura en sonetos era un gesto de desafío al gusto moderno! Esas estrofas, “llenas de prosaísmos”, hicieron que su vida.

Se encarrilara en forma seria y definitiva. Por ellos, me conocieron don Justo Sierra y don Ignacio Mariscal, don Joaquín Casasús y don José María Vigil; por ellos adquirí un renombre que, aunque inmerecido, me fue muy estimulador para seguir adelante... (III:327)

Ahora no sólo sus paisanos nuevoleonese, sino también los capitalinos lo consideraban un “hombre de letras”.⁵⁸ Esta categoría le atrajo algunos beneficios inmediatos: una beca y una pensión. Se convirtió así en bibliotecario y en estudiante de historia (bajo la tutela de Genaro García). La infatuación literaria lo animó a llevar a cabo otro ritual formativo: el viaje a París. Acompañado de su amigo y compañero de estudios Jesús Pallares, se embarcó rumbo a la capital francesa. Su estancia se prolongó algunos meses: sobrevivió haciendo las veces de guía de turista para visitantes latinoamericanos (esto le permitió concurrir a museos y galerías sin gastar un franco). No era un *flâneur*, sino un migrante mexicano. Más que un viaje formativo, su estancia fue un paréntesis que terminó por confirmarle su lugar en la literatura.

En la capital francesa pudo ver a Clemenceau debatir en el parlamento y ascender hasta la jefatura de gobierno; asistir al museo de Rodin; leer, ahora sí en su idioma original, a los clásicos galos: Moliere, Racine, Balzac, Montaigne, Pascal, Madame de Sévigné, La Bruyere y Saint Simón, entre otros. Pero, sobre todo, pudo comprobar de primera mano la estrecha relación entre la literatura y la opinión pública, atestiguando el poder de la prensa en los debates sociales y artísticos. Fue un “bohémio” en París,

⁵⁸ Así lo consignó en sus *Memorias*: “Me sentí transportado, el adolescente provinciano gozaba con el privilegio de haber visto, en una mañana, a tantos seres superiores”. (III:205)

pero también un estudioso de las estrategias intelectuales para consolidar un espacio alternativo al poder político.

A su regreso, se reincorporó como pudo a sus faenas cotidianas:

En la segunda mitad del año de 1907, mi vida se encarriló con tres distintas actividades: mis clases en la Escuela Nacional de Jurisprudencia, los estudios históricos en el Museo y mi inclinación a la poesía lírica que yo consideraba entonces como mi verdadera vocación. (IV: 469)

Compañeros y amigos esperaban que se declinará por la literatura y confirmara su vocación, incluso en algún momento él mismo lo creyó así; sin embargo, no ocurrió tal cosa. Ni la *Revista Moderna* ni su “versión juvenil”: *Savia Moderna* publicaron la obra lírica de García Naranjo. Sin embargo, su nombre estaba asociado a los escritores de la nueva ola, a ese grupo que pronto se daría a conocer como el Ateneo de la Juventud. El campo literario y cultural se reestructuraba profundamente: una nueva generación emergía, y en ella, García Naranjo habría de tener un rol al mismo tiempo marginal y central. La literatura, el periodismo y la política se iban a mezclar y a polarizar de manera significativa. Y en este proceso, la trayectoria intelectual del escritor nuevoleonés resulta de gran ayuda para describir articulaciones y estrategias culturales inusuales hasta ese momento.

Estos jóvenes leían por su cuenta y creaban sus propias tradiciones (repertorio personal de autores y obras que hacían las veces de maestro). Transitaban por ciertos espacios (la Escuela Nacional de Jurisprudencia sería el epicentro) y tenían en común la pertenencia a la elite letrada (un grupo que venía creciendo desde la última década del siglo XIX y que perseguía cada vez con más determinación un lugar más visible en el espectro social, cansados de la marginación autoimpuesta por los modernistas y hartos del control administrativo ejercido por esos tecnócratas conocidos en aquellos días como los “científicos”).

Algunas de sus acciones (dispositivos culturales) así lo confirman: prepararon conferencias sobre temas específicos (la mayoría de corte helénico); marcharon para defender la libertad del arte (contra el proyecto del periodista Manuel Caballero de revivir la *Revista Azul* pero desde una perspectiva positivista); confeccionaron planes de estudio de clara orientación humanista; y finalmente tejieron una sólida red intelectual que los conectaba con actores políticos y culturales de la nación y el continente. En su clásico ensayo “La Revolución y la vida intelectual en México”, Pedro Henríquez Ureña lo recordaba así:

Bien pronto nos dirigimos al público en conferencias, artículos, libros (pocos) y exposiciones de arte. Nuestra juvenil revolución triunfó, superando todas nuestras esperanzas... Nuestros mayores, después de tantos años de reinar en paz, se habían olvidado de luchar. Toda la juventud pensaba como nosotros. En 1909, antes de cayera el gobierno de Díaz, Antonio caso fue llamado a una cátedra de la que hoy es Universidad Nacional, y su entrada allí significó el principio del fin. Cuando Madero Llegó al poder, en 1911, los principales representantes del antiguo pensamiento oficial -que eran en su mayoría personajes políticos del *antiguo régimen*- se retiraron de la Universidad y su influencia se desvaneció...⁵⁹

Para 1909, sin embargo, la vinculación de García Naranjo con el Ateneo de la Juventud comenzó a enfriarse, aunque él permanecería “unido” de manera simbólica al grupo (justo en el momento de mayor consolidación ateneísta). El 3 de abril de 1909, Pedro Henríquez Ureña le escribió a Alfonso Reyes, a la sazón, en Monterrey, para informarle de los acontecimientos políticos que se vivían en la capital; le contaba, principalmente, sobre el tema de la candidatura a la vicepresidencia, y en particular sobre una velada política efectuada en el teatro Orrín

⁵⁹ Pedro Henríquez Ureña: “La Revolución y la vida intelectual en México”, en *Obra crítica*, edición de Emma Susana Speratti y prólogo de Jorge Luis Borges, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 1960, p. 612.

donde Nemesio García Naranjo y Antonio Caso (es decir, dos compañeros del Ateneo) habían declamado discursos a favor de Ramón del Corral.

Sobre nuestro autor, contaba Henríquez Ureña: “Nemesio, discurso florido, entre bueno y malo; los más grandes soldados no son los que sólo son guerreros: Napoleón, Alejandro, Aníbal, sino los que luego hacen paz y trabajo...”,⁶⁰ apuntaba, a continuación, que cuando García Naranjo pronunciaba el nombre de Ramón del Corral el público chiflaba, esto lo atribuía a un cierto grupo de “saboteadores” que se escondía entre el público y cuya filiación ateneísta era innegable: Julio Torri, Mariano Silva y Aceves y José Benítez. La anécdota me sirve para remarcar lo que había advertido al inicio de este capítulo: la división y heterogeneidad que reinaba al interior del Ateneo de la Juventud.

Todas las vertientes políticas e ideológicas de ese momento parecían confluír en el cenáculo ateneísta. Echemos un vistazo: Vasconcelos y Torri: maderistas; Reyes y Henríquez Ureña: reyistas; Caso y García Naranjo: corralistas. La complejidad y heterogeneidad del campo cultural y literario era notoria: al pasar de los años, cuando sus protagonistas comiencen a redactar sus recuerdos, el Ateneo adquirirá, entonces, el carácter retroactivo de unidad y la vocación inquebrantable de renovación.

En su búsqueda de autonomía intelectual, el Ateneo se volvió político o, mejor dicho, hizo evidente su dimensión y diversidad políticas.⁶¹ No es casualidad. Esta nueva generación de humanistas entendía de manera distinta su relación con el Estado. La cultura se enfrentaba ahora con la política en busca de nuevas

⁶⁰ Alfonso Reyes / Pedro Henríquez Ureña: *Correspondencia: 1907-1914*, edición de José Luis Martínez, México: Fondo de Cultura Económica, 1986, p. 142.

⁶¹ En sus memorias, tituladas poéticamente como *El río de mi sangre*, Genaro Fernández Mac Gregor confiesa los motivos de su salida del Ateneo de la Juventud en estos términos ilustrativos: “Otro hecho muestra cuanto me repugnaba la política: entraron a formar parte del Ateneo J[osé] M[aría] L[ozano] y N[emesio] G[arcía] N[aranjo], quienes estaban sumergidos hasta las orejas en las luchas partidistas: y como en la primera sesión a que concurrieron suscitaban inmediatamente el tema político, temí que nuestra asociación cultural se transformara en club, y renuncié a mi carácter de socio”. Genaro Fernández Mac Gregor: *El río de mi sangre*, prólogo de Francisco Monterde, México: Fondo de Cultura Económica, 1969, p. 195.

formas de representación (y de auto-representación). En 1900, José Enrique Rodó había dedicado su ensayo *Ariel* a la juventud de América y había invitado a los jóvenes de las clases educadas a tomar las riendas de las políticas culturales de sus respectivas naciones. Los ateneístas le tomaron la palabra. 1909: el año de las decisiones. Para Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña sería el momento de refrendar sus respectivas vocaciones literarias; para José Vasconcelos, su orientación política.⁶²

Las divergencias acentúan la intensidad del proceso. En su *Ulises criollo*, Vasconcelos no se cansaría, por ejemplo, de marcar las diferencias con sus compañeros de cenáculo (sólo reconocería el magisterio de Antonio Caso), destacando las discusiones levantadas en torno a las obras de Émile Boutroux, Henri Bergson, Schopenhauer, Nietzsche, Walter Pater, Goethe:

Todos mis compañeros escribían a base de citas y entrecomillas. Los libros del propio Caso dan fe de esta tendencia erudita. Los literatos de mi grupo no se decidían a escribir, por ejemplo, una novela; se gastaban en comentarios y juicios de la obra ajena a lo Henríquez Ureña, que les hacía de maestro. Atenido, pues, a mi propia audacia, busqué analogías del acto jurídico, con el acto voluntario de los psicólogos, con el acto biológico, con el proceso químico, y, finalmente, con el mecánico.⁶³

¿Y Nemesio García Naranjo? Su ingreso a la política parecía definitorio; pero también ocurrió algo más: ingresó a la prensa de manera profesional. Cambió un registro por otro. Podríamos decir que su escritura transitó de los géneros líricos tradicionales (la poesía y la oratoria) al artículo diario, a los textos de opinión. El modo de leer y de escribir se transformó de manera radical. El mismo Pedro Henríquez Ureña había consignado esa metamorfosis en la entrada de su *Diario* correspondiente al 1 de

⁶² No hace falta recordar aquí que en 1908 se publicó en Monterrey, a instancias de Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña, la primera edición mexicana de *Ariel*, y que este acontecimiento fue uno de los determinantes en la identidad del grupo.

⁶³ José Vasconcelos: *Ulises criollo. (Autobiografía)*, México: Editorial Jus, 1969, p. 193.

octubre de ese año de 1909: “También hablé con García Naranjo sobre literatos mexicanos, y encuentro que su juicio se hace cada vez más serio. Y sin embargo, no me atrevería a asegurar que tiene talento; no es sino un mal orador en verso”.⁶⁴ El juicio de sus pares fue definitivo: no sería nunca un poeta moderno... Su vida no estaba en las aulas, ni en los salones ni cenáculos.

Visto a la distancia, la vida del poeta en ciernes se reduce a unos cuantos años, de 1905 a 1909, no quiere decir esto que dejara de escribir poesía, sino que la forma en que él mismo se representaba como autor se transformó drásticamente a partir de ese momento.

¿Cuáles fueron los factores que determinaron, además de esos malhadados versos, el ingreso de García Naranjo a la prensa y cómo este acontecimiento impactó en su escritura? Antes de ensayar una respuesta debo decir algunas obviedades más con respecto a la relación entre el periodismo y la literatura. Siendo la última más antigua, el periodismo se nutrió de ella desde sus orígenes en el siglo XVII⁶⁵ (conforme la burguesía ascendía en la escala social en Europa y comenzaba a delinear su propio espacio enunciativo). El periodista era un escritor que trabajaba con registros más “realistas” como la crónica o el reportaje (no desprovistos, por supuestos, de elementos literarios).

En México, la prensa había comenzado de forma concreta en 1722, es decir, en el virreinato de la Nueva España, con la publicación de la *Gaceta de México*, editada por el sacerdote Juan Ignacio Castorena; su periodicidad era mensual y su contenido estaba vigilado y controlado por las autoridades. El siglo XIX fue una centuria de empresas periodísticas, aunque con poca libertad de prensa. El periódico era un instrumento (y un dispositivo)

⁶⁴ Pedro Henríquez Ureña: *Memorias. Diario. Notas de viaje*, introducción y notas de Enrique Zulueta Álvarez, México: Fondo de Cultura Económica, 2000, p. 152.

⁶⁵ El nacimiento de la prensa estuvo acompañado de una concepción lineal del paso del tiempo. Durante siglos cartas, diarios y bitácoras registraron los acontecimientos cotidianos. El desarrollo de la burguesía, sin embargo, transformó esta forma de información en una empresa organizada. En el siglo XVII nacieron las primeras publicaciones, como el *Strassburger Relation* de Estraburgo (1605) o la *Gaceta de Francia* (1631). A partir del siglo XVIII estos papeles fueron adquiriendo su estructura definitiva al establecer secciones y dejar espacio para la publicidad.

político: servía como órgano difusor de los ideales liberales o de la moral conservadora. Mediación de la realidad inmediata. Los escritores ensayaban en ese espacio consignas y diatribas públicas. No fue sino hasta el final de ese siglo, cuando la prensa adquirió las características necesarias para la profesionalización del oficio (tal como pasó en Monterrey, cuando García Naranjo iniciaba sus pasos literarios): la prensa fue, sin duda, el caldo de cultivo de los modernistas.

El final del porfiriato y el principio del maderismo representó un momento explosivo para la prensa. Ahí terminó su formación como escritor García Naranjo.

Ricardo Cruz García, al estudiar el periodismo durante los últimos años del porfiriato y en la era del maderismo, afirma:

Durante los inicios de la Revolución Mexicana -pilar histórico de nuestro país-, la actividad periodística resultó determinante al ser un medio indispensable para socializar rápidamente las noticias y los pensamientos, además de moldear a la opinión pública. En un periodo donde el destino de la nación estaba en juego y los rotativos servían como espacio de expresión de ideas, debate, crítica, de imputaciones y de información sobre el desarrollo del nacimiento revolucionario, el periodismo asumió el papel de contar la historia inmediata desde los grupos de poder hacia la población en general.⁶⁶

¿Puede un escritor entrar al canon literario a través de la escritura de artículos y columnas de opinión? La pregunta encierra, o, mejor dicho, obliga una reflexión sobre este género considerado como menor.

¿Cómo definir un texto de opinión? ¿Es literatura o prensa? ¿Responde a necesidades estéticas o informativas? ¿O a ambas? Como todo género literario, el texto de opinión (sea artículo o columna, ya repararé en sus diferencias) es un modo de escritura (y también de lectura), y, por tanto, posee una dimensión

⁶⁶ Ricardo Cruz García: *Nueva Era y la prensa en el maderismo. De la caída de Porfirio Díaz a la Decena Trágica*, México: UNAM, 2013, p. 11.

histórica: pertenece a un tiempo determinado y se estructura conforme cierto tipo de mediaciones específicas.

Conforme la prensa se fue modernizando, en el caso latinoamericano esto ocurrió, como recién apunté, en el tránsito del siglo XIX al XX, los periódicos dejaron de ser empresas individuales (como lo había sido *El Pensador Mexicano* para José Joaquín Fernández de Lizardi, en el ámbito mexicano) para convertirse en espacios colectivos de enunciación. Los comentarios y opiniones editoriales pasaron de ser publicados sin firma a ir acompañados del nombre del autor, lo que implicaba un proceso de individualización (y confirmación de la figura de autor en un campo literario en pleno proceso de modernización).

Antonio López Hidalgo establece un criterio de distinción útil para clarificar y diferenciar las funciones del artículo de las de la columna. El artículo “es el texto de opinión sin periodicidad fija, firmado por personalidades invitadas por la misma publicación y que gira en torno a los más variados temas”.⁶⁷ Se caracteriza por la heterogeneidad y no está obligado a dar cuenta de lo inmediato (como el editorial). La columna, en contraste, presupone mayor constancia o periodicidad. El sentido metonímico (esa relación de contigüidad) del término “designa un artículo firmado por un comentarista que generalmente ocupa uno o dos ‘columnas’ impresas”;⁶⁸ la columna está más vinculada al acontecer cotidiano (posee una dimensión informativa). Ambos “reflejan” la interpretación personal de quien los escribe; pero mientras el artículo expone una tesis, la columna se concentra en señalar nuevos enfoques a un tema o acontecimiento reciente y conocido.

García Naranjo combinó, a lo largo de su trayectoria literaria, el uso de ambos modos de escritura. Fue un articulista letal: sabía exponer y argumentar sus tesis, desplegaba análisis inusitados, provocaba la reacción inmediata en los lectores y en los adversarios. Y también fue un columnista de largo aliento, que supo imponer un estilo característico (el poeta y traductor

⁶⁷ Antonio López Hidalgo: *La columna. Periodismo y literatura en un género plural*, Zamora, España: Comunicación Social. Ediciones y Publicaciones, 2012, p. 36.

⁶⁸ *Ibid.*, p. 42.

regiomontano Miguel Covarrubias me ha confesado en más de una ocasión su “adicción” juvenil a la columna “Saetas”, que el escritor lampacense tenía en *El Porvenir* en la década del cincuenta: “se leía devotamente por la mañana en la casa familiar y se comentaba en la sobremesa”).

A través de estos géneros de expresión fue construyendo y moldeando su propia figura de autor. De ahí que fuera ese registro el elegido para la redacción de sus *Memorias*. Exponer en cada capítulo (que, en muchos casos, mantienen la estructura del artículo) una serie de tesis e ideas y corroborarlas con los acontecimientos, tal como él los había ordenado en sus recuerdos. Así su experiencia se compaginaba con la historia reciente. El marco del México contemporáneo servía de teatro para la recreación episódica de su existencia.

1909: el año de las definiciones. No había retorno posible. La vida política le mostró los fastos del poder (un poder, por lo general, efímero y embustero). La vida periodística le enseñó, en cambio, el ejercicio continuo de la escritura: este ámbito tampoco estaba desprovisto de malentendidos y malquerencias. Primero fue secretario de redacción del bisemanal *El Debate*, bajo la batuta de Luis del Toro y enfocado al choque panfletario (en apoyo a los reeleccionistas):

Desde el momento en que Luis del Toro fue designado como redactor en jefe, yo comprendí que la cosa iba a arder, porque me eran muy conocidas sus facultades estupidas de panfletista. La injuria siempre duele; pero su eficacia castigadora se multiplica extraordinariamente cuando se maneja con maestrías. (V: 57)

En *El Debate*, García Naranjo se entrenó para las faenas periodísticas: “Todas las colaboraciones pasaban por mis manos, y yo las enviaba a los linotipistas, quienes me remitían las pruebas para que fuesen corregidos”. (V:58) Pero también le dejó una lección: “*El Debate* me había enseñado que la injuria es un mal camino...” (V: 61) En 1909, la opinión pública estaba en pleno proceso de ebullición. La prensa socializaba los asuntos públicos,

pero también los literarios. El escritor, en los periódicos de esa época, se volvía una suerte de espadachín y sus textos debían tener la habilidad requerida para una partida de esgrima. Saber atacar y no descuidar los flancos. *Nascuntur poetae, fiunt oratores* (el poeta nace; el orador se hace), esta máxima romana podrías describir adecuadamente la formación literaria de García Naranjo (la tribuna y la prensa moldearon su prosa).

Los artículos incendiarios que lanzaba desde *La Tribuna* así lo demuestran. El maderismo le otorgó la ocasión de practicar con creces este “pugilismo literario” (como alguna vez lo llamó Darío). En el periodismo tenía que reinventarse a diario y formar a sus propios lectores. El breve gobierno de Madero fue más un intento de reforma que de revolución. Su apoyo a la libertad de prensa le jugó en contra (ironía de ironías). García Naranjo, que todavía no llegaba a los treinta años, vivió este proceso en carne propia: confirmaba ser un “anacrónico” que se expresaba en formas y medios modernos.

Al hacerse cargo de la dirección de *La Tribuna*, empresa editorial impulsada por Eduardo Tamariz, su vocación terminó de definirse. Entró de lleno en la escritura: “Así pues, mis responsabilidades se concentraron en la campaña de oposición que desarrollé”. (VI: 241) Su objetivo: lograr con sus columnas contrarrestar la hegemonía de periódicos como *Nueva Era*, el diario de Juan Sánchez Azcona de nítida orientación maderista.⁶⁹

Y aquí sigo a Fernando Curiel cuando sostiene que el cargo “le descubre, o le confirma si se prefiere, uno de sus más preclaros talentos: el periodismo. A tal punto que la ideología cede paso a la noticia; el político al empresario”.⁷⁰ Los datos parecen confirmar esta aseveración. *La Tribuna* apareció el 12 de octubre de 1912 con un tiraje de 2000 ejemplares, cuatro días después aumentó a 15000 (cuando publicó el manifiesto de Félix Díaz en

⁶⁹ Tal como lo señala Ricardo Cruz García: “La presa del maderismo contribuyó de manera significativa al debilitamiento del régimen al estimular el malestar social y convertirse en un elemento más en la pugna por el poder. Después de que Porfirio Díaz dejó la presidencia de México, el periodismo faccioso se agudizó de un modo que no se veía desde la época de la Reforma...” Obra citada, pp. 57-58.

⁷⁰ Fernando Curiel: *Hijo de Lampazos...*, obra citada, p. 142.

Veracruz). Para 1913 alcanzó la estratosférica cifra de 48000: “mis periódicos se propagaban como fuego”. (VI: 244)

Sobre *La Tribuna*, el académico Ricardo Cruz García apunta escuetamente: “La publicación, ferviente antimaderista, anhelaba la era de ‘orden y progreso’ de don Porfirio y apoyó la rebelión Felicista. Durante a Decena Trágica no se tiene registro de *La Tribuna*...”⁷¹ El escritor nuevoleonés había apuntado en sus *Memorias* que las oficinas de *La Tribuna* fueron destruidas por Mariano Duque el 9 de febrero de 1913. *La Tribuna* fue el bautizo de fuego. Pero le dejó una enseñanza: el poder de la prensa y el poder de ciertos géneros en la formación y consolidación de públicos lectores (a diferencia, por ejemplo, de su amigo Francisco M. Olaguibel, quien respondió al maremágnum de aquellos días con el ostracismo y el refugio en la poesía contemplativa, García Naranjo guardó para siempre los poemas y se dedicó a afilar los lápices).

El impacto de la prensa en los acontecimientos de 1913 fue notorio. El autor de las *Memorias* se encontró de pronto en medio de un golpe de estado, en el cual no participó sino de manera indirecta. El género periodístico lo había llevado hasta el ojo del huracán político, le correspondía ahora tomar la decisión más difícil de su vida...

“¿Por qué fui Ministro del General Huerta?” O breves apuntes sobre la literatura del huertismo

He aquí la pregunta que rondó toda su escritura; la que causaba expectación, la que, según sus palabras, convertía a sus *Memorias* en un documento de vital importancia para la vida nacional del medio siglo. *Mis andanzas con el general Huerta* es, de muchas maneras, una respuesta, pero una respuesta que se alarga y se divide en varias partes, estructurándose como un alegato jurídico. Respuesta y contraataque a un mismo tiempo. Abordaje de ese ineludible tema sobre el que tanto reflexionaron los filósofos y pensadores durante el siglo XX (pienso en concreto en Hannah Arendt): la responsabilidad personal frente a la responsabilidad

⁷¹ Obra citada, p. 61.

colectiva. ¿Cuál es la obligación de alguien que colabora en una dictadura? ¿Se trata aquí de obediencia, de resignación o de elección? El cuestionamiento se ensancha y toca fibras sensibles, pues va hasta la raíz de nuestra condición ciudadana y nuestras formas de representación social y política.

Como obra autónoma, este volumen de las *Memorias* forma parte del peculiar *corpus* de escritos en torno al gobierno de Victoriano Huerta, y que bien podríamos agrupar como género literario propio. Pongámosle nombre: la literatura del huertismo. Memorias, diarios, polémicas, debates, crónicas: el registro es amplio y parte de la misma coyuntura: la necesidad de rendir cuentas con la historia, o, mejor dicho, la urgencia de rectificar la construcción revolucionaria de la historia moderna mexicana a partir de la Decena Trágica. La particularidad de este registro de escritura radica en la tensión entre la intelectualidad y el poder: ¿cómo conciliar la cultura política y literaria con los actos más descarnados del pragmatismo militar?

En otras palabras: ¿cómo deslindarse en un campo cultural que ha estado vinculado, desde su conformación, con el poder político, al cual ha servido de diversas maneras, algunas legales y otras rayanas en la abyección? La pregunta tiene validez en nuestros días: polémicas en torno a antologías, ediciones, becas y viajes pagados con dinero de la federación suelen ser la nota de diarios y redes sociales. ¿Hasta qué punto debe el Estado financiar a sus intelectuales y creadores? Y, en contraparte, ¿cuál es el deber de éstos para con el gobierno que los subvenciona? ¿Podemos hablar en México de autonomía artística e intelectual? ¿Hasta dónde es posible la libertad de acción en este peculiar maridaje entre el Estado y el grupo letrado?

Amplió el cuestionamiento: ¿Es posible el desarrollo (y la autonomía) del campo cultural y literario en México sin el apoyo del Estado? Más que creación y poder: creación y burocracia. Papeleo infinito que regula y legisla conductas y establece criterios de organización (y un entramado de valores). Y, por contraparte, ¿cómo opera la literatura de la disidencia, la que, de algún modo u otro, rompe con el Estado y sus redes de apoyo y legitimación?

Octavio Paz, en *El ogro filantrópico*, definió al Estado mexicano, en su relación vertical con artistas e intelectuales, como combinación peculiar (y algo siniestra) de despotismo y paternalismo (dos dispositivos de control, si se mira con atención), reconociendo que en “México, todos o casi todos los escritores, sin excluir a gente que fue la independencia misma como Revueltas y Cosío Villegas, hemos servido en el Gobierno”,⁷² para luego desmarcarse y manifestar que el deber de escritores y pensadores es el mantener la autonomía a través de la reflexión crítica: practicar, en pocas palabras, la “higiene moral” y “distinguir de una vez por todas entre artistas e ideólogos”.⁷³ La misión del arte, pregonaba ahí el poeta de *Libertad bajo palabra*, no consiste ni en convencer ni en adoctrinar, sino en participar.

Me pregunto, sin embargo, ¿no es esa peroración una forma de auto-convencimiento, o, peor aún, de adoctrinamiento? En todo caso, resulta imposible separar la figura del Paz del modelo de administración (y legitimación) cultural que ha operado en México en los últimos treinta y cinco años.

En la actualidad podríamos responder afirmando, con las atenuantes del caso, que el mercado puede convertirse en la alternativa (incluso la academia, si se presenta la oportunidad para tomar distancia con el poder político y ejercer así una ilusoria pizca de autonomía). En los días recreados en las *Memorias* era la prensa.

La literatura del huertismo se configuró, de manera azarosa, como necesidad de enderezar entuertos y reparar agravios. Fue, casi sin excepción, literatura de exilio, o mejor: literatura exiliada, desterrada. Se escribió en amargas horas de soledad, muy lejos de la patria y de los centros de poder. No tuvo la añoranza del pasado idílico, del porfiriato, o no de manera central, sino la urgencia de dar vuelta a la página, de avanzar en todas las direcciones. Recordemos que el huertismo surgió de una traición política y muy pronto se convirtió en una mancha en la historia mexicana.

⁷² Octavio Paz: *El ogro filantrópico. Historia y política, 1971-1978*, México: Joaquín Mortiz, 1979, p. 333.

⁷³ Obra citada, p. 315.

Victoriano Huerta siguió al pie de la letra el “manual” de los dictadores latinoamericanos: primero prometió apertura y transición, luego fue cerrando cualquier posibilidad de alternativa. En la primera etapa de su gobierno, la alianza con la elite intelectual era fundamental: precisaba de legitimación (jurídica y mediática); después, cuando tenía más poder, fue prescindiendo de ellos. La apertura del maderismo (política y comunicativa), había activado, como vimos en el capítulo anterior, a la opinión pública y no podía clausurarse de golpe.

La primera parte de *Mis andanzas con el general Huerta* se centró en el prestigio del gabinete del militar golpista: una pléyade de intelectuales que, con sólo enumerarlos, causaba que nuestro autor se mortificara porque

se mezcló con los de ellos, pues me cohíbe para proclamar que con excepción de los titanes que rodearon a Benito Juárez, nunca se ha visto ni se ha vuelto a ver en la política mexicana una selección tan refinada y superior.

¿Presentaban las páginas algún dejo de arrepentimiento? Ninguno; al contrario, ufano exclamaba: “¿Cómo me voy a arrepentir de haber trabajado junto a Federico Gamboa, José López Portillo y Rojas, José María Lozano, Querido Moheno, Manuel Garza Aldape, Enrique Gorostieta y Eduardo Tamariz?” (I: 70)

Me adelanto, sin embargo; pues la configuración de las carteras públicas del gobierno golpista no fue un proceso homogéneo. Se dividió en dos grandes etapas. La primera fue obra de Félix Díaz y se estableció como acuerdo forzado tras el “Pacto de la Ciudadela”. En rigor, Díaz impuso a sus hombres de confianza en ese primer gabinete, y Huerta poco a poco fue tratando de establecer su voluntad, quitándolos uno a uno. Rodolfo Reyes, miembro de ese primer grupo de funcionarios y amigo de Félix Díaz, explicó en sus *Memorias mexicanas*:

La composición del Gabinete que impuso el general Díaz al general Huerta era perfectamente lógica. Se trataba de inspeccionar la acción de este señor, de someterlo a ser

únicamente un guardián del orden, convocador de las elecciones lo más inmediateamente posible.⁷⁴

Un rápido repaso a la lista de los nombres de los ministros nos otorga una idea de esta estrategia de control: Francisco León de la Barra, Alberto García Granados, Rodolfo Reyes, Jorge Vera Estañol, Toribio Esquivel Obregón, Manuel Mondragón y Alberto Robles Gil. El mismo García Naranjo lo reconocía sin ambages:

Los Ministros que don Félix Díaz le impuso al Presidente Huerta fueron hombres superiores y de una calidad moral indiscutible; pero desgraciadamente ni ellos ni nadie podían desempeñar la misión que quiso encomendarles el caudillo de la ciudadela: la de tener a raya al jefe del Estado. (VII: 25)

García Naranjo no se incorporó al gabinete huertista sino hasta tiempo después. En sus *Memorias* dejó en claro que su trato con el general golpista había sido, hasta antes de 1913, casi inexistente. Él apuntaba que lo había visto tres veces de manera incidental: la primera vez fueron presentados por el general Diódoro Batalla; la segunda ocasión fue en 1912 por mediación del doctor Aureliano Urrutia, mientras Huerta se reponía de una operación de cataratas que su amigo y compadre le había practicado. No pasaron de encuentros furtivos y anodinos.

La tercera ocasión fue en la primera quincena de 1913: Aureliano Urrutia fue a buscar a Nemesio a su casa para llevarlo con Huerta, pues éste quería hacer algunas declaraciones al diario *La Tribuna*, que, como comenté en el capítulo anterior, dirigía García Naranjo y era abiertamente antimaderista, sobre la desintegración de la División del Norte, la cual había estado a su cargo. El escritor no desaprovechó la ocasión y elaboró un ríspido cuestionario para entrevistar al general. Al principio, Huerta se rehusó a la inquisición periodística, luego cedió a regañadientes.

⁷⁴ Rodolfo Reyes: *Memorias mexicanas. 1899-1914*, edición y estudio de Fernando Curiel Defossé, México: Colofón, 2015, p. 296.

Las respuestas, sin embargo, “no me parecieron tan trascendentales ni tan definitivas como yo esperaba”. (VII: 17)

El inicio de sus andanzas con el general golpista no se dio, como podría suponerse, con su ingreso al gabinete presidencial, sino a través de la actividad parlamentaria del “Cuadrilátero”. A finales de ese trágico febrero de 1913, el reciente gobernador del Distrito Federal, el general Enrique Zepeda, buscó a García Naranjo y lo “raptó” para llevarlo ante el ya mencionado Aureliano Urrutia. Zepeda, dipsómano y altanero y amigo íntimo de Huerta, tuvo negra fama durante su breve periodo al mando de la ciudad de México: fusiló al general revolucionario Gabriel Z. Hernández para alardear delante de una francesa que se quejaba de que en México no había presenciado sangre ni violencia (como le habían asegurado que vería antes de su llegada).

Como la mujer no quedara satisfecha con el acto de barbarie hecho en su honor, Zepeda quiso fusilar a continuación a Nicéforo Zambrano, Manuel Amaya y Alfredo Pérez, detenidos por oponerse a Huerta en el cabildo de Monterrey. El alcaide de la prisión impidió la masacre. Zepeda cumplió su cometido y dejó a García Naranjo en la clínica del doctor Urrutia: “¿Para qué me quería el eminente cirujano? La conferencia que celebramos fue trascendental y marcó nuevos itinerarios en mi vida”. (VII: 38)

Urrutia fue al grano inmediatamente: deseaba conocer la posición del “Cuadrilátero” respecto a al nuevo gobierno. El médico no escondió su propósito: buscaba echárselos a la bolsa. Nemesio no soltó prenda y excusó la necesidad de consultarlo con sus colegas. El doctor Urrutia lo autorizó a hacerlo, y arregló una cita con el general Huerta para el día siguiente. El “Cuadrilátero”, en cónclave, reflexionó en torno a la situación, y optó por apoyar a Huerta, porque lo consideraban un gobierno transitorio (a diferencia de Félix Díaz, a quien veían como un dictador en potencia). En su libro *Mi actuación política después de la Decena Trágica*, Querido Moheno explicó sin pudor la conducta adoptada:

No hay por qué sorprenderse pues de que el ‘Cuadrilátero’ presentara su apoyo al general Huerta: para nosotros

apoyar a Huerta no significaba otra cosa que combatir el felicismo; y por eso, cuando a poco de iniciado el Gobierno del general Huera, fuimos citados por éste a una entrevista en Palacio, al solicitar nuestro concurso se lo ofrecimos sin vacilar.⁷⁵

A diferencia de las *Memorias* de García Naranjo, *Mi actuación política después de la Decena Trágica* es un ejercicio constante de demarcación. La intención de Moheno era clara: deslindarse (y de paso deslindar al “Cuadrilátero”) de los yerros y excesos del gobierno golpista. El apoyo brindado al general Huerta partió de una reflexión pragmática; sin embargo, no redundó en beneficios para los miembros de ese equipo parlamentario. Según Moheno, el “Cuadrilátero” no tuvo peso no influencia política: no fueron consultados para ningún proyecto, sino más bien anulados por la vía de la asunción de cargos públicos. Esto contrasta con las opiniones de Rodolfo Reyes, quien vio en la alianza entre Huerta y el “Cuadrilátero” una de las principales estrategias de afincamiento del gobierno usurpador. No fue el único en denunciar el vínculo.

En 1915 aparecieron en Estados Unidos las *Memorias de Victoriano Huerta* (documento apócrifo redactado, desde el destierro, por el periodista Joaquín Piña): “El cuadrilátero parlamentario (al triángulo se había unido el licenciado Moheno) laboró para destruir la alianza Félix Díaz- Mondragón”.⁷⁶

Tras esa primera junta, Huerta le ofreció a Nemesio García Naranjo la dirección de los Ferrocarriles, y éste la rechazó alegando su incapacidad para desempeñar dicho cargo. Hay algo, sin embargo, que se destaca en la argumentación del episodio del memorialista: la deferencia que le profesaba el militar gobernante, como si el general hubiera visto en el licenciado la posibilidad de equilibrar su gobierno ante la opinión pública. Concretamente, intuía García Naranjo, que deseaba utilizarlo para atraer al resto de los tribunos. Praxis política en toda la extensión

⁷⁵ Querido Moheno: *Mi actuación política después de la Decena Trágica*, México: Editorial Botas, 1939, p. 20.

⁷⁶ Citado por Rodolfo Reyes, obra citada, p. 308.

del término. El juego seguía y correspondía ahora a los tribunos mover sus piezas.

El “Cuadrilátero” sopesó los acontecimientos y, como vimos en el testimonio de Moheno, decidió aceptar y esperar. Sólo una acción contemplaba hacer: tratar de ayudar al general Mondragón, ministro de Guerra impuesto por Díaz, y en la mira de Huerta. Respondiéndole a Rodolfo Reyes, García Naranjo confesaba: “El ‘Cuadrilátero’ no envolvió sus propósitos en el misterio, pues los conocía el presidente Huerta, lo sabían nuestros compañeros del Congreso y por último, no podía ignorarlo el general Félix Díaz”. (VII: 67)

En este punto, los escritos de Moheno y García Naranjo se vuelven a distanciar olímpicamente. Moheno argumentaba su quehacer político maquiavélicamente: como el medio para alcanzar un fin trascendental: ser ministro, pero no de una dictadura. Confiaba, como muchos, en que el gobierno golpista sería transitorio; al menos así lo plasmó en sus recuerdos. En ellos, describía su personalidad política con base en las libertades de expresión que se habían respetado y fomentado durante el gobierno de Madero (no deja de ser irónico que, a la distancia, resaltara esa cualidad, justamente él, que se había dedicado a combatir al mandatario).

En primera instancia, la unión con Huerta representaba una forma de combatir a Félix Díaz, como lo apuntó Moheno, para posteriormente buscar reacomodo en un gobierno elegido en las urnas. La justificación, sin embargo, no es del todo satisfactoria. La lucha y las denuncias de políticos como Belisario Domínguez hacen palidecer cualquier manifestación o confesión de pragmatismo político o literario.

Otra constante en este género narrativo es la descripción de la personalidad de Huerta. Ejercicio literario que animaba a los escritores a recurrir a los adjetivos más negativos. Los autores de estas memorias, hombres de formación profesional y vasta cultura, resaltaban, con frecuencia, la falta de instrucción en los asuntos públicos, y hacían énfasis en sus habilidades políticas y pragmáticas del militar. Moheno, por ejemplo, justificaba los

crímenes de Huerta aduciendo la ignorancia de éste en muchos asuntos de Estado. Desde otra óptica, Manuel Calero era demoledor: “Por idiosincrasia, era un gran farsante, engañador de todos, burlador de todo. No entendía los conceptos de honor y honradez, de piedad y de justicia como los entendemos los hombres de este siglo”. Luego apelaba, estrategia común, al racismo para aventurar su hipótesis: “La estructura moral de este indio chichimeca hacía de él un italiano de los siglos XV y XVI, un contemporáneo de Maquiavelo y de César Borgia”.⁷⁷

Veamos ahora el testimonio de un “aliado” de Félix Díaz que se encontró de pronto, debido al Pacto de la Ciudadela, instalado en el primer gabinete huertista. Hablo de Toribio Esquivel Obregón, quien se refirió al usurpador en los siguientes términos:

Se ha dicho que Huerta era inteligente, y en cierto modo lo era; pero con una mentalidad primitiva que lo hacía enteramente incapaz de abracar mucho más allá de lo que veía o lo rodeaba de cerca, incapaz de comprender el complicado sistema de una nación, las sutilezas del derecho y de una administración regida por leyes.⁷⁸

La tesis de García Naranjo era simple, y engrosaba el principal argumento de la justificación de todos, o casi todos, los funcionarios que trabajaron para el gobierno golpista. Él representaba una idea, no un fin pragmático, como lo puede ser un proyecto político (incluso uno tan turbio como el de Huerta).

La frase que los defendía –me refiero a ese grupo de intelectuales al servicio del desprestigiado general– era el parafraseo de una respuesta que, ante la misma pregunta que encabeza este capítulo, contestó el político Manuel García Núñez: “Yo no serví a Huerta, sino todo lo contrario, Huerta fue el que me sirvió a mí”. (I: 79) ¿Es suficiente esta interpretación para justificar las decisiones personales? La pregunta sigue dándome vueltas. El rápido y falso arrepentimiento (mostrado por la gran mayoría de la

⁷⁷ Manuel Calero: *Un decenio de política mexicana*, Nueva York, 1920, p. 125.

⁷⁸ Toribio Esquivel Obregón: *Mi labor en el servicio de México*, México: Ediciones Botas, 1934, p. 111.

elite letrada) tampoco alcanza a convencerme. (Tal vez la imagen que mejor representa esta tensión entre el poder y la intelectualidad sea la de Borges saludando a Pinochet.) Es una tensión irresuelta hasta el día de hoy.

Para él, no había motivo para pedir disculpas o para dar señales de arrepentimiento, pues “aunque la Revolución diga y vuela a decir que fue un crimen haber formado parte del Gabinete del Dictador Militar, ni la intelectualidad ni el pueblo de México han tragado semejante infundio...”. Además, aceptaba con entereza las consecuencias de su empecinamiento: “por eso, nunca me he preocupado por tener cerradas ante mí las puertas de la vida oficial”. (I: 72) Y ciertamente esas puertas nunca se volvieron a abrir para él. La literatura y la política lo desterraban; la prensa mantenía sus páginas abiertas para sus escritos.

Pero, regresemos a este periodo turbulento. La aceptación del cargo ha quedado clara, según sus argumentos. Ahora bien, ¿cuál fue la labor de Nemesio García Naranjo en esa controvertida administración? De entrada, me parece importante señalar que no fue el único ateneísta en ocupar cargos durante ese periodo, la lista es larga: Ricardo Gómez Robelo, Enrique González Martínez, Rubén Valenti, José María Lozano, Jesús T. Acevedo, Julio Torri y Rafael López (incluso podríamos incluir a Alfonso Reyes y su breve y accidentado empleo en la legación mexicana en Francia). Buena parte del equipo intelectual ateneísta pasó por las filas del gobierno huertista, varios de ellos se encargaron de los asuntos educativos y de cultura. Pero el único logro trascendente, y me refiero por supuesto a la supresión de la educación positivista, lo alcanzó García Naranjo. El experto en temas del Ateneo, Fernando Curiel comenta:

Pues bien, el regiomontano (sic) Nemesio García Naranjo, al suceder a su amigo Lozano en el Ministerio, ni tardo ni perezoso se lanza a reformar la puerta de entrada de un sistema universitario al que habían tenido en vilo los últimos gobiernos del último Díaz a Huerta, pasando por León de la Barra y Madero.

Este asunto representa, en sus palabras, un “pasaje del México moderno por revisarse a fondo”.⁷⁹ Si bien, la heterogeneidad (política y literaria) de este grupo letrado era notoria (y así lo describí en el capítulo anterior), existían puntos de convergencia en varios aspectos: el de la reforma educativa era uno de ellos, tal vez el principal. Incluso un ateneísta tan radical en aquellos días como Martín Luis Guzmán afirmaba que el problema central de la situación mexicana pasaba por la educación moral. Guzmán sostenía, en *La querrela de México* (libro escrito en el exilio, por cierto), que el asunto de fondo era de “naturaleza espiritual” (“padezco penuria espiritual”, confesaba en sus páginas). Esto iba en contra de las razones materialistas esgrimidas por positivistas y científicos en tal materia a lo largo de las últimas décadas:

Olvidaron que aún estaba en pie -y entonces más que nunca por los efectos doblemente corruptores del régimen porfirista- el viejo problema de la educación y la regeneración del criollo, infinitamente más necesaria que la educación y la regeneración de los indígenas.⁸⁰

Ya volveré a este punto lo cierto es que, desde su ministerio, incluso antes, García Naranjo ayudó al Ateneo y a sus empresas culturales. En una carta de Pedro Henríquez Ureña a Alfonso Reyes, fechada el 20 de octubre de 1913, el dominicano ponía al tanto al regiomontano, que ya experimentaba los primeros días de su autoexilio en París, de los vaivenes políticos y de los temas intelectuales. La queja principal era que le habían quitado sus clases en la Escuela de Altos Estudios, y que todos los funcionarios lo trataban mal, salvo uno:

García Naranjo, en cambio, me andaba espontáneamente buscando empleo antes de ser ministro. A Pruneda lo han tratado muy bien; se ve que la conversación que tuve con

⁷⁹ Fernando Curiel: *La revuelta. Interpretación del Ateneo de la Juventud*, México: UNAM, 1998, p. 332.

⁸⁰ Martín Luis Guzmán: *La querrela de México*; México: Joaquín Mortiz, 2015, p. 40.

Nemesio el año pasado sobre él le quitó toda prevención en su contra, según entonces declaró.⁸¹

El principal dato que se puede sacar de esta confesión epistolar es el diálogo que mantenía García Naranjo, ya un hombre público, con los miembros del Ateneo, y de las estrategias que se desplegaron para garantizar la permanencia de la asociación en la vida cultural mexicana. De hecho, la última gran empresa ateneísta: las conferencias de 1913, dictadas en la librería *Biblos* de Francisco de Gamoneda, recibió el patrocinio del ministerio (de Nemesio, concretamente).

En la correspondencia de marras entre Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes nos enteramos de que García Naranjo no sólo apoyó el proyecto, sino que se presentó, como ministro de Instrucción Pública, a la primera de las conferencias, dictada por Luis G. Urbina. En las *Memorias* confiesa que él intentó “reformular lo que los revolucionarios no se habían atrevido a tocar”. (VII: 201) El gesto no deja de ser simbólico: el hecho de asistir como ministro evoca inmediatamente a la figura de Justo Sierra y su apoyo a los jóvenes ateneístas.

García Naranjo, en colaboración con Rubén Valenti y, muy probablemente, con Pedro Henríquez Ureña, elaboró un nuevo proyecto educativo, cuyas bases fueron las propuestas de la formación integral, establecidas en el *Ariel* de Rodó, la poesía de Lamartine, la filosofía de Henri Bergson (en especial su libro *La evolución creadora*), las reflexiones sobre la ciencia de Émile Boutroux, y el restablecimiento de una visión humanista. Los intentos anteriores, hechos por los ministros del maderismo y de la transición, Miguel Díaz Lombardo y Jorge Vera Estañol, fueron tibios. Ni Díaz Lombardo ni Estañol tocaron el andamiaje de la educación positivista. Díaz Lombardo había sido jefe de Instrucción Pública desde 1894.

Recién en 1888 se había aprobado la ley de obligatoriedad de la educación primaria (impulsada por Justo Sierra y Lulio Zárate), y durante los siguientes congresos de Instrucción Pública se

⁸¹ Alfonso Reyes / Pedro Henríquez Ureña: obra citada, p. 207.

atendió a la formación docente (creación y consolidación de escuelas normales en todo el país) y al proyecto de acercar a las clases marginales y a las poblaciones indígenas (ésta fue la apuesta fuerte de Vera Estañol, por ejemplo): educar, en el porfiriato o bajo la hegemonía del porfiriato, significaba civilizar y cultivar a un pueblo visto como infantil, viciado y débil. Visto en conjunto, era una estrategia homogeneizadora. Así, cuando García Naranjo presentó su propuesta ante el Congreso, expuso la necesidad de cambiar el enfoque científicista por uno mucho más amplio, y de corte cultural:

De los escombros de nuestro pasado, debemos sacar la enseñanza de que sin ideales no se puede ir a ninguna parte, y que por lo mismo, es necesario inculcarlos a toda costa en el alma de la nueva generación. ¿Cómo? Con cultura moral que preste a las conciencias la orientación del amor y la virtud; con cultura estética que quiete sequedad a los espíritus y los enseñe a amar desinteresadamente y sin propósito de inmediato lucro; el sentimiento divino de la Belleza; y también con cultura histórica que los traiga al contacto íntimo de las epopeyas de nuestros antepasados.

Esto no quiere decir que yo sea enemigo de la cultura científica; sino que, en mi concepto, no basta la ciencia por sí sola para formar el espíritu de la humanidad. La educación del Arte es la educación del desinterés y por esa causa, sin su colaboración no se puede obtener nunca una obra completa de cultura. (VII:188)

Él lo resumía de esta manera: “Arriar la bandera del positivismo e izar el estandarte del ideal”. (VII: 207) Su tesis de fondo: los militares, los revolucionarios, los políticos no sabían de asuntos educativos.⁸² Esa lección la había aprendido de las

⁸² Dos años después de la empresa reformadora de García Naranjo, José Vasconcelos, desde la Universidad de San Marcos, en Lima, Perú, dictaba su famosa conferencia “El movimiento intelectual contemporáneo de México”, ahí proclamaba las mismas ideas de su excompañero del Ateneo, a saber: que la renovación cultural de nuestras naciones no puede venir de los políticos ni los militares, sino de los artista e

Meditaciones, de Lamartine y de su crítica a la inoperancia de la monarquía napoleónica en materia pedagógica.⁸³ En febrero de 1914, al inicio de los cursos en la Escuela Nacional Preparatoria había advertido el ministro:

Este año escolar marca en nuestra historia algo más que una simple inauguración de estudios: en él se cumplirá la promesa que, ante el Congreso nacional, hizo la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes, de remover los pesados aluviones del utilitarismo y escombrar toda la arena estéril, para exhumar los mármoles sagrados del ideal.⁸⁴

¿Cuánta dosis de idealismo poseía esta sentencia y cuánta de realidad? ¿Se podía transformar la circunstancia de un país al reformar los planes de estudio de la enseñanza básica y media? ¿Era la campaña educativa tan importante como los ejércitos campesinos y obreros de Villa y Zapata? García Naranjo creía que sí: trocar el positivismo por humanismo podría significar, a largo plazo, una transformación estructural de la sociedad mexicana. Esta apuesta, por supuesto, no era nueva: una buena parte de las millares de páginas (de ficción y no ficción) que escribió José Joaquín Fernández de Lizardi un siglo antes apuntaban en la misma dirección y perseguían el mismo objetivo.

intelectuales: “El género de cooperación que esta empresa requiere no se alcanza con embajadas suntuosas, ni está sujeta al tráfico y éxito de los mercaderes, ni a los azares guerreros; depende de la virtud y constancia de modestos heraldos, de Ulises sin escudo ni flechas, sin tesoros ni mercaderías ni más blasón de aptitud que amor sincero de los ágiles juegos del pensar...”. En *Conferencias del Ateneo de la Juventud. Seguido de anejo documental*, edición de Juan Hernández Luna y Fernando Curiel, México: UNAM, 2000, p. 116.

⁸³ En una tesis de posgrado enfocada en el proyecto educativo de García Naranjo, Héctor Farías explica: “When García Naranjo advised President Huerta of his plans to change radically the order of preparatory studies, he found the President to be in complete accord. He realized the Huerta intended to give free rein, and he proceeded to take advantage of the opportunity”. Héctor Farías: *Nemesio García Naranjo: Mexico's Minister of Education, 1913-1914*, Northwestern University, 1971, p. 83.

⁸⁴ Nemesio García Naranjo: *Discursos*, prólogo de Querido Moheno, San Antonio, Texas: Casa Editorial Lozano, 1923, p. 198.

Lo diferente aquí es que el cambio se estructuraba desde las instancias oficiales. Podemos debatir si el tema de la educación era o no era prioritario para el dictador Huerta (probablemente no representaba para él un asunto que le quitara el sueño); y alegar también que su implantación no se llevó a cabo de manera total, sin embargo, a nivel discursivo representó una metamorfosis radical para el proyecto de nación que comenzaba a gestarse. Me atrevo a afirmar lo anterior y lo corroboro con la comparación y el contraste de otras memorias, me refiero a *El desastre*, la tercera parte de la autobiografía de José Vasconcelos (publicada en 1938).

En esas agitadas páginas, Vasconcelos rebela el mismo gesto que García Naranjo: su función como secretario de Educación Pública estuvo por encima del proyecto político de Álvaro Obregón. “Pero yo ya tenía mi ley en la imaginación”, decía al hablar de la ley educativa que marcó y guió su gestión: “Lo redacté en unas horas y lo corregí varias veces; pero el esquema completo se me apreció en un solo instante, como el relámpago que descubre ya hecha toda una arquitectura”.⁸⁵

El intelectual como el agente de la transformación social, vía la implantación de reformas educativas. Tanto en Vasconcelos como García Naranjo, la clase política es un mal necesario: un grupúsculo de militares y abogados que velan más por sus intereses que por el bienestar general. Este nuevo tipo de intelectual se alejaba del *hombre de letras* decimonónico que defendía su *diferencia* con respecto al entorno (cada vez más aburguesado y asalariado); esta acción lo empujaba de lleno a la vida pública: lo empoderaba y lo exponía al mismo tiempo. Estamos ante lo que Ángel Rama llamó, en *La ciudad letrada*, como *función ideologizante*: “Al deslindar las creencias religiosas, bajo los embates científicos, los ideólogos rescatan, laicizándolo, su mensaje, componen una doctrina adaptada a la circunstancia y asumen, en reemplazo de los sacerdotes, la conducta espiritual”.⁸⁶

⁸⁵ José Vasconcelos: *El desastre*, en *Memorias*, vol. II, México: Fondo de Cultura Económica, 2007, p. 19.

⁸⁶ Ángel Rama: *La ciudad letrada*, prólogo de Carlos Monsiváis, Santiago de Chile: Tajarar Editores, 2004, p. 136.

Por supuesto: hay interpretaciones que alegan lo contrario. Existen historiadores, y esto es importante señalarlo, que cuestionan duramente el impacto de estas reformas pedagógicas. Tal es el caso de Alan Knight, quien, basándose en datos duros (es decir, revisando las estadísticas relativas a la apertura de escuelas e implantación de planes de estudio), sostiene sin ambages: “Las reformas de García Naranjo pueden ser importantes para la evolución de la reflexión sobre la educación en México (y aun eso es discutible), pero no lo son para el análisis del régimen huertista y de la Revolución”.⁸⁷ Tal vez la pregunta aquí sea: qué pudo hacer y qué hizo García Naranjo, tomando en cuenta los márgenes de acción dejados por el dictador.

Lo cierto es que el futuro de ese gobierno estaba destinado al fracaso. Todo el país se levantó en armas para deponerlo. Nada quedó de la oscura presidencia de Huerta, salvo la propuesta de renovación educativa que abría de ampliarse y consolidarse de manera definitiva con la llegada de José Vasconcelos a la Secretaría de Educación Pública en 1921.

La vida como funcionario público de Nemesio García Naranjo había llegado a su fin. Las páginas de los diarios nacionales también se encontraban cerradas para su pluma. El futuro era incierto y también definitorio. Él sería de aquí en adelante un desterrado.

“Los desahogos del desterrado”

En este capítulo me ocuparé de un asunto central en la estructuración de las *Memorias* y que, en buena medida, constituye la detonación del proyecto autobiográfico, la energía que movió y alimentó la escritura y el estigma que marcaría su obra y su destino: el destierro. La expulsión física y simbólica del campo intelectual mexicano que se llevó a cabo en 1914. Nunca más ocuparía Nemesio García Naranjo un lugar central en él. Se encontraba ahora expulsado, desterrado, de la nación, extirpado,

⁸⁷ Alan Knight: *La Revolución Mexicana. Del porfiriato al nuevo régimen constitucional*, traducción de Luis Cortés Bargalló, México: Fondo de Cultura Económica, 2010, p. 785.

como un tumor maligno, de las páginas de los diarios, de la edición de libros y lejos de la tribuna y sin un público fijo al cual dirigirse.

El destierro físico daba paso al destierro literario. Con el transcurrir del tiempo, lograría deshacer el primero; pero del segundo destierro jamás volvería, salvo por la vía del periodismo. En las páginas de los diarios, con el recurso de los artículos de opinión, podría reconstruir y resignificar esa ausencia, pero siempre de manera efímera y precaria. La prensa era un dispositivo importante, el campo literario mexicano estaba, sin embargo, (y en buena medida lo sigue estando) más ligado a la maquinaria del Estado: ha sido la burocracia cultural (con su particular sistema jurídico de inclusión y exclusión, sus métodos de financiamiento y becas) la que ha terminado por cimentar el canon literario.

Encontrándose lejos de su tierra, con un futuro incierto ante sus ojos, y con la necesidad de sostener a los suyos, Nemesio García Naranjo precisaba, entonces, la construcción, vía el dispositivo la publicación periódica, de un espacio discursivo en donde se pudieran resguardar (y resignificar) los valores (estéticos, morales, literarios, jurídicos e ideológicos) de una elite ilustrada desterrada, junto con él, del territorio nacional. Tal dispositivo sería la *Revista Mexicana*: hebdomadario editado en San Antonio, Texas, entre 1915 y 1920, durante el primer exilio del escritor nuevoleonés, causado por la llegada al poder del gobierno de Venustiano Carranza y el consecuente arribo de un nuevo proyecto de nación (que incluía, por supuesto, la disputa por un renovado paradigma literario).

El segundo exilio, signado por la soledad (luego de una gran ola de repatriación con la llegada del gobierno de Obregón), estaría marcado principalmente por su condición de editorialista: por su voz particular y sus propias luchas y polémicas, muchas de ellas sin eco en el suelo patrio. Y ese es el punto que me gustaría resaltar: la expulsión de la literatura y la reconfiguración de la escritura desde la prensa.

¿Qué significó esto? El traslado de una herramienta creativa al terreno de lo contingente. La pluma de Nemesio García Naranjo

dejaría, en este proceso, los moldes rígidos del neoclasicismo y del romanticismo tardío y se sumergiría en la tinta de la dinámica coyuntural de los tiempos presentes. El soneto había sido dejado de lado desde hacía mucho tiempo y ahora debería recurrir con mayor frecuencia a la polémica y a la diatriba. La *Revista Mexicana* primero, y las columnas en diarios mexicanos y extranjeros después serán su espacio de enunciación, y, por tanto, de representación.

La capitulación del gobierno de Victoriano Huerta, en 1914, fue narrada en las *Memorias* como consecuencia de la política exterior norteamericana (una “sucía maniobra” de Woodrow Wilson), y no como una derrota propinada por las fuerzas revolucionarias que se levantaron en todo el país (impulsadas por el Plan de Guadalupe de 1913). El hecho de que la historia oficial haya omitido ese “dato” y haya “tergiversado” los acontecimientos era otra de las razones que impulsaban su escritura.

En el prólogo del séptimo tomo de las *Memorias*, titulado *Nueve años de destierro*, el hijo del autor, Nemesio García Naranjo y Elizondo, definió lo sucedido desde la perspectiva familiar: “Esta verdad es evidente y, por eso, parece inverosímil que el gobierno del general Victoriano Huerta, a pesar de la oposición norteamericana, pudiese sostenerse durante diecisiete largos meses”. Y, un poco más adelante sentenciaba: “La oposición de Wilson al gobierno de México, fue una guerra de los Estados Unidos en contra de un solo hombre –como la calificó el senador Henry Cabot Lodge- y para ese hombre sólo cabía la derrota”. (VII: 8-9)

El historiador alemán Friedrich Katz, en su famoso ensayo *La guerra secreta en México*, apuntaló esta interpretación cuando afirmó: “La política de Wilson hacia México pasó por dos etapas: la primera va de marzo a octubre de 1913, periodo en que el gobierno norteamericano intentó obligar a Huerta a renunciar...”, ante el fracaso de esta intentona, la segunda maniobra presionó por todos los medios para su caída, en busca de tal objetivo

Wilson esperaba obtener el apoyo de las potencias europeas para su política. Ya a principios de 1913 había sugerido a

Gran Bretaña y otras potencias europeas que no reconocieran a Huerta. Cuando estos países hicieron caso omiso de su indicación y reconocieron de todos modos a Huerta, Wilson no los imitó sino que atacó más fuerte a éste.⁸⁸

El 15 de julio de 1914, el general Huerta dimitió a su cargo como presidente de la República, apenas unas horas más tarde, Nemesio García Naranjo presentó su renuncia al cargo de ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes. Temiendo por su vida, se embarcó junto con su familia en la nave *Buenos Aires* con destino a Nueva York. Viajaban en el mismo barco intelectuales y compañeros de desgracia, como José María Lozano, Ricardo Gómez Robelo, Jesús T. Acevedo, Ignacio Bravo Betancourt, Luis del Toro y el obispo de San Luis Potosí, Ignacio Montes de Oca y Obregón. Nave de los desterrados. Además de las charlas y el intercambio de infortunios, García Naranjo entretenía la travesía con la lectura de los *Episodios nacionales* de Pérez Galdós, que también le proporcionaron un modelo para entender la historia a través de la literatura:

Me entró un gran consuelo porque ninguna otra literatura podía ser más adecuada para mi estado psicológico. Son tan parecidas las turbulencias españolas del siglo XIX a las nuestras, que sus relatos nos llegaban hasta el fondo del alma. Salíamos del incendio de una revolución y muchos de los cuadros galdosianos se nos figuraban espejos en donde nos veíamos a nosotros mismos. (VII: 33-34)

El 4 de agosto de 1914 desembarcó en Nueva York. ¿Por qué eligió a la gran metrópolis como su primer destino? ¿Por qué no Laredo, Texas, donde vivían su madre y buena parte de sus familiares? El primer impulso de García Naranjo fue interponer una distancia física y emocional con los hechos recientes. Todavía no estaba preparado para desahogarse, por ello, instalarse en Laredo hubiera significado mantener vivo el infierno que lo acababa de consumir. Además, en Nueva York tenía una

⁸⁸ Friedrich Katz: *La guerra secreta en México*, México: Ediciones ERA, 1982, p. 195.

oferta de trabajo. El editor neoyorquino John Sisson, de *The Cosmopolitan*, lo había invitado a que escribiera una serie de artículos sobre México.

Para su sorpresa, el interés periodístico por los sucesos de la Revolución Mexicana había decaído enormemente ante el estallido de la Primera Guerra Mundial. Y a los habitantes de la Gran Manzana sólo les interesaban las novedades. Sisson le ofreció, a cambio, escribir sobre los acontecimientos bélicos en Europa, pero García Naranjo rechazó, de manera diplomática, la oferta: no se sentía calificado para llevarla a cabo. Permaneció en Nueva York unos meses y luego se embarcó a Guatemala en compañía de otro exiliado, el ex -ateneísta Rubén Valenti (quien habría de suicidarse poco tiempo después, lanzándose a través de la ventana de un gris hotel guatemalteco). El motivo: tantear las aguas y ver qué podía pasar con el inestable gobierno constitucionalista. Lo que encontraron en el país centroamericano fue la dictadura de Estrada Cabrera.

La aventura fracasó y pronto volvió a los Estados Unidos, esta vez a Nueva Orleans, donde lo esperaba su antiguo compañero del “Cuadrilátero”, Querido Moheno. El 7 de marzo de 1915, arribó a Laredo, Texas. La situación revolucionaria era la siguiente: Monterrey estaba controlada por los Villistas, pero las ciudades fronterizas del noreste seguían bajo las fuerzas de Carranza. Todos estos factores, impidieron que la estancia en Laredo se prolongara. Finalmente se instaló en San Antonio. La errancia terminaba, era ya hora de ponerse a trabajar.

El destierro había comenzado, y lo había hecho con el desgarramiento emocional ante la pérdida del hogar y de la nación. Aquí comenzaba la elaboración de un nuevo país que no era el que se había dejado atrás y ni el que iba a habitar durante los próximos años, sino un territorio simbólico, donde se concentraban las ilusiones privadas y las proyecciones públicas, los valores perdidos (reales o imaginarios) y las posibilidades de futuro. Ese no-lugar sería posteriormente re-semantizado como el “México de afuera”, una vez que los García Naranjo se establecieron, junto con otros desterrados, en la ciudad de San

Antonio, Texas. ¿Qué fue en rigor el “México de afuera”? ¿Cuáles fueron sus elementos característicos? El ensayista y crítico Roberto Kaput González lo define así:

La constitución del “México de afuera” comprende dos trayectorias independientes que con el paso del tiempo llegarán a mezclarse. Por un lado, el auge económico de San Antonio, resultado de su incorporación final a la economía de Estados Unidos. Por otro, los debates políticos, sociales y culturales que se desprenden de la Revolución mexicana. La primera alterará las instituciones de la ciudad fronteriza, la dinámica social entre los diferentes grupos étnicos que la componen; la segunda discutirá el proyecto de nación que más conviene al Estado mexicano tras la fractura del modelo porfirista. A partir de 1913, ambas trayectorias se solapan, negocian contenidos y transforman mutuamente al compartir las páginas del periódico *La Prensa*, propiedad de Ignacio E. Lozano.

La consecuencia de este encuentro será un tipo específico de comunidad imaginada que surge de la combinación algo fortuita de cuatro componentes: la diferenciación lingüística del distrito mexicano, la consolidación del capitalismo como sistema de producción en el estado de Texas, el perfeccionamiento técnico de la empresa Lozano y la articulación de un discurso nacionalista en torno a la unidad del idioma, la religión católica, la cultura hispánica, el mexicanismo y la condición extrínseca de sus miembros.⁸⁹

La noción de “México de afuera”, como podemos comprobar, era muy amplia y cubría un espectro demasiado heterogéneo como para apostar por una sola definición. Es innegable, sin embargo, que su configuración discursiva estuvo cruzada por los valores de una clase (la burguesía porfirista), y, como bien apunta Roberto Kaput González, en esa jerarquía escritural unos (los que

⁸⁹ Roberto Kaput González: *El México de afuera. Polemistas de la Revolución Mexicana*, Monterrey. UANL, 2020, pp. 9-10.

controlaban y nutrían los medios impresos) desempeñaban el rol de educadores y otros (la masa migrante, la clase media desplazada) el de educandos.

¿Cómo inició la articulación discursiva, el desahogo, de este nuevo desterrado? A través de la escritura periódica. Era menester construir una esfera pública desde la cual articular un repertorio de definiciones, aspiraciones y orientaciones morales, pero también literarias. Desde las páginas de la *Revista Mexicana*, primero, y, después, desde sus artículos en *La Prensa*, García Naranjo definió las dimensiones y alcances de su destierro. Los estudios sobre cultura impresa en México suelen proponer la última década del siglo XIX y la primera del XX como el periodo de gestación de una moderna prensa política y politizada.

La empresa editorial de García Naranjo provenía de esa tradición. Recordemos su paso por la redacción y dirección del diario *La Tribuna*. Una de las características de este tipo de prensa era el papel del intelectual como proselitista y publicista: un tipo de profesional que, en palabras de González, señalaba “el carácter instrumental de la palabra en la formación de identidades subjetivas y colectivas”.⁹⁰

Vivir de los lectores y sus suscripciones significaba una aventura que, por una parte, otorgaba libertad; pero, por la otra, representaba una incertidumbre constante. Formar lectores, cautivarlos y conservarlos semana a semana (incluso incrementarlos). ¡Vaya desafío! Y estoy hablando de una época en que la prensa se sostenía más de lectores que de publicidad. La empresa editorial de García Naranjo le permitiría, así, tener un medio de subsistencia en el extranjero, mantener un espacio de enunciación propio y poseer una forma de mediación de la realidad cultural y política del México de aquellos días.

La *Revista Mexicana* apareció en 1915. Unos días antes de su lanzamiento, el flamante director recibió una notificación: Victoriano Huerta lo llamaba desde Nueva York para incorporarlo a los planes de una contrarrevolución. A pesar de su reticencia, abordó

⁹⁰ Roberto Kaput González, obra citada, p. 28.

el tren y se entrevistó con Huerta en la gran urbe. De nueva cuenta, la política y la intelectualidad volvían a confrontarse.

La circunstancia, sin embargo, era distinta. El escritor tendría en esta ocasión la última palabra (a diferencia del pasado inmediato, él ya no necesitaría del brazo político para ejercer su escritura). Rechazó, de la manera más diplomática posible, la invitación. En su lectura, el improbable triunfo del proyecto bélico hubiera significado la imposición de un gobierno ilegítimo, pues, según le intentó explicar al militar durante la reunión, Huerta había dimitido de su puesto. “El general Huerta intervino para decirme que yo había salido de su gobierno con prestigio y probidad y que por eso necesitaba utilizar mi nombre como garantía de que las cosas marcharían con rectitud”. (VIII: 136)

El argumento de García Naranjo resultaba, por lo menos, temerario: no concebía a Huerta como revolucionario, sino como militar de oficio. Su proyecto, pronosticaba con clarividencia, estaba condenado al fracaso. Y acertó: a los pocos días Huerta fue detenido camino a El Paso por las autoridades norteamericanas: moriría al poco tiempo en prisión. Libre ya de ese contratiempo, se abocó a su proyecto editorial. Desde su llegada al territorio texano, y consciente de que su vida como funcionario público había terminado con la caída del huertismo, había pensado “en la publicación de una revista literaria que me diera lo suficiente para vivir”. (VIII: 130)

Para tal propósito, realizó algunas pesquisas sobre las empresas editoriales; adquirir una imprenta representaba, de entrada, un gasto desorbitante para iniciar una aventura periodística como la suya. Buscó, por tanto, publicar un prospecto de su revista con alguno de los editores mexicanos ya consagrados en San Antonio. Y lo encontró: Ignacio Lozano, nuevoleonés, como él, y con años en el oficio. Mucho habría que decir sobre Ignacio Lozano. Quien más se ha ocupado de él ha sido Roberto Kaput González en su libro sobre el “México de afuera”.

Ofrezco aquí un sucinto resumen. Lozano había nacido en Marín, Nuevo León en 1886; en noviembre de 1908 se instaló en San Antonio y abrió una pequeña librería especializada en

lecturas en español. Comenzó a trabajar con otro nuevoleonés, Adolfo Duclós Salinas (en *La Revista Mensual* y en el semanario *El Noticiero*), reforzando sus conocimientos en el oficio. Valga decir que Lozano nació y creció en el periodo de expansión de la cultura impresa en Nuevo León: desde la etapa modernizadora encabezada por Desiderio Lagrange hasta los primeros trabajos editoriales de Jesús Cantú Leal. Hablo, en concreto, de un periodo en que se consolidaron publicaciones como *La Revista de Monterrey* y *El Espectador*.

En Estados Unidos, Lozano completó su formación hasta que finalmente el 13 de febrero de 1913 publicó el primer número de *La Prensa* (justo al inicio de la Decena Trágica), que se autodenominó como “Semanario popular independiente”. La autonomía económica le permitió incorporar a sus filas a las diversas oleadas de migrantes (políticos e intelectuales) que iban dejando el país del sur.

Kaput González sostiene al respecto: “Porque es precisamente en este apartidismo problemático, sustentado en su independencia económica, donde se cumple el doble propósito [...]: ser el órgano de información de la colonia mexicana y servir de puente y contacto con el país de origen”. Así, este impresor se convirtió en el apoyo fundamental para la comunidad letrada en el destierro, pues, y aquí cito de nuevo a González: “echó mano de los instrumentos clásicos del capitalismo impreso, pero lo hizo apelando a los referentes culturales que dieron rostro al porfiriato, ajustándolos a su nuevo entorno, transformándolos o actualizándolos en el proceso”.⁹¹

El proyecto editorial de García Naranjo buscaba cumplir con esa demanda de novedad sobre el país perdido. La nota editorial del primer número de la *Revista Mexicana* exponía el propósito de toda su empresa:

México, México y México... tal es en síntesis nuestro programa. Nos proponemos levantar el crédito de nuestro pueblo; desvanecer las calumnias propaladas en contra de

⁹¹ Obra citada, pp. 34-35.

nuestra raza; exhibir con orgullo las nobles floraciones de la cultura mexicana; trabajar por la solidaridad de todos los emigrados... (VIII: 150)

Programa político y estético a un tiempo. Una hojeada a los primeros números así lo confirma: Luis G. Urbina publicaba una semblanza sobre el poeta potosino Manuel José Othón; se reproducía un fragmento de “La generación literaria de la Reforma”, de Ignacio Manuel Altamirano, así como la totalidad de su novela *Clemencia* (publicada, a guisa de folleto, en diversos números); no podían faltar poemas como “La musa mexicana” de Amado Nervo y “Soy mexicano” de Manuel Carpio; ni una semblanza de Morelos a cargo de Juan de Dios Peza. Se rescataron también versos de sor Juana Inés de la Cruz y de Manuel Gutiérrez Nájera. En el aspecto literario, podríamos decir que la *Revista Mexicana* organizaba y articulaba su propio canon, resaltando a los autores más representativos del liberalismo literario decimonónico y a los epígonos del modernismo.

Me sorprende también la inclusión de autores regionales (prueba de que García Naranjo mantenía vínculos con la elite letrada regiomontana): David Alberto Cosío, Celedonio Junco de la Vega, Alfonso Junco y Felipe Guerra Castro, que publicó ahí por vez primera su poema “Astarteida”. El hebdomadario reproducía, asimismo, la obra de autores hispanoamericanos de renombre como Rubén Darío y Leopoldo Lugones y de creadores “universales” como Oscar Wilde y Edgar Allan Poe.

En lo político, la publicación replicó puntualmente cada uno de los postulados de la Revolución y resaltó la existencia de otro tipo de mexicanidad (una más “esencial”).

En sus artículos, el gobierno de Venustiano Carranza representaba la forma de institucionalización más drástica y violenta: una relectura del maderismo con la “forzada” incorporación de las demandas populares.⁹² A ese gobierno le debía la amargura de la vida errante y su exclusión definitiva del

⁹² Sobre este punto véase el clásico ensayo de Arnaldo Córdova: *La ideología de la Revolución mexicana* (México: ERA, 1973).

“campo apacible” de la cultura. Nemesio “reaccionaba”, es decir, lanzaba su periódico, cuando “comprobó” que la “venganza” carrancista operaba en todos los niveles y “arrasaba” con lo que quedaba de “mexicanos” en México. Escribía como un “acto de salvación”, buscando mantener en el discurso lo que ya no existía en la realidad.

He aquí algunas de las transformaciones radicales a las que se refería con pavor: la ley agraria del 6 de enero de 1915, la disolución de lo que quedaba de la elite militar porfiriana (con la consecuente creación de un nuevo cuerpo castrense), los primeros cambios en las políticas culturales y educativas (masificación de la cultura y nuevas formas de mediación letrada), y en literatura: la llegada de las primeras manifestaciones del modernismo tardío (los últimos libros de Enrique González Martínez y los iniciales de Ramón López Velarde, o, para parafrasear al propio vate zacatecano: “la derrota de la palabra y el predominio del silabario”),⁹³ las incipientes vanguardias y el encumbramiento de una narrativa de corte realista y popular. ¡Vaya desacato!

El combate, por tanto, tendría que darse en muchos niveles: ético, político, lingüístico y literario.

El que lucha –sentencia en sus *Memorias* al evocar los días previos al lanzamiento de su publicación- debe estar preparado a sufrir las consecuencias de la derrota, en el caso de que pierda la pelea. Yo la había perdido y la más rudimentaria sindéresis me obligaba a no quejarme por las represalias y por eso fue que durante más de un año no salió de mis labios un solo grito de protesta. (VIII:120)

Sin embargo, no iba a renunciar a México, según sus propias palabras. Y estaría preparado para recibir los golpes: “Un hombre

⁹³ En “La derrota de la palabra”, conferencia leída en un espacio ateneísta: la Universidad Popular en 1916, López Velarde había denunciado el exceso de artificio (pero sobre todo la condición anti-referencial) de la literatura moderna: “La palabra se ha divorciado del espíritu. Apenas se toca con él por un solo punto. Se ha creído que el lujo de la expresión y, en general, el ornato retórico, deben buscarse lejos del temblor de las alas de Psiquis”. En Ramón López Velarde: *Obras*, edición de José Luis Martínez, México: Fondo de Cultura Económica, 1971, p. 401.

público que asume una actitud beligerante y dispara con dardos encendidos, no puede reclamar que se le conteste con una lluvia de flores”. (VIII: 119)

En su fisonomía, la *Revista* presentaba el formato tabloide, contenía treinta y seis páginas a dos columnas, con grabados a varias tintas, una tipografía tradicional y elegante. Respecto a su contenido: incluía relatos, notas editoriales, noticias binacionales, había un espacio para la creación literaria (que casi siempre se manifestaba en géneros tradicionales: poesía de corte oratoria, loas, cuentos clásicos, etc.) y otro para la comunicación de los lectores: anuncios, cartas, diálogos. Un listado somero de autores, además de los ya citados, nos daría una percepción más precisa de su orientación estética (y el marcado rechazo al modernismo y la experimentación formal): Victoriano Salado Álvarez, Federico Gamboa, Emilio Rabasa, Celedonio Junco de la Vega, Guillermo Aguirre y Fierro.

¿Cuál fue la recepción de esta empresa editorial? En sus *Memorias*, Nemesio no escatimó adjetivos para describir el acontecimiento: “Por fortuna, *Revista Mexicana* fue acogida con entusiasmo desorbitante que hacía pensar en la llegada de un mesías. Los desterrados la vieron, no como un órgano mío sino como el órgano de México y de todos los mexicanos”. Las estadísticas, nos aseguraba, hablaban a su favor: “La primera edición de tres mil ejemplares se vendió en unas cuantas horas y casi todos los agentes de publicaciones duplicaron sus pedidos...”. (VIII: 149-150) Desde los días de *La Tribuna* no experimentaba una emoción igual.

De todas partes de la unión americana recibió mensajes de apoyo y solidaridad; su público no sólo consistió en los desterrados o los migrantes; también cubrió a la primera generación de mexicanos nacidos en Estados Unidos, para quienes la revista “era la capilla en donde cultivaban la mística de una Patria espiritual que no conocían”. (VIII: 158) Ese México añorado por sus padres, que ahora se reproducía (se reinventaba) en las páginas del hebdomadario: “salvaguardando” el “lenguaje maternal” y las “buenas costumbres” en peligro de extinción. El

gentilicio funcionaba como soporte esencial: no sólo era una revista que trataba asuntos de México: *era una publicación mexicana* (parida en otro suelo, pero con raíces más profundas).

Ese primer número dejaba en claro que el objetivo principal consistía en la “Patria añorada”, y que incluso un acontecimiento como la Gran Guerra (que había estallado un año antes) no logró distraer ni desviar el propósito fundamental, pues “nuestra nacionalidad forma parte de nuestro mismo ser y no hay fuerza atractiva que sea capaz de arrancar nuestro pensamiento del terruño”. (VIII: 150) La meta: la salvación de México (de su clase “alta y culta”). Por ello, la actitud fue, desde esas páginas iniciales, combativa. Los “dardos” se disparaban por igual contra carrancistas o villistas, contra la política exterior norteamericana y la asimilación de las nuevas generaciones de emigrados mexicanos a ese país.

En la perspectiva de su creador, la *Revista Mexicana* se convirtió en el gran desahogo colectivo de los expatriados, e incluso de los migrantes (una masa que, en rigor, difícilmente podía acceder a los contenidos de la publicación de manera directa). Su sufrimiento se convertía, vía la prensa, en colectivo: educación política y sentimental al mismo tiempo. Moldear el espíritu de una sociedad disgregada, dividida entre bandos y sin “orientación”. Esta educación incluía, por supuesto, a la literatura. (Unos meses después de la aparición de la *Revista Mexicana* se publicaría, también en el estado de Texas, pero en El Paso, la novela de Mariano Azuela: *Los de abajo*, el campo cultural mexicano experimentaba un largo proceso de resignificación, que iba a prolongarse por casi diez años.)

La recepción mediática fue, igualmente, aprobatoria. *La Prensa* de San Antonio señaló que la *Revista*... daba prestigio a la colonia mexicana. Otro periódico fronterizo exclamó que el hebdomadario significaba una batalla ganada contra la barbarie. El reputado periodista José Elguero también elogió la empresa editorial de García Naranjo. Todos destacaban el toque “arrogante” de sus páginas a la hora de confrontar la política exterior norteamericana y los asuntos binacionales. Esa altivez le

concedió pronta notoriedad en el ámbito editorial de los desterrados, pues “mientras el consulado carrancista era visto con desdén y hasta con desprecio, mi periódico se convirtió en el centro de toda la mexicanidad” (VIII: 158).

Uno de los principales programas de la *Revista Mexicana* consistió en el cuestionamiento y rechazo, desde el ámbito jurídico, del proceso constitucionalista que desembocó con la Carta Magna de 1917 (fuente suprema de legitimación del gobierno de Carranza). La crítica consistía en denunciar una contradicción al interior de la redacción misma, a saber: la de haber apelado, al inicio del levantamiento armado del Primer Jefe contra Huerta, a la Constitución de 1857, y ahora negarla para elabora otra.

“La reacción de los desterrados fue de patriótica protesta. Los editoriales de *Revista Mexicana* condenaron aquello que parecía un sacrilegio”. (VIII: 175) Lanzaron impugnaciones desde sus páginas Querido Moheno, Jorge Vera Estañol, Rafael Martínez Carrillo y Manuel Calero, es decir: los representantes del viejo orden que veían ahora cómo comenzaban a desaparecer las bases de un constitucionalismo liberal de corte aristocrático, para dar paso (tal vez forzados por las circunstancias, como bien señaló en su momento Luis Cabrera) a demandas populares de representación social. En el número del 8 de marzo de 1917 (a un mes de haberse firmado el nuevo código nacional), la *Revista Mexicana* publicó una “Protesta”, firmada, entre otros, por: José Alessio Robles, David Cerna, Carlos Castillo, Guillermo Castillo Nájera, Manuel Escudero, Enrique Gorostieta, Nemesio García Naranjo, Ricardo Gómez Robelo, y Querido Moheno. La denuncia era enérgica:

Nunca habría podido creerse que cuando se hace una revolución y se imponen al país sacrificios irreparables en riqueza, en vidas y en honor a pretexto de restablecer la Constitución que se dice violada, se declare, a la hora del triunfo, que esa Constitución es inútil o nociva y se la sustituya por una nueva. Contra este fraude sin nombre, contra este atentado al derecho y a las libertades públicas de nuestra patria *protestamos solemnemente*. (VIII: 181)

El recibimiento entre la elite ilustrada expulsada fue generoso y repercutió en ambas costas de la nación norteamericana. Federico Gamboa, en la entrada de su *Diario* correspondiente al 20 de marzo de 1917, apuntó: “Decido guardar el número 80 de la *Revista Mexicana* de Nemesio García Naranjo, correspondiente al 18 de los corrientes y llegada hoy de San Antonio. Trae la famosa protesta con la Constitución”.⁹⁴

Otro episodio polémico fue el artículo “La invasión a la Patria”, escrito por el propio Nemesio y en el cual denunciaba el abuso del gobierno norteamericano al ordenar la campaña de persecución, en suelo mexicano, de Pancho Villa (tras el asalto de éste a Columbus, Nuevo México). Por supuesto, el artículo no defendía a Villa, a quien tachaba de bandolero (“la incursión villista es un acto reprobable y vandálico, que ningún ser civilizado puede prohijar, porque no entraña el más leve trasunto de ideal”. [VIII: 186]), al contrario: denunciaba su impunidad como resultado de la protección reciba con anterioridad por parte del gobierno norteamericano.

Los Estados Unidos, en su afán de apoyar la Revolución, habían “armado bandoleros”, y, en contraparte, habían ignorado y hostilizado a la elite letrada expulsada de México (una elite, por supuesto, en su mayoría anti-yanqui). No defendía a Villa, pero tampoco aceptaba la intervención; argumentaba, en cambio, la falta de sagacidad política del gobierno mexicano para impedir tal acción. En el texto, García Naranjo establecía la triangulación perfecta de su crítica: hacia el México revolucionario, por sus excesos; hacia la política exterior norteamericana, por su alevosía en asuntos binacionales; y hacia la colonia de expatriados, para reafirmar la necesidad de mantener cohesionados los valores nacionales. Había encontrado, o mejor dicho: reencontrado, su verdadera voz literaria.

Dejo aquí la revisión de los contenidos de la publicación, pero con lo mencionado basta para forjarnos una idea de su orientación. Su temática estaba, como hemos comprobado, vinculada estrechamente con la coyuntura histórica. Una vez que

⁹⁴ Federico Gamboa: *Mi diario VI (1912-1919)*, México: Conaculta, 1999, p. 452.

la situación comenzó a estabilizarse, al interior y al exterior de la nación mexicana, las políticas lectoras de los desterrados comenzaron a transformarse. En su ya referido *Diario*, Gamboa lo advirtió así el 9 de agosto de 1919: “Síntoma, que mucho lamento, de que la *Revista Mexicana* que en San Antonio de Texas ha venido publicando, generalmente con talento y tino, Nemesio García Naranjo desde los principios de la expatriación, se haya en agonía”.⁹⁵

Estamos en la antesala del largo periodo conocido como la “restauración nacional”, y a ese proceso Nemesio García Naranjo le daría la espalda de manera olímpica. Comenzaba una larga era de gatopardismo para la elite política e intelectual mexicana. Un nuevo modelo de Estado se había creado (no sólo político, sino social) y su implantación había comenzado a sacudir los modelos discursivos previos. Como todo proyecto innovador de representación jurídica, dicho modelo de gobierno iba a precisar novísimas formas de representación simbólicas.

La literatura (como vía de comunicación e interacción entre los campos intelectuales y políticos) tendría un rol fundamental, sobre todo en el debate concerniente al proyecto de nación que estaba por llevarse a cabo (a través de la renovación y transformación del otrora Ministerio de Instrucción a la Secretaría de Educación Pública).⁹⁶ Ignacio Sánchez Prado, en su ensayo *Naciones intelectuales* (un texto al cual regresaré más adelante), lo describe así:

El periodo que va de la Constitución de 1917 al debate sobre la cultura revolucionaria de 1925 constituye un espacio abierto en el cual se desarrolla una pugna entre los diversos grupos intelectuales por la definición del discurso hegemónico. Este periodo, contextualizado principalmente

⁹⁵ Federico Gamboa: *Mi diario VI (1912-1919)*, obra citada, p. 489.

⁹⁶ Tal como lo exponía Raymond Williams en su clásico ensayo *Cultura y sociedad*: “Una hipótesis esencial en el desarrollo de la idea de cultura es que el arte de un periodo está estrecha y necesariamente relacionado con el ‘modo de vida’ dominante en general, y que, en consecuencia, los juicios estéticos, morales y sociales, muestran una íntima interrelación”. Raymond Williams: *Cultura y sociedad*, traducción de Horacio Pons, Buenos Aires: Nueva Visión, 2001, p. 119.

en las presidencias de Venustiano Carranza Álvaro Obregón y los primeros años del régimen de Plutarco Elías Calles, se caracteriza por un álgido debate sobre la naturaleza de las instituciones culturales del régimen emanado de la Revolución, donde intervienen un conjunto de grupo culturales diversos cuya formación se di en las décadas anteriores.⁹⁷

La *Revista Mexicana* terminó justo al comienzo del declive del gobierno carrancista, pero la causa del desenlace no fue el haber alcanzado el objetivo trazado (la lucha simbólica del “México de afuera” habría de prolongarse varios años más), sino por cuestiones pecuniarias: “mi pobre empresa me ocasionaba pérdidas que ya mi bolsillo exiguo no podía aguantar”. (VIII: 293) Las deudas, hipotecas y embargos, impidieron a la *Revista* dar cuenta de la caída del régimen (algo añorado desde el primer número por el director, que más de una vez confeso que, durante esos años, siempre escribió el mismo artículo en variadas formas): “Yo tenía el propósito de conservar mi tribuna hasta el momento en que llegara de México la noticia de que había hecho erupción el volcán”. (VIII: 294)

Por el contrario, el hebdomadario se “extinguió en silencio y sin dar ninguna explicación”. (VIII: 298) El declive de la publicación se debió, como ya se ha sugerido, a que muchos de los desterrados habían vuelto a México: y con ello la publicación había perdido suscriptores. Su razón de ser principió a debilitarse: “Me di cuenta de que *Revista Mexicana* había entrado en un periodo de pobreza, una pobreza que se iría intensificando hasta obligarme a suspender mi semanario. Cada mexicano que se repatriaba era un lector menos...” (VIII: 300)

Parecía el final también de su carrera como escritor y periodista, pero sólo fue un momento de transición: tras el cierre de su *Revista Mexicana* García Naranjo comenzó a publicar artículos en *La Prensa*, el ya citado diario de Ignacio Lozano.

⁹⁷ Ignacio Sánchez Prado: *Naciones intelectuales. Las fundaciones de la modernidad literaria mexicana (1917-1959)*, West Lafayette, Indiana: Purdue University Press, 2009, p. 19.

Para muchos la lucha había terminado y era momento de asimilarse, para Nemesio García Naranjo, que nunca aceptó la transformación del México posrevolucionario, la contienda apenas iniciaba. Su guerra estaba perdida, él continuó, sin embargo, hasta el final escribiendo una de las obras más peculiares (y marginales) de la literatura mexicana moderna.

El retorno de “Aristarco”

Tanto en el proceso de consolidación del estado posrevolucionario como en la configuración del campo cultural y literario, la obra de Nemesio García Naranjo quedó “afuera”: desterrada. En el interregno de sus dos destierros, libró su última batalla en el ámbito literario. En 1923, regresó por vez primera a México y desde entonces se instaló en un “rincón marginal” en la esfera cultural. Su repatriación definitiva, en 1934, le confirmó ese lugar.

Su fama de periodista y orador le garantizaba un público lector⁹⁸ que lo sostenía en ese espacio que se quedaba al margen de los cánones en proceso de consolidación. Era un escritor leído y conocido por una clase y por quienes añoraban el pasado prerrevolucionario, pero no era *reconocido* por las instancias legitimadoras desplegadas en ese momento por la hegemonía de los nuevos agentes políticos y culturales. Tenía lectores, muchos, y sin embargo no poseía un libro distintivo, ni era objeto de reseñas ni de críticas puntuales.

Varios factores se conjugaron para colocar definitivamente a su obra en los calabozos del canon literario. Hablaré de uno en

⁹⁸ Doy uno de muchos ejemplos posibles para describir este peculiar fenómeno: el día primero de junio de 1923, el periódico regiomontano *El Porvenir* daba cuenta del gran éxito de la primera conferencia que Nemesio García Naranjo dictó en el Teatro Independencia. Luego de nueve años de destierro, el escritor volvía a Monterrey para hablar sobre la relación entre México y Estados Unidos. El teatro se llenó. El título de la nota no deja lugar a dudas: "La primera conferencia del lic. N. García Naranjo fue todo un éxito cultural de alto relieve". En el principio del reportaje se hacía notar que desde las conferencias que en 1908 dictara Jesús Urueta en el Teatro del Progreso no se había visto un fenómeno así en la ciudad. El público se entregó y lo recibió con una larga ovación: "Todo el Monterrey culto se dio cita en el Teatro Independencia, ávido de escuchar al notable tribuno y ansioso de rendirle su homenaje".

concreto para dar una idea general. 1925 representó el momento cumbre de la querrela literaria en pos de su modernización y configuración definitiva. En un ensayo ya clásico sobre el tema, el crítico Víctor Díaz Arciniega expone lo siguiente: “En la marcha de los acontecimientos polémicos contemporáneos hay uno representativo, que podría tomarse como fundador del proyecto político cultural ‘revolucionario’ deseado para el México del siglo XX”. Se refiere precisamente a los acontecimientos de ese año, el primero del gobierno de Plutarco Elías Calles que levantó el avispero político y cultural, desatando riñas, debates, polémicas, diatribas en torno a “lo revolucionario”.

Sigo con Díaz Arciniega: “En nuestra historia literaria, el debate sobre ‘el afeminamiento de la literatura mexicana’ es considerado como el ‘pórtico’ de la Novela de la Revolución”.⁹⁹ Por su parte, Ignacio Sánchez Prado, en el ya referido ensayo *Naciones intelectuales*, describe los caracteres de este proceso: “En estos términos, el temprano campo literario mexicano se caracteriza por la operación tanto de logísticas específicas de acomodo ideológico e institucional, así como una relación particular con el poder”.¹⁰⁰

Ese poder se centralizaba y empezaba a desplegar sus dispositivos de control: un nuevo sistema educativo, reformas públicas y administración de los principales espacios de enunciación. La prensa se modernizaba, llegaba la radio,¹⁰¹ el cine se propagaba, las vanguardias escandalizaban (estamos en pleno apogeo del movimiento estridentista y de sus publicaciones más emblemáticas: *Urbe* y *La señorita etcétera*). Las manifestaciones artísticas dejaban de ser objeto de consumo y privilegio de las clases altas y se distribuían, al menos discursivamente, de manera

⁹⁹ Víctor Díaz Arciniega: *Querrela por la cultura “revolucionaria” (1925)*, México: Fondo de Cultura Económica, 1989, p. 14.

¹⁰⁰ Ignacio Sánchez Prado, obra citada, p. 23.

¹⁰¹ La radio se convirtió en un nuevo territorio por conquistar; el campo cultural no fue ajeno a esa disputa: la aparición, en 1924, de la revista *Antena*, a cargo del crítico Francisco Monterde, ilustra el impacto de este nuevo medio de difusión masiva: una publicación literaria que trataba de capturar las “ondas del momento”.

más horizontal. Ante tal estratificación de las actividades culturales, la tensión entre lo político y lo literario aumentaba, reafirmando, de manera indirecta, la estrechez de su vínculo. El canon literario era, al mismo tiempo, una legitimación del nuevo Estado y una forma de representación estética: funcionaba como sistema de inclusiones y exclusiones.

La famosa querrela de 1925, sin embargo, contó con muchos más participantes de los que comúnmente se suelen mencionar. García Naranjo participó desde un doble espacio (igualmente marginado): el de los desterrados y el de los “tradicionalistas”, el cual agrupaba a los escritores provenientes del porfiriato reacios a sucumbir ante el canto de las sirenas de la nueva burocracia cultural mexicana.

Envuelto en esa disputa, no deja de sorprenderme la capacidad para tomar distancia y contemplar la totalidad del fenómeno: en un artículo sobre la campaña vasconcelista de 1929, García Naranjo describió el sistema literario mexicano con gran claridad; primero estableció una distinción: “Los hombres de letras que escriben para una minoría selectísima, pueden escoger los temas, cuidar el vocabulario, esculpir la forma, cincelar el estilo; en una palabra, servir exclusivamente al dios Apolo”. Posteriormente, describió su propia condición: “Yo no podía permitirme esos lujos porque no vivía de la literatura, sino del periodismo. En esa situación no había que pensar en lujos estéticos sino en acatar las exigencias del público lector”. (IX: 337) Su escritura dependía, entonces, de dos factores: la coyuntura (fuese política o cultural) y la respuesta de los lectores. Él no cantaba a Apolo, sino a Aristarco, el crítico y filólogo.

En el ámbito literario habían acontecido muchas cosas desde su abrupta partida en 1914. Menciono algunas. En 1921 había muerto Ramón López Velarde (ese mismo año había publicado, en la revista *El Maestro*, su poema “Suave Patria”). Los estridentistas habían tomado por asalto la plaza pública de las letras, proclamando a los cuatro vientos sus ansias de urbanidad: “He aquí mi poema / brutal / y multánime / a la nueva ciudad”, cantaba Maples Arce en *Urbe*, su “súper- poema bolchevique; y

su compinche, Arqueles Vela, sostenía con desenfado: “La vida casi mecánica de las ciudades modernas me iba transformando” en su novela experimental *La señorita etcétera* (publicada el 14 de diciembre de 1922 en la sección “La novela semanal” de *El Universal Ilustrado*).

Alfonso Reyes enviaba, desde el otro lado del Atlántico, su *Ifigenia cruel* (tres años antes había lanzado su libro de relatos *El plano oblicuo* y en unos meses más aparecería, en las vitrinas de la Librería Porrúa, *Calendario*). José Juan Tablada ya había sacado de las imprentas *Un día... Poemas sintéticos* y *Li Po y otros poemas*. Francisco Olaguibel y Francisco Bulnes, dos autores modelos para el escritor lampacense, habían muerto: el primero significó la belleza de la palabra (y la literatura como refugio contra la realidad); y el segundo, la escritura como combate permanente. Entre esos dos polos García Naranjo forjó su literatura. (En todo caso, estas dos pérdidas le confirmaron su soledad en el medio cultural mexicano de la primera mitad de la década del veinte.)

En ese primer retorno de 1923, los planes labores de García Naranjo se reducían a uno: retomar su profesión de abogado y alejarse de la vida pública. Ese año había publicado su libro *Discursos*, editado en San Antonio por Ignacio Lozano. Intuía, y con razón, que la próxima sucesión presidencial no iba a ser una transición tranquila, y por ello prefería mantenerse al margen de la prensa: “mi propósito era el de abrir una oficina, para practicar mi carrera de abogado...”. (IX: 34) Tampoco se hacía ilusiones: sabía que su “negra fama” le impediría prosperar en este negocio. Abrió un bufete en la calle Palma y llevó algunos casos con poca fortuna. Al poco tiempo, lo clausuró.

Cuando estaba dispuesto a claudicar, se incorporó al prestigioso despacho de Rafael Martínez Carrillo (cuyo socio, Manuel Garza Aldape, acaba de morir). El contexto jurídico, al igual que otros sectores, se encontraba en un proceso de profunda transformación. Las leyes se reformaban de manera constante. En ese ambiente cargado de incertidumbre recibió la invitación para regresar a los periódicos. “A principios de 1924, mi fino amigo el

Capitán Eduardo Elizondo me invitó a colaborar en *El Universal* donde desempeñaba el puesto de subdirector”. (XI: 49)

El escritor intentó, sin éxito, disculparse, alegando la necesidad de abocarse a su carrera profesional. Fue su socio, Martínez Carrillo, quien lo convenció de aceptar la propuesta: esa tribuna, le comentó, podría darle más prestigio al despacho. Así: “alternando las demandas y los alegatos con las colaboraciones en *El Universal*, pasé los años de 1924 y 1925”. (IX: 50) El desterrado volvía a las páginas de la prensa mexicana justo en el momento en que empezaba el gran proceso de modernización cultural.

En plena mitad de la década del veinte, mientras se llevaban a cabo las reformas educativas impuestas por Vasconcelos y comenzaban a disputarse las principales polémicas literarias entre los escritores de vanguardia y los nacionalistas, Nemesio miraba al pasado y defendía los valores inamovibles del arte. Pero no se quedaba ahí: esa estrategia respondía a un debate presente: el reacomodo de valores y formas en la literatura mexicana. “Me encontraba en territorio nacional, pero mi espíritu no conseguía acomodarse en el medio vacilante e inseguro de aquel entonces”. (IX: 49)

Para algunos críticos, su obra lo colocaba, en ese momento, dentro del grupo de los colonialistas o virreinalistas (entre los que figuraban Artemio de Valle-Arizpe, Luis González Obregón, Francisco Monterde y Julio Jiménez Rueda), y sobre el cual Sánchez Prado, en su ensayo de marras, explica:

Los colonialistas o virreinalistas buscaban en el virreinato las bases culturales de la nación, reaccionado simultáneamente a las tendencias europeizantes que ingresaban al discurso literario con el modernismo y la primera vanguardia y al prehispanismo e indigenismo que comenzaban a manifestarse con fuerza en la obra de Manuel Gamio.¹⁰²

¹⁰² Obra citada., p. 15.

Si bien, García Naranjo compartía la ideología conservadora y profesaba como fe el catolicismo (además, claro, de su rechazo al movimiento revolucionario), se alejaba de este grupo en cuanto al tratamiento del pasado: no glorificaba la época colonial y del porfiriato sólo defendía ciertos valores éticos y estéticos. Su lugar en la disputa literaria de los años veinte era doblemente marginal. El terreno de la lucha no permitía distracciones, se debía pelear en el presente y la disputa consistía, sobre todo, en encontrar un público y mantenerlo. Pero ¿desde dónde escribir? El campo cultural mexicano se reconfiguraba en plena arena pública. De ahí que los combatientes pertenecieran a diversas esferas del gobierno. Era un proceso que se relacionaba con otros en una suerte de tejido múltiple y heterogéneo.

En uno de los últimos capítulos de las *Memorias*: “Literatura porfirista y poetas revolucionarios”, García Naranjo daba cuenta de su participación en el debate y de refilón describía su posición en el campo cultural. Contaba en él que, en 1925, Luis G. Urbina le escribió una carta a Genaro Estrada anunciándole su retiro de la poesía para refugiarse en el periodismo: la fuente que proporcionaba recursos para él y su familia. El “viejito” tiraba la toalla ante la llegada de las nuevas generaciones de creadores: “disueno entre los nuevos ruseñores...”, explicaba melancólicamente.¹⁰³

Lo que yacía detrás de esta publicitada “jubilación” era la reconfiguración del lugar de los escritores en el espacio público, que exigía ahora de ellos funciones específicas y conductas particulares. García Naranjo intervino en el diálogo y, sin que nadie se lo pidiera, tomó partido en “defensa” de Urbina: “A un poeta de su estatura debiera importarles muy poco que los cenáculos liliputienses de esta época lo aplaudieran o lo

¹⁰³ Un fragmento de la carta se reproduce en el artículo, así se quejaba Urbina: “Disueno ya entre los nuevos ruseñores. Mi canto anticuado no armoniza con la orquesta primaveral que oigo en torno mío. No me quejo. Natural es que los hombres de la generación anterior, se pongan al margen de la generación que llega... Es que quizá no siento ni pienso como los recién llegados. Comienzo a percatarme de que soy un incomprendido... Ahora, mi verso se esconde acobardado y avergonzado. En adelante únicamente aparecerá mi prosa, esta prosa vil del periodismo que aún tiene la virtud de dar de comer a los míos”.

censuraran, o no le hicieran caso alguno”. Los valores literarios de hoy, sostenía, no se pueden comparar con los de antaño: “No han sido sustituidos ni Sierra ni Othón ni Nervo ni Urueta, ni será sustituido al morir, Díaz Mirón. Los cenáculos de estos tiempos no son los de la *Revista Azul* ni la *Revista Moderna*”. (IX: 68) No se requiere un gran esfuerzo para imaginar a quiénes se refería con ese mote.

Ese mismo año, 1925, el joven Salvador Novo publicó *Ensayos*, en el primer texto, “De las ventajas de no estar a la moda”, ironizaba con gran maestría los comportamientos modernos, en especial el vertiginoso paso del tiempo en los espacios centrales y el peligro constante de quedarse fuera de la moda; pero al mismo tiempo describía con precisión las conductas literarias de su grupo: “Si la conversación se desvía por veredas literarias, Cocteau, Morand y Max Jacob ‘sientan’ bien. Un poco Blas Cendras, pero ni por equivocación ese mastodonte de Victor Hugo, pues entre Notre Dame y la torre Eiffel hay su diferencia”, sentenciaba con sarcasmo para rematar enseguida:

Luego hay que disertar, por supuesto, sobre Apollinaire, sobre el PEN Club y sobre el Museo de las Letras. Mas ya está mal hablar de Manuel José Othón, de Rubén Darío y de José Asunción Silva, y mucho más de los anteriores. Rebelaría que andáis atrasado en noticias importantes..¹⁰⁴

La temporalidad vertiginosa y el ansia de novedades, de estar al tanto, comenzaban a imponerse en un amplio sector de los campos culturales. ¿Cómo participar en el proceso? ¿Cómo reclamar el derecho a la representación literaria? Estableciendo algunos modelos de reagrupación y ordenamiento. Para tales fines, García Naranjo acuñó el término de “literatura porfirista” y ahí agrupó a esta pléyade de autores (sus modelos eran Victoriano Salado Álvarez y Francisco Bulnes).

¹⁰⁴ En Salvador Novo: *Viaje y ensayos*, vol. I, México: Fondo de Cultura Económica, 1996, p.32.

Urbina ni agradeció ni rechazó el “apoyo”: permaneció en silencio, tal vez pensó que la “ayuda” de un escritor *marcado* por la historia no le venía muy bien (él pertenecía, como sabemos, al canon de la literatura del huertismo). Pero los “escritorzuelos” aludidos si reaccionaron: “En cambio, los cenáculos minúsculos se pusieron a cacarear en contra mía de manera ruidosa: me llamaron Aristarco, comparándome con aquel filólogo de Alejandría, del cual se cuenta que estaba tan amargado, que se dejó morir de hambre”. (IX: 68-69)

Los ataques no sólo provinieron de los frentes de vanguardia, también los nacionalistas desenfundaron las armas: Julio Jiménez Rueda y Francisco Monterde dirigieron fuertes críticas a Nemesio, pero éste las consideró como “orientadoras” y no como “palabrería hueca”. Para los nacionalistas, la defensa de los valores estéticos del porfiriato representaba una afrenta a los procesos de renovación narrativa que se estaban experimentando por esos días.

La defensa de García Naranjo fue su discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua en 1925. Al tomar la palabra y agradecer las deferencias de Federico Gamboa, a la sazón presidente de la institución, el veterano tribuno no perdió el tiempo: le dedicó pocas palabras a su antecesor, Francisco A. de Icaza, y explicó el porqué de la inestable calidad de su obra como escritor:

por las circunstancias volcánicas que me han envuelto, ha tenido que ser desordenada e incoherente: también he temido que se pudiera considerarme como un inadaptado en virtud de las diarias zozobras de mi espíritu, me hacen vivir de prisa en un vértigo constante de renovación.

Reconocía, a continuación, que en algún momento de su carrera literaria sintió ese “sarampión maligno” cuyo síntoma principal consistía en la aversión a las academias. Estaba bien ser rebelde, exclamaba, cuando se tenían razones orgánicas para ello:

...que quiebre el idioma cuando su genio no quepa en él;
que rompa los cerrojos de los diccionarios y las gramáticas

porque se siente dentro de los vocabularios aceptados y los giros admitidos, como dentro de las rejas de un calabozo; que revolucione, en buena hora, contra el lenguaje actual, por exceso de espíritu que necesita crear nuevos moldes y nuevas formas y que así contribuya al enriquecimiento del lenguaje del porvenir. (IX: 75)

El tono irascible de este discurso resultaba revelador. García Naranjo apuntaba sus flechas contra el proceso de modernización de la literatura mexicana. De ahí su celebración de la autonomía de la Academia con respecto al gobierno y a los cenáculos culturales. Pues cuando las academias están al servicio del Estado: “representan la fuerza despótica en el terreno intelectual”. Seguramente en este momento hizo una pausa en su discurso, y levantó la mirada hacia sus pares académicos:

Mas ¿qué tiranía puede desarrollar la Academia Mexicana, cuando no tiene medios para conceder una pensión, para otorgar un premio, para hacer algo, en fin, que sirva de estímulo y aliento a sus devotos? ¡Nada! La fuerza actualmente radica en otras instituciones y por lo mismo, en ellas se ha tenido que refugiar el espíritu académico, es decir, la imposición en el Arte.

Otra pausa, para luego exclamar aliviado: “Ahora bien, como esta Academia no tiene conexiones gubernamentales, está incapacitada para cualquier obra coercitiva y despótica”. (IX:75)

El Estado patrocinaba un tipo de arte afín a su ideología, y ya no promovía, en palabras de García Naranjo, el culto a Horacio o a Cicerón. Ya no se enseñaban las formas clásicas, y, al contrario, se propagaban géneros importados, como el ensayo (género muy cercano a su propia escritura, por cierto). El riesgo, desde su lectura, era claro: si se perdía la integridad del idioma, se perdería la identidad y seríamos, al fin, avasallados por el pragmatismo norteamericano: “El hispanoamericanismo es un ideal que se va diluyendo lastimosamente, mientras que el panamericanismo se impone con la fuerza de las realidades incontrovertibles”. (IX: 81)

Vuelta de tuerca: colocar a la Academia en el espacio de la

autonomía, y designar (y denunciar) al oficialismo de la burocracia cultural como el rector (y el mecenas) de la nueva literatura. A su manera, García Naranjo estaba describiendo el mecanismo con el cual se construiría el canon literario en las próximas décadas.

No deja de llamar mi atención que en este aspecto exista una coincidencia con el ensayismo de Alfonso Reyes de esos años. Ambos apelaban a los clásicos y al vínculo con Hispanoamérica: recuerdo aquí algunos de los ensayos del escritor regiomontano: “Discurso por Virgilio”, “Homilía por la cultura”, “Atenea política” y, por supuesto, “Notas sobre la inteligencia americana”. La diferencia radicaba en las intenciones. Mientras Reyes apropiaba los valores y modelos clásicos como una forma de política cultural, encaminada a procesos democratizadores y educativos (que trataban de garantizar la autonomía intelectual y cultural de la región), García Naranjo recurría a ellos para rechazar las políticas de modernización postrevolucionarias. A su manera, ambos tratan de combatir los excesos del nacionalismo cultural sin caer en lo que Pedro Henríquez Ureña llamó, por esos días, como el “afán europeizante”.

Sus palabras, o mejor: sus desahogos de desterrado fueron escuchados, pero no salieron de los muros de la Academia. Afuera se llevaba a cabo otra disputa. Y García Naranjo tuvo que salir del país nuevamente a los pocos meses, perseguido por el presidente Calles. Cuando regresó definitivamente en 1934, el proceso ya era definitivo. Ya no era más que una vaga referencia a un pasado lejano: el ministro huertista que, además, era un anacrónico literario. Fuera de las instancias oficiales; excluido del canon letrado, Nemesio García Naranjo fue escribiendo poco a poco su obra maestra: estas *Memorias*, que más que explicación o justificación son la legitimación de su propia escritura.

A guisa de cierre: reflexiones posteriores a un “caso juzgado”

En 1934 terminó el destierro físico de Nemesio García Naranjo;¹⁰⁵ pero continuó y se fortaleció el destierro literario: la

¹⁰⁵ Fernando Curiel lo resume de manera efectiva: “Y, en efecto, las puertas se abren de par en par. Gestiones de apoyo ante el subsecretario de Gobernación, Juan C. Cabral; consulta de este último con el Ejecutivo, quien deroga el *ukase* callista; llamada

legislación de la moderna literatura mexicana estaba en marcha y en proceso de afinarse. El juicio había concluido y la sentencia resultaba inapelable. El debate que imperaba en el ámbito cultural y literario (y habría de hacerlo hasta los años sesenta) consistía en la lucha entre nacionalistas y universalistas. Las disputas entre Jorge Cuesta y los nacionalistas en 1932, reafirmaron las políticas de inclusión y exclusión del campo literario. “El nacionalismo equivale a la actitud de quien no se interesa, sino con lo que tiene que ver inmediatamente con su persona; es el colmo de la fatuidad”, sostenía Cuesta en su famoso artículo “La literatura y el nacionalismo”, para luego rematar:

Su principio es: no vale lo que tiene un valor objetivo, sino lo que tiene un valor para mí. De acuerdo con él, es legítimo preferir las novelas de don Federico Gamboa a las novelas de Stendhal y decir: don Federico, para los mexicanos, y Stendhal, para los franceses.¹⁰⁶

La disputa, como podemos deducir de esta cita, se libraba entre la generación de la vanguardia (que por esos días alcanzaba la edad cumbre de treinta años, según el modelo generacional) y los funcionarios y artistas vinculados al gobierno (en 1931, Narciso Bassols asumió la Secretaría de Educación, promoviendo desde ahí la agenda de una educación socialista que habría de permanecer en activo hasta el gobierno de Lázaro Cárdenas). Asuntos como la temática, el tratamiento formal, y, sobre todo, el dar cuenta de la realidad del país se discutieron racional y visceralmente. No hace falta recordar aquí la polémica sostenida entre Antonio Caso y Vicente Lombardo Toledano, desde el marco del Primer Congreso de Universitarios Mexicanos, celebrado en septiembre de 1933 y en donde se disputó la

telefónica del jefe del servicio de Migración de Nuevo Laredo notificando la determinación presidencial. Inicio de los trámites y gestione (seis baúles, un vehículo Cadillac, los pendientes enseres que habría de embalar en Nueva York).” En *Hijo de Lampazos...*, obra citada, p. 175.

¹⁰⁶ Jorge Cuesta: *Ensayos y prosas varias. Obras reunidas II*, edición de Jesús Martínez Malo y Víctor Pelaez Cuesta, México: FCE, 2004, p. 135.

metodología de la enseñanza (entre el modelo materialista propuesto por Lombardo y el idealista defendido por Caso).

La década del treinta fue definitoria para la configuración de la modernidad literaria mexicana. Alfonso Reyes, primero desde Suramérica y después desde la ciudad de México, consolidó su lugar central en la literatura.¹⁰⁷ El nacionalismo fue re-trabajado hasta su reinención en la década del cuarenta y su “superación” en los años siguientes, con la narrativa de Yáñez, Rulfo, Arreola y Fuentes. No había ya espacio para la escritura de García Naranjo que distaba mucho de ser nacionalista, y se alejaba mucho más del vanguardismo. Tampoco encajaba plenamente, como ya lo apunté, en el modelo virreinalista de Artemio Valle-Arizpe. ¿Qué hacer con él?

A partir de 1935 y hasta su muerte, García Naranjo se dedicaría al “diarismo”, a escribir infatigablemente artículos de toda índole. (No faltaron tampoco, incursiones en otros géneros literarios, como la publicación y puesta en escena de su comedia en tres actos *El vendedor de muñecas* en 1937, que posteriormente sería llevada al cine en 1954 bajo la dirección de Chano Urueta.) Así lo expuso con claridad en una de las últimas entregas semanales de las *Memorias*:

Como a partir de junio de 1935 pude decir tolo lo que me vino en gana, ya no fueron menester los antifaces que ocultaban mi personalidad; mis artículos, desde entonces, expresaron mi pensamiento íntegro sin reservar rincones misteriosos para esconder secretos que ya no tenían razón de ser. Como ya no me encontraba ligado con ningún partido político, no tuve necesidad de ser discreto y prudente. ¿Cuál ha sido mi existencia desde el último cuarto de siglo? Todos mis actos se han exhibido en los escaparates de las informaciones periodísticas y, consiguientemente,

¹⁰⁷ En la polémica de marras, Reyes escribió un breve ensayo, “A vuelta de correo”, donde definió su postura ante la elaboración del campo literario: “Advertí, en la historia, que las literaturas nacionales se enriquecen más con la libre creación que con la creación de pie forzado que pretendiera ajustarlo todo a una previa ‘sofistería’ teórica”. En *Obras completas*, vol. VIII, México: FCE, 1996, p. 446.

nada tengo que agregar a lo mucho que he escrito, abusando de la paciencia de mis lectores. Así pues, le pongo un punto final a mi autobiografía con las palabras tradicionales con que terminan las historietas destinadas a los niños: colorín colorado este cuento se ha acabado. (X: 73-74)

Los temas, aunque inagotables, se concentraban ahora en varios tópicos definidos: la historia mexicana reciente, la realidad mundial y la situación latinoamericana (sus últimos artículos dieron cuenta del triunfo de la Revolución Cubana). Las detonaciones de estos textos eran múltiples: desde las efemérides hasta los cables de noticias; todo podía ser un buen pretexto para ejercitar la pluma y mantener en vilo a sus lectores. Esta práctica de escritura se parecía un poco a la dinámica del folletín decimonónico: cada entrega contenía la suficiente tensión narrativa para dejar a su público con ganas de leer la siguiente entrega (que muchas veces solía continuar con el tema tratado).

Al igual que Alfonso Reyes, contaba con el apoyo de la elite industrial regiomontana, la que, como sabemos, terminó por financiar parte del proyecto autobiográfico. Pero en esta etapa se acentuaban las diferencias y se agigantaba el contraste entre los dos escritores nuevoleonese: García Naranjo regresó a México en 1935; Reyes, en 1939. El primero vivió del periodismo (como lo había hecho el regiomontano en su etapa madrileña); el segundo dejó las actividades oficiales y se dedicó a la literatura (fuera desde El Colegio de México o desde la producción y edición de sus propias obras). Dos trayectorias opuestas y a la vez complementarias en el campo literario mexicano. Reyes: lector de su obra literaria; García Naranjo: lector de su vida y sus andanzas políticas.

He ahí el contraste entre sus respectivos proyectos autobiográficos: monumental el del lampacense y fragmentario el del regiomontano. Reyes aspiró a ser un escritor moderno y su obra contribuyó de manera contundente a la modernidad literaria mexicana; García Naranjo padeció los embates de dicho proceso (los golpes de la legislación literaria que buscaba la autonomía y en rigor sólo fortaleció la burocratización del ámbito letrado). La asimetría resulta de suyo ilustrativa.

Como una especie de espiral narrativa, las *Memorias* terminan casi en el contexto de su propio inicio, como si los últimos años del autor estuvieran fuera ya de la historia y del presente. Al ir apareciendo como artículos, los capítulos de las *Memorias* hacían de la vida de García Naranjo un tema de actualidad, que se discutía semanalmente. El contraste residía en que, una vez publicados, comenzaban a desaparecer ante el torrente de información diaria. Para ese momento, la literatura mexicana ya había definido e impuesto sus géneros (la narrativa y la poesía, principalmente) y su formato: el libro (puesto en circulación a través de la boyante industria editorial que se modernizaba también a pasos agigantados).

Al finalizar sus *Memorias* se preguntaba (y contestaba al mismo tiempo): “¿Qué se va a decir de mí cuando yo haya muerto? Ningún autor de su propia biografía puede jactarse de desdeñar el veredicto de la posteridad, puesto que lo que ha escrito prueba lo contrario”. (X:123) Él asumió la responsabilidad y el riesgo de dar un “balance final” de sus escritos autobiográficos. Veredicto personal, cuya argumentación tomó como ejemplo a Jonathan Swift, quien dedicó algunos versos a su propia muerte,¹⁰⁸ describiendo con clarividencia alabanzas e improperios por igual. “No me quejo de mi destino porque a diferencia del tremendo ironista [se refiere a Swift], no he llegado a mi ocaso con el alma llena de amargura” (X:129), sostenía para luego explicar que, si bien había recibido duros golpes, también los había dado.

Como se ve, lejos de pretender que estas *Memorias* dijese la última palabra, me he conformado con que contribuyan a hacer comprensibles las situaciones en que me he visto durante mi larga vida. Después de difundirlas en prensa, dejé pasar tres años para ponerlas en el mercado en forma de libros. (X:132)

¹⁰⁸ En una de las estrofas del poema “Verses on the Death of Dr. Swift, D. S. P. D.”, Swift hace referencia a su condición de escritor decadente en este tono irónico y genial: “For Poetry, he's past his Prime, / He takes an Hour to find a Rhime: / His Fire is out, his Wit decay'd, / His Fancy sunk, his Muse a Jade. / I'd have him throw away his Pen; / But there's no talking to some Men.”

Dejar que el criterio del lector se imponga. Tal parece haber sido la fórmula de las *Memorias*. Hasta en la redacción de sus recuerdos, García Naranjo fue un polemista. Y alargó esa polémica final durante varios años, manteniendo y acrecentando a sus lectores, quienes habían “aguantado la narración desde 1952 hasta el momento actual, sin formular una queja y ese aguante infatigable entraña tanta fidelidad para conmigo, que me impone la obligación de hacer pública mi más devota gratitud”. (X: 69) La publicación semanal de sus recuerdos durante ocho años constituyó un proyecto de escritura realmente inusual: “No tengo noticia de otro fenómeno igual o cuando menos parecido en la historia de nuestra literatura”. (X:70) Más que el placer de crear una obra literaria, confesaba el autor con falsa modestia, había disfrutado el proceso de la evocación de su propia vida, pues “siempre es grato desahogar el espíritu”. (X:73)

La gran tragedia: su obra final apareció justo en el momento en que las disputas literarias cedían y daban paso a la estructura piramidal que rige a la literatura mexicana hasta el día de hoy. El impacto de estos diez libros fue menor y sólo unos cuantos dieron cuenta de su existencia, y lo hicieron desde espacios restringidos o aislados, como el homenaje que Alfonso Junco le brindó en la Academia Mexicana de la Lengua (el lugar en que García naranjo se había refugiado desde la década del veinte) el 13 de diciembre de 1963: “Y ahora sus *Memorias*, vivas y caudalosas como un río, vienen recorriendo el río de la patria. Afortunadamente las dejó completas. Nueve volúmenes andan ya difundiendo su mensaje, y pronto saldrá el tomo décimo que corona la obra”.¹⁰⁹ Ese río ha sido desde entonces una corriente subterránea.

El 21 de diciembre de 1962, Nemesio García Naranjo murió en la ciudad de México. La prensa se ocupó de dar de manera discreta la noticia. Salvo *El Porvenir*, que incluyó en la primera plana de la edición del 23 de diciembre la nota: “Reposa en paz don Nemesio García Naranjo. Importante manifestación de duelo fue su sepelio”. Ahí se consignaba que entre los asistentes se

¹⁰⁹ Alfonso Junco: “Evocación de García Naranjo”, en *Memorias de la Academia Mexicana*, tomo XIX, México, 1968, p. 197.

encontraban el expresidente Miguel Alemán, el ex-gobernador de Nuevo León Aarón Saenz. Personajes del pasado; sombras de un tiempo que comenzaba a borrarse.

A los pocos días de su muerte, el 2 de enero de 1963, el periodista José Pagés Llergo publicó en la revista *Siempre* una nota necrológica. La inició de manera categórica: “Cayó un gigante, y la patria que lo produjo no se dio por enterada”. Moría el escritor y no fue sino hasta la última hora que dejó la “trinchera”:

Flotando por encima de la multitud, su última sonrisa debió ser de burla y de desprecio. Se había ido solo, como lo había previsto. México le había negado el último homenaje a su grandeza porque los pueblos no saben rendir honores a un equivocado: la derrota con dignidad no tiene premio y la gloria sólo corresponde a los dioses que la alcanzaron aun al precio de su propia hombría [...] Farsantes unos, cobardes otros, un círculo al que dio lustre y prestigio prefirió ver en él al huertista por encima del hombre prodigioso, extraordinario que fue. Porque el fenómeno de García Naranjo no volverá a repetirse en lo que resta del siglo, ni un hombre podrá alzar a la conciencia pública una conducta más recta consigo mismo ni una vida más luminosa en ejemplos y en enseñanzas. (X: 381-382)

El desahogo literario de Nemesio García Naranjo sigue en espera de ser escuchado. Mientras tanto seguirá habitando uno de los rincones más oscuros de eso que todavía llamamos literatura mexicana.

Bibliografía

Bibliografía de Nemesio García Naranjo:

Nemesio García Naranjo: *Discursos*, prólogo de Querido Moheno, San Antonio, Texas: Casa Editorial Lozano, 1923.

_____. *En los nidos de antaño*, Monterrey: Talleres de *El Porvenir*, 1951.

_____. *Memorias*, tomo I. *Panoramas de la infancia, vistos desde la vejez*, prólogo de Monterrey: Talleres de *El Porvenir*, 1956.

_____. Tomo II: *Recuerdos del Colegio Civil*, prólogo de Fernando Gómez, Monterrey: Talleres de *El Porvenir*

_____. Tomo III: *La vieja Escuela de Jurisprudencia*, prólogo de Eduardo Pallares, Monterrey: Talleres de *El Porvenir*.

_____. Tomo IV: *Dos bohemios en París*, prólogo de José Castellet, Monterrey: Talleres de *El Porvenir*

_____. Tomo V: *El crepúsculo porfirista*, prólogo de Alberto María Carreño, Monterrey: Talleres de *El Porvenir*

_____. Tomo VI: *Elevación y caída de Madero*, prólogo de Aquiles Elorduy, Monterrey: Talleres de *El Porvenir*

_____. Tomo VII: *Mis andanzas con el General Huerta*, Monterrey: Talleres de *El Porvenir*.

_____. Tomo VIII: *Nueve años de destierro*, prólogo de Nemesio García Naranjo y Elizondo, Monterrey. Talleres de *El Porvenir*.

_____. Tomo IX: *Mi segundo destierro*, prólogo de Angelina García Naranjo de Olea, Monterrey: Talleres de *El Porvenir*, s /f.

_____. Tomo X: *La repatriación definitiva*, Monterrey: Talleres de *El Porvenir*.

Bibliografía general:

AA. VV.: *Conferencias del Ateneo de la Juventud. Seguido de anejo documental*, edición de Juan Hernández Luna y Fernando Curiel, México: UNAM, 2000.

Acosta Montoro, José: *Periodismo y literatura*, Madrid: Ediciones Guadarrama, 1973.

Aguilar Mora, Jorge: *Una muerte sencilla, justa y eterna*, México: ERA, 1990.

Agustín: *Confesiones*, México: Ediciones Paulinas, 1983.

Aristóteles: *Retórica*, traducción de Francisco P. Samaranch, Madrid: Editorial Aguilar, 1968.

Bade, Hans Jürgen: *Literatura y conversión*, traducción de Luis Alberto Martín Bero, Madrid: Ediciones Guadarrama, 1969.

Bárceñas, Felipe: *Imprenta, economía y cultura en el noreste de México: la empresa editorial de Desiderio Lagrange, 1874-1887*, Monterrey: Conarte, 2017.

Barrera Enderle, Víctor: *De la amistad literaria (Ensayo sobre la genealogía de una amistad: Alfonso Reyes / Pedro Henríquez Ureña, 1906-1914)*, Monterrey: UANL; 2006.

_____. *La conquista de la vocación. Vida de Alfonso Reyes en tres ensayos*, Guanajuato: Universidad de Guanajuato, 2018.

_____. *Lectores insurgentes. La formación de la crítica literaria hispanoamericana (1810-1870)*, La Habana: Casa de las Américas, 2013.

_____. *Siete ensayos sobre literatura y región*, Monterrey: Facultad de Filosofía y Letras / UANL, 2014.

Benjamin, Walter: “Velas estudiantiles de literatura”, en *Obras completas*, vol. 2, tomo 1, Madrid: Editorial Abada, 2007.

Borges, Jorge Luis: *El informe de Brodie*, Madrid: Alianza Editorial, 1980.

- Bourdieu, Pierre: *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario*, traducción de Thomas Kauf, Barcelona: Anagrama, 2002.
- Calero, Manuel: *Un decenio de política mexicana*, Nueva York, 1920.
- Campos, Rubén M.: *El bar. La vida literaria de México en 1900*, prólogo de Serge I. Zaitzeff, México: UNAM; 1996.
- Canetti, Elías: *La provincia del hombre. Carnet de notas, 1942-1972*, Madrid: Taurus, 1986.
- Cellini, Benvenuto: *Vida de Benvenuto Cellini, florentino, escrita por él mismo, versión de Guillermo Fernández*, México: UNAM, 1995.
- _____. Chateaubriand, François René de: *Memorias de ultratumba*, presentación de Marc Fumaroli, introducción de Jean-Claude Berchet y traducción de José Ramón Monreal, Barcelona: Acantilado, 2004.
- Chesterton, G. K.: *Ortodoxia / El hombre eterno*, prólogo de Augusto Assia y traducción de M. Aberasturi y F. de la Milla, México: Editorial Porrúa, 2014.
- Córdova, Arnaldo: *La ideología de la Revolución mexicana*, México: ERA, 1973.
- Crusat, Cristian: *Vidas de vidas. Una historia no académica de la biografía. Entre Marcel Schwob y la tradición hispanoamericana del siglo XX*, Madrid: Páginas de Espuma, 2015.
- Cruz García, Ricardo: *Nueva Era y la prensa en el maderismo. De la caída de Porfirio Días a la Decena Trágica*, México: UNAM, 2013.
- Cuesta, Jorge: *Ensayos y prosas varias. Obras reunidas II*, edición de Jesús Martínez Malo y Víctor Pelaez Cuesta, México: FCE, 2004.

Curiel Defossé, Fernando: *Hijo de Lampazos. Nemesio García Naranjo en sus memorias*, México: UNAM / Seminario de Investigación sobre Historia y Memoria Nacionales, 2016.

_____. *La revuelta. Interpretación del Ateneo de la Juventud*, México: UNAM, 1998.

_____. “Llamaradas de ayer: Nemesio García Naranjo en sus *Memorias*”, en *Universidad de México*, núm. 628, octubre, 2003.

_____. “Prólogo”, en Nemesio García Naranjo: *El crepúsculo porfirista*, México: Factoría Ediciones, 1998.

Delueze, Gilles y Félix Guattari: *Kafka. Por una literatura menor*, traducción de Jorge Aguilar Mora, México: Era, 1978.

Díaz Arciniega, Víctor: *Querrela por la cultura “revolucionaria” (1925)*, México: Fondo de Cultura Económica, 1989.

Elizondo Rodríguez, Carolina: *Nemesio García Naranjo (un auténtico valor intelectual de nuestro tiempo)*, México: UNAM, 1963.

Esquivel Obregón, Toribio: *Mi labor en el servicio de México*, México: Ediciones Botas, 1934.

Farías, Héctor: *Nemesio García Naranjo: Mexico’s Minister of Education, 1913-1914*, Northwestern University, 1971.

Fernández Mac Gregor: *El río de mi sangre*, prólogo de Francisco Monterde, México: Fondo de Cultura Económica, 1969.

Foucault, Michel: *Nietzsche, la genealogía, la historia*, traducción de José Vázquez Pérez, Valencia: Pre-Textos, 1997.

Gamboa, Federico: *Mi diario VI (1912-1919)*, México: Conaculta, 1999.

Garza Cantú, Rafael: *Algunos apuntes acerca de las letras y la cultura de Nuevo León, en la centuria de 1810 a 1910*, Monterrey: J.P: Cueva y Cía., 1910.

González, Héctor: *Siglo y medio de cultura nuevoleonesa*, México: Editorial Botas, 1946.

- González, Roberto Kaput: *El México de afuera. Polemistas de la Revolución Mexicana*. Monterrey: UANL; 2020.
- González Martínez, Enrique: *La apacible locura, en Obras*, vol. 3, México: El Colegio Nacional, 2002.
- González Peña, Carlos: *Historia de la literatura mexicana. Desde los orígenes hasta nuestros días*, México: Editorial Porrúa, Col. “Sepan cuantos...”, núm. 44, 1977.
- Guerra, Humberto: “La autobiografía mexicana a través de sus colecciones”, en Cuadernos del CILHA, año 18, núm. 27, 2017.
- Guzmán, Martín Luis: *La querrela de México*, México: Joaquín Mortiz, 2015.
- Henríquez Ureña, Pedro: *Memorias. Diario. Natas de viaje*, introducción y notas de Enrique Zulueta Álvarez, México: Fondo de Cultura Económica, 2000.
- _____. *Obra crítica*, edición de Emma Susana Speratti y prólogo de Jorge Luis Borges, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 1960.
- Junco, Alfonso: “Evocación de García Naranjo”, en *Memorias de la Academia Mexicana*, tomo XIX, México, 1968.
- Katz, Friedrich: *La guerra secreta en México*, México: Ediciones ERA, 1982.
- Knight, Alan: *La Revolución Mexicana. Del porfiriato al nuevo régimen constitucional*, traducción de Luis Cortés Bargalló, México: Fondo de Cultura económica, 2010.
- Lejuene, Philippe: *El pacto autobiográfico y otros estudios*, traducción de Ana Torrat, Madrid: Megazul-Endymion, 1992.
- Lomnitz, Claudio: *El regreso del camarada Ricardo Flores Magón*, traducción de Jorge Aguilar Mora, México: Era/UANL, 2016.
- López Hidalgo, Antonio: *La columna. Periodismo y literatura en un género plural*, Zamora, España: Comunicación Social. Ediciones y Publicaciones, 2012.

- López Velarde, Ramón: *Obras*, edición de José Luis Martínez, México: Fondo de Cultura Económica, 1971.
- May, George: *La autobiografía*, traducción de Danubio Torres Fierro, México: Fondo de Cultura Económica, 1982.
- Martínez, Miguel F.: *Memorias de mi vida*, prólogo de Alfonso Rangel Guerra, Monterrey: Fondo Editorial Nuevo León / Secretaría de Educación, 1997.
- Mier, Servando Teresa de: *Memorias*, tomo I, edición y prólogo de Antonio Castro Leal, México: Porrúa, 1988.
- Miroux, Jean-Philippe: *La autobiografía. Las escrituras del yo*, traducción de Heber Cardozo, Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión, 1996.
- Montaigne, Michel: *Ensayos completos*, traducción de Juan G. de Luaces y notas de Emiliano Aguilera, México: Porrúa, 1999.
- Moheno, Querido: *Mi actuación política después de la Decena Trágica*, México: Editorial Botas, 1939.
- Neubauer, Hans-Joachim: *Fama. Una historia del rumor*, traducción de Germán Garrido Miñambres, Madrid: Siruela, 2013.
- Novo, Salvador: *Viaje y ensayos*, vol. I, México: Fondo de Cultura Económica, 1996.
- Paz, Octavio: *El ogro filantrópico*, México: Joaquín Mortiz, 1979.
- Proust, Marcel: *Contra Sainte-Beuve. Recuerdos de una mañana*, traducción de Javier Albiñana, edición y prólogo de Antoni Marí y Manel Pla, Barcelona: Tusquets Editores, 2005.
- Rama, Ángel: *La ciudad letrada*, prólogo de Carlos Monsiváis, Santiago de Chile: Tajamar Ediciones, 2004.
- Rangel Guerra, Alfonso: “Las olvidadas *Memorias* de Nemesio García Naranjo”, en *Historia, cultura y personajes de Nuevo León*, Monterrey: UANL, 2009.
- Reyes, Alfonso: *Diario. 1951-1959*, tomo VII, edición crítica, notas y fichas biobibliográficas de Fernando Curiel Defossé,

- Belem Clark de Lara y Luz América Viveros Anaya, México: Fondo de Cultura Económica, 2015.
- Marginalia*, en *Obras completas*, vol. XXII, México: Fondo de Cultura Económica, 1989.
- Obras completas*, vol. XXIII, México: Fondo de Cultura Económica, 1996.
- Reyes, Alfonso / Pedro Henríquez Ureña: *Correspondencia: 1907-1914*, edición de José Luis Martínez, México Fondo de Cultura Económica, 1986.
- Reyes, Rodolfo: *Memorias mexicanas. 1899-1914*, edición y estudio de Fernando Curiel Defossé, México: Colofón, 2015.
- Rousseau, Jean-Jaques: *Las confesiones*, traducción de Rafael Urbano, México: Editorial Cumbre, 1979.
- Sánchez Prado, Ignacio: *Naciones intelectuales. Las fundaciones de la modernidad literaria mexicana (1917-1959)*, West Lafayette, Indiana: Purdue University Press, 2009.
- Vasconcelos, José: *El desastre*, en *Memorias*, vol. II, México: Fondo de Cultura Económica, 2007.
- Ulises criollo (Autobiografía)*, México: Editorial Jus, 1969.
- Williams, Raymond: *Cultura y sociedad*, traducción de Horacio Pons, Buenos Aires: Nueva Visión, 2001.

Serie: Cuadernos del Centro de Estudios
Humanísticos

- Núm. 1. Construyendo la región. La idea del noreste mexicano en Isidro Vizcaya Canales / Edgar Iván Espinosa Martínez.
- Núm. 2. ¿Demasiado Ortodoxo? La ética dialógica de Martin Buber / David Jiménez Martínez.
- Núm. 3. Re-sentimientos de la Nación. Regionalismo y separatismo en Monterrey / Aarón López Feldman.
- Núm. 4. Filosofía del pensamiento complejo. Una reflexión sobre Edgar Morin / José Luis Cisneros Arellano.
- Núm. 5. Creencia en el purgatorio. Perspectiva desde la Filosofía de la Cultura / Beatriz Liliana De Ita Rubio.
- Núm. 6. Historia y patrimonio industrial de La Fama, Nuevo León / Juan Jacobo Castillo Olivares.
- Núm. 7. Narradoras del norte: Adriana García Roel, Irma Sabina Sepúlveda y Sofía Segovia / Michelle Monter Arauz.
- Núm. 8. Joaquín Sabina. Estética literaria y simbología de la desesperación / Justo Zamarro González.
- Núm. 9. Los desahogos del desterrado. Destierro y legislación literaria en las *Memorias* de Nemesio García Naranjo / Víctor Barrera Enderle.

Los desahogos del desterrado. Destierro y legislación literaria en las Memorias de Nemesio García Naranjo se terminó de imprimir en el mes de agosto de 2021. Corrección de estilo y cuidado de la edición a cargo de Francisco Ruiz Solís del Centro de Estudios Humanísticos de la Universidad Autónoma de Nuevo León. Diseño de portada: Nancy Saldaña, Diseño editorial para su publicación virtual e impresa: Concepción Martínez Morales.